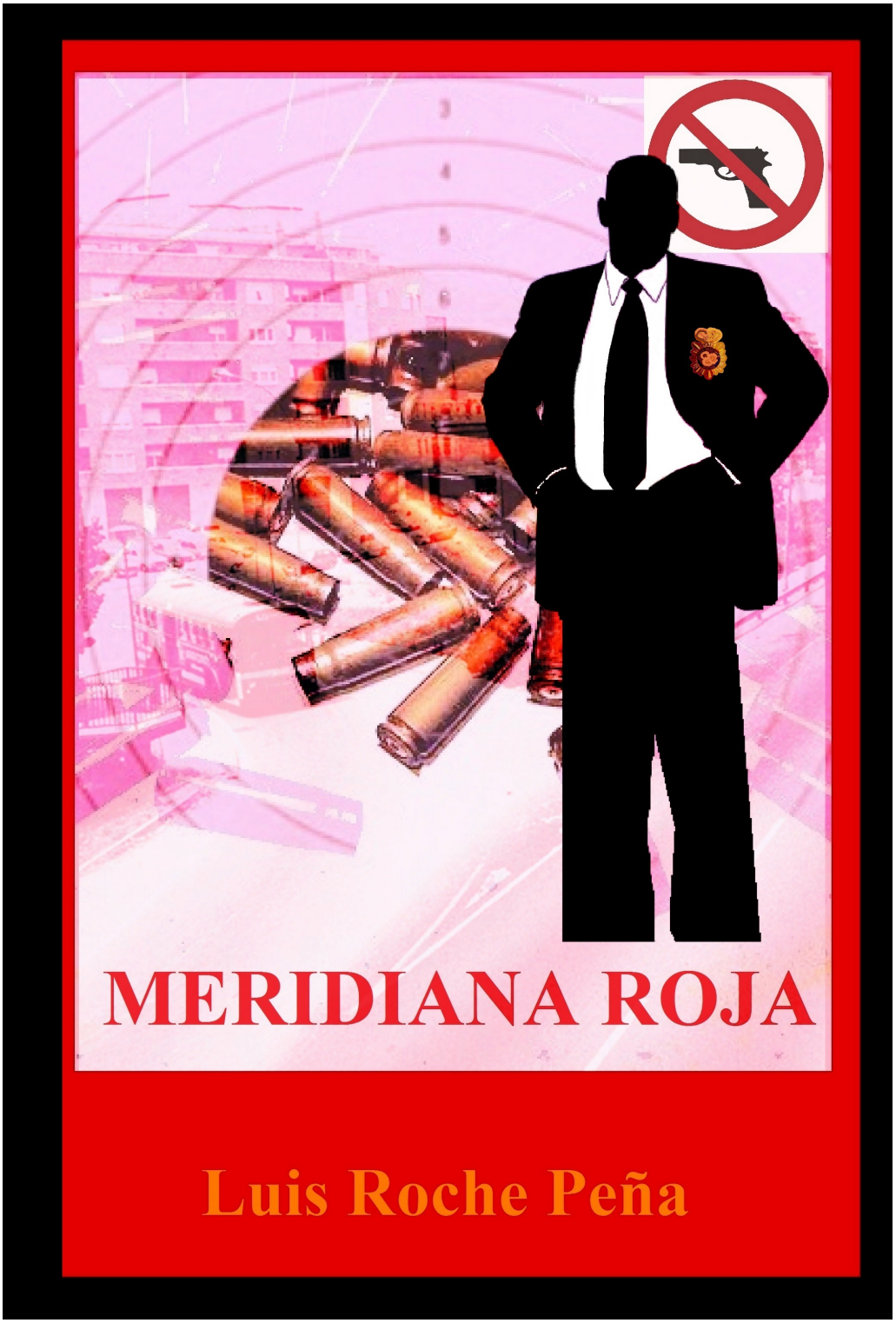
Meridiana Roja

Luis Roche Peña



Capítulo 1

1

El tiroteo

Eran las tres de la mañana de un día de marzo. Faltaban cerca de cuatro horas y media para que amaneciese.

Se habían recibido varias llamadas alertando de un tiroteo en la intersección entre el Passeig de Fabra i Puig y la Avinguda Meridiana. Las unidades ya se habían congregado y procedían a cercar el lugar. La Guardia Urbana tenía varias unidades controlando el tráfico. El caos circulatorio era importante a pesar de la hora, porque ambas vías son importantes. Habían cerrado todo el lugar.

Pep llegó en su propio coche. Aparcó junto a una patrulla y se dirigió al mosso que controlaba la entrada al espacio precintado. Enseñó su acreditación con gesto rutinario, pero el mosso le conocía de vista y ya le franqueaba el paso.

Había dos vehículos acribillados a balazos, cristales y sangre por todas partes. Pep contó los cadáveres, esparcidos por el lugar. Cinco varones. El olor a munición potente todavía no se había evaporado.

Caminó entre el desastre cuidando de no pisar la sangre. Los dos coches estaban alineados en la línea de detención de un semáforo, como si la muerte tuviera verde y a ellos les hubiera cazado en rojo. Las puertas estaban abiertas como si hubieran salido a toda prisa. Un cadáver colgaba grotescamente de una portezuela. A sus pies había una pistola de gran calibre. Otro estaba caído hacia atrás en el asiento del conductor. Cruzando la línea de detención se encontraba otro. Había caído de espaldas, pero tenía una postura forzada. Aferraba una automática. Parece que la muerte le llegó disparando. Frente a él había dos cadáveres más. Uno había caído sobre una metralleta. El otro la tenía en la mano como si hubiera salido despedida por su propio peso, hacia atrás.

Los cinco presentaban orificios por todo el cuerpo. La sangre había regado toda la escena.

Llegó un par de equipos de la Científica y se presentaron al mosso que custodiaba el lugar. En cuanto anotó sus identidades y números, se apresuraron a comenzar su trabajo. Eran eficientes y no tardaron en estar recogiendo y fotografiándolo todo. Uno levantaba un plano del lugar. Dos lo documentaban todo fotográficamente. Los demás buscaban huellas, marcaban las manchas de sangre, polvo blanco y todo lo que pudiera constituir un indicio probatorio.

–¿Qué tenemos aquí?

Se dirigió a Eduard media hora después. Edu era el que coordinaba a ambos equipos, una especie de supervisor.

–Menuda noche que han tenido éstos. Cinco varones, tres europeos y dos que parecen latinos. Todos muertos por arma de fuego, quizá un nueve. Algunas heridas parecen de armas de guerra, subfusiles o similares.

–Renoi! –exclamó Pep.

–Bandas. Hay restos de coca. Parece que hayan agujereado uno de los paquetes al disparar.

En resumen: un asunto de drogas, en el cuál habían muerto cinco varones, dos de los cuales parecían latinos. Nueve parabellum o similar, incluso balas de metralleta. Había restos de cocaína esparcidos en las cercanías de uno de los vehículos.

–Este asunto es una mierda. Coca, dices... Eso pertenece a la Nacional, ¿verdad?

–Yo diría que si, si queremos. La presencia de extranjeros así lo indica –. Edu sonrió. Pep sacó su móvil y marcó el número de la Policía Nacional.

Cuanto antes se deshiciesen de ese asunto, mejor. Salpicaría a quien se metiese. No había grandes arrestos que hacer, y si un trabajo enorme y peligroso hasta dar con la mafia concreta que era responsable. Legalmente podía ponerlo en manos de la Nacional, ya que, aunque la droga sí la podían investigar, los extranjeros eran feudo del Estado. Ellos ya tenían mucho trabajo. Al final tendrían que ceder el caso a la Nacional de todas formas. Cuanto antes mejor.

Uno de los funcionarios de Centralita pasó el aviso al Jefe de Sala y al

operador informático con los datos de la llamada.

El Jefe de Sala se rascó la cabeza. Un tiroteo. Leyó el escueto aviso mientras caminaba hasta la mesa del subinspector Daniel Oristany.

–Con su permiso, subinspector...

El hombre de 40 años sentado tras la mesa le miró por encima de sus gafas con una sonrisa burlona en sus labios. Tenía una fina barba que delineaba su mentón, y un bigote un tanto despeinado.

–Que me llames Daniel.

–No creo que sea correcto, Sub... Daniel

–Al cuerno. ¿Me das el papel o qué?

–Sí, claro.

Se lo extendió, e inmediatamente el subinspector se olvidó del Jefe de Sala y se concentró en el texto. Venía de los Mossos. Vaya, les cedían un marrón. Qué amables.

Llegó al lugar en un coche patrulla. Le seguían dos más y una furgoneta. Las ambulancias ya estaban allí, y había mossos y urbanos por doquier.

Conocía de vista al Inspector Veguer, Pep Veguer. Le estrechó la mano.

–Me alegro de tenerle aquí, subinspector. Es un asunto feo.

–Y está encantado de deshacerse de él –. Sonrió.

–No le miento. Sí, me alegro de dejarlo en sus manos. De todas formas, acabaría quedándose el caso, ya que dos de los cadáveres parecen latinos. Puede que todo acabe en México, o Puerto Rico. Eso les corresponde.

–O puede que no, que esos dos latinos tuvieran nacionalidad y todo les corresponda a ustedes. Les cedimos las competencias, ¿recuerda? Les creo perfectamente capaces de llevar adelante esta investigación.

–Es usted muy amable al confiar en nosotros. Pero creo que es mejor que uno de nosotros tome el caso desde el principio, y hay muchas posibilidades de que les corresponda, así que...

Pep no terminó la frase. Dani contempló la escena tratando de hacerse una idea de dónde se estaba metiendo. Lo cierto es que los asuntos de drogas con latinos habitualmente escapaban a las fronteras españolas. El Inspector de los Mossos tenía bastante razón. Puso su mano sobre el cinturón y se frotó la frente. Aquello suponía un trabajo tremendo para las unidades implicadas.

–¿No había identificaciones?

El Inspector dejó vagar su vista hasta localizar al coordinador de la Científica. Le hizo una señal.

–¿Tenemos documentos? –preguntó.

–Sí.

–De los latinos. Eran extranjeros?

–Mejicanos.

–Todo suyo, señor subinspector.

Dani sonrió ante la ironía.

–Eso me temo. Bien, cuando puedan, desearía tener el trabajo de la científica. Y gracias por él.

El Inspector Veguer interrogó con la mirada a Eduard. Éste respondió a Dani:

–Los indicios probatorios recogidos estarán a su disposición en cuanto terminen los equipos.

–Encárgate del papeleo, Edu –pidió Pep, alejándose en dirección a su vehículo.

Entró en él y esperó.

Una jueza llegó a la escena del crimen en un coche negro y procedió al levantamiento de los cadáveres, tras preguntar a la Policía Científica si habían finalizado sus pesquisas. Luego firmó el acta y se metió en el coche negro, el cual arrancó.

El Sol permanecía oculto tras los edificios, pero su luz ya era perceptible cuando Eduard llevó a cabo el traspaso de responsabilidad, puso las bolsas con las muestras recogidas a disposición del subinspector, los planos y notas elaborados por sus equipos y se firmaron los papeles.

El Inspector Veguer salió del coche frotándose los ojos, firmó los papeles, estrechó la mano de ambos y se marchó seguido por las patrullas de mossos y los coches de la Científica.

Dani comprobó que todo estuviera controlado y en orden para poder trabajar al día siguiente, y abandonó la escena junto con sus patrullas.

Sólo quedaron las grúas y los agentes de la Guardia Urbana intentando restablecer la normalidad en la Avenida Meridiana de Barcelona. Un equipo de limpieza se esforzaba por hacer desaparecer la sangre de la calzada.

Daniel estacionó en su plaza de parking y se aseguró de que su pistola estuviera preparada. Luego salió del coche mirando hacia los rincones del lugar. Un parking es uno de los lugares más peligrosos.

Entró en su piso procurando no hacer ruido, pero fue inútil. El olor a infusión llenaba el recibidor. Laura ya estaba levantada. No preguntó. Le miró y sonrió, satisfecha de tenerle de vuelta de una sola pieza.

–Acabo de hacer poleo.

–Buenos días, Laura. Me apetece. Gracias.

Saborearon sus tazas en silencio.

–¿Todo bien? –preguntó ella al fin.

–Para algunos no. Pero por hoy ya he tenido bastante. Lo de siempre –dijo, mintiendo un poco. Un tiroteo por droga no era lo habitual.

–Acuéstate. Pronto levantaré a Arturo. Cerraré bien la puerta al irme. Tienes que dormir.

–Lo intentaré.

Una hora después Daniel dormía.

Por la tarde, en cuanto atravesó la puerta de la comisaría, Alberto le saludó con la carpeta de un informe.

–Una noche agitada, parece. Espero que hayas dormido bien.

Daniel respondió con un sonido que ni siquiera intentaba ser una palabra. Pasó sin detenerse hasta la máquina del café y se sacó uno. Ya había tomado una dosis antes de entrar, pero necesitaba otra. Luego fue hasta la mesa de su compañero.

–Nos ha tocado la lotería, chico. Llevo toda la mañana con este asunto.

–¿De qué me hablas?

–El tiroteo en la Meridiana.

–Tenía la esperanza de que le tocase a otro.

–Pues no. A ti y a mí.

Alberto era de estatura más bien baja, pero había realizado mucho deporte y era un hombre fuerte de 34 años. Su rostro parecería joven cuando tuviera sesenta años, quizá más. Y su principal rasgo era la empatía. Era capaz de burlarse de casi todos y seguir siendo simpático. Daniel le envidiaba secretamente esta cualidad, con la que él no contaba en absoluto.

–¿Para cuando tendremos indicios? –preguntó Daniel.

–Empezarán a llegar dentro de cuatro o cinco días. Para el viernes. De momento tenemos las identidades de los cadáveres. Por suerte llevaban sus documentos.

–Bien –. Apuró el vasito de plástico con el café y lo tiró en una papelera–.

Había dos mejicanos. Y restos de coca.

–Claro. Es lo primero que pedí. El análisis de la coca. También he solicitado los antecedentes de los dos a México. Vía Interpol.

–Los mossos habían localizado a los testigos. Una pareja que volvía de una fiesta y un par de vecinos de un bloque. He enviado a 'los básicos' y han traído esto –. Señaló la carpeta–. Es lo único que tenemos de momento. Y no es mucho. ('los básicos' eran para la particular jerga de Alberto los agentes uniformados, la Escala Básica de la Policía.)

–Ya, "oí los disparos, salí y vi a no se quién disparando, luego no se quién y otro desconocido huyeron en un coche color tal, o cual, no me acuerdo".

–¿Eres adivino? Exactamente eso. Nada concreto. El coche era un todo terreno color oscuro, sin precisar. Quizá marrón, quizá granate, quizá rojo y estaba sucio. Lo demás y nada es lo mismo.

–La maldita mierda de siempre.

–Sí, eso mismo.

Daniel se ajustó las gafas y ojeó rápidamente las escasas páginas del informe. Los tres españoles eran vecinos de Nou Barris. En realidad vivían todos en la misma manzana. Tenían antecedentes por drogas. Parecían haber subido en el escalafón. Los pequeños delitos habían pasado a delitos de tráfico de drogas. La última condena era de hacía años. Y no creía que se hubieran reformado, así que ahora manejaban a otros que iban a la cárcel por ellos. Eran 'capos', 'padrinos'. Un feo asunto.

"Lázaro J.

Vecino de la Trinidad. Detenido en el 72 por posesión de droga. Cumplió preventiva en la Modelo de Barcelona y fue trasladado a Quatre Camins. Salió en el 75. Detenido en el 78 por posesión de droga en pequeñas cantidades, cumplió condena en Quatre Camins. Salió en el 80. Acusado de tráfico de drogas, fue absuelto. No constan más detenciones.

Eustaquio P.

Vecino de la Trinidad. Detenido en el 74 por posesión de drogas y robo con intimidación, cumplió condena en La Modelo. Salió en el 80. Detenido en el 81 y el 83 por hurtos. En el 90 se le implicó en un delito de tráfico

de drogas, pero no se le pudo demostrar.

Macario S.

Vecino de la Trinidad. Detenido en el 70 por amenazas. Detenido en el 73 por tráfico de drogas, cumplió condena en Quatre Camins. Salió en 82. Detenido en el 83 por tráfico de drogas. Cumplió condena en Quatre Camins. Salió en el 93.”

–Esta noche vuelvo a tener guardia.

–Pues que sea leve, colega.

–Como ya has hecho todo el papeleo, creo que visitaré el lugar. Necesito inspirarme –bromeó Dani con su estilo seco.

–¡Vaya!, ¡Míralo!, ‘el poli que hacía poesía sobre el cofre del muerto’. Que te diviertas. Tenemos más casos, ¿sabes?

Salió y fue hasta el parking. Recorrió el camino hasta las cercanías del lugar y aparcó.

Deberían contar con docenas de testigos. Cientos, miles de coches pasan por aquella avenida cada noche. Se lo contarían a sus amigos, pero no a la policía. Era un asunto de mafias, y todos tendrían miedo. Sólo podían contar con los análisis de laboratorio y los informes sobre los cadáveres. Y tirar del hilo hasta ver a dónde les conducía.

Entró en un local cercano y pidió un café. Estaba lleno y un grupo de trabajadores parecían estar discutiendo.

–Yo no diría nada, tío. Esto es un mal rollo.

–No voy a ir a la policía. Total, lo que yo vi lo vieron docenas de personas.

Dani se concentró, pese a que hablaban casi gritando, y esperó.

–Nunca había visto nada igual. El todo terreno se cruzó en medio de la calle y se lió a tiros. Sin más.

–Eso han sido las mafias del Este. Esto parece Chicago.

Dani se giró hacia el que hablaba.

–¿De qué color dice que era el todo terreno? –preguntó.

–Era algo así como rojo oscuro.

–¿Y qué modelo, exactamente, si es tan amable?

El otro empezó a sospechar. Algo en el porte de Dani le hizo pensar que podía estar metiendo la pata. Sus compañeros cruzaron miradas y uno empezó a pagar.

–¿Ya se van? –preguntó Daniel en tono de guasa.

–Hemos de volver al trabajo.

Daniel se levantó y sacó su placa e identificación y la mostró con un gesto amplio, como abarcando a todo el grupo.

–Usted no. Usted y yo hemos de hablar.

–No sé nada.

–Eso no es lo que decía hace un momento.

–Estaba exagerando.

–Vaya. ¿Sabe que tiene el deber de declarar lo que haya visto? ¿Y que yo puedo llevarle a comisaría? –. Dani clavó su mirada en él.

–He de volver al trabajo.

–Mire, hacemos una cosa. Yo anoto lo que usted me diga y sus datos, y podrá irse. Nadie sabrá que hemos hablado.

El hombre miró a toda la concurrencia e hizo una mueca.

–Nadie además de todo el barrio, claro.

–Claro –. El tono de Dani fue tan seco y cortante que el otro se derrumbó

en su silla y abrió las manos en gesto de rendición.

Cuando terminó su café, el subinspector Daniel tenía un relato mucho más completo que al comenzarlo. Guardó su libreta y su bolígrafo y pagó el café. El testigo accidental le vio salir y luego miró al camarero.

–No se lo digas a nadie, por favor.

–No te preocupes.

Así que un Gran Cheroki rojo sucio seguía a los dos coches y aprovechó un semáforo para cruzarse. Tres hombres salieron de él y comenzaron a disparar con metralletas. De los otros dos coches salieron dos hombres y trataron de repeler la agresión. Consiguieron matar a dos de los agresores antes de ser acribillados. Uno huyó, no sin antes sacar una bolsa de deporte de uno de los turismos.

Volvió a la comisaría mucho más 'inspirado'. Allí encontró a Lucía. Era una periodista. Estaba sentada esperando.

–Hola, Dani.

–Eh, hola –. Daniel hizo el intento de seguir caminando.

–Te estaba esperando.

–¿A mi?

–Eres mi contacto, ¿no?

Dani rió forzadamente.

–¿Tu qué?

–Vamos, nos conocemos hace tiempo.

Lucía y él se conocían desde estudiantes. Ella era una gallega pecosa y bien parecida, de estatura pequeña. Volvió a Galicia con su título flamante

bajo el brazo, pero regresó a Barcelona. La ciudad le podía. La enganchó.

–¿No has hablado con nadie más?

–Pasan de mí. Hubo un tiroteo, y varios muertos. Tengo una amiga que vive en la Meridiana.

–Entonces que ella te cuente lo que pasó. O mejor, que nos lo cuente a nosotros. ¿Sabes que nadie quiere declarar? Están muertos de miedo.

–No me extraña. ¿Un asunto de drogas?

Dani miró la sonrisa pícara de la bonita mujer.

–¿Qué te han contado? ¿Tienes otra fuente? Ah, los mossos, ya.

La sonrisa de ella se amplió. Eso era.

–Escucha –argumentó ella–: los periódicos dirán lo que la Agencia les cuente. Lo que yo les cuente. Puedes decirme lo que os interesa que ellos digan, pero yo quiero más. Escribiré un artículo propio cuando sea el momento. De momento les daremos a los medios la información oficial. ¿Hace?

Dani se lo pensó. No podrían sacarse de encima a la Prensa con cinco muertes. No tardarían en enviar sus propios reporteros. Pero si la Agencia daba unos datos poco atractivos, quizá tendrían un poco de tranquilidad hasta encarrilar el caso.

–Hace. Lo he de hablar con Alberto. Me llamas dentro de una hora o así y te daré la versión oficial. La otra todavía está en el horno. Tenemos muy poco.

–Vale, guapo –. Ella sonrió con picardía.

–Estoy casado.

–Como todos –dijo ella, saliendo con gracia de escena.

Durante la siguiente media hora, Dani y Alberto discutieron cuál era la mejor ‘verdad’ que les interesaba dar a la Prensa. Finalmente llegaron a un acuerdo. Cuando Lucía llamó, le leyeron ‘el boletín’ que habían elaborado, especialmente destinado a quitarle interés al tiroteo. Lo

convertía en algo en lo que ningún periódico gastaría dinero ni personal.

Durante la tarde se dedicaron a los asuntos pendientes. Una pandilla de jóvenes vendía speed en una macrodiscoteca, y les habían puesto vigilancia para llegar hasta el distribuidor y, con un poco de suerte, hasta el laboratorio que la fabricaba. Controlaron los informes de sus agentes. Una banda atracaba cajeros automáticos. Cuestión de tiempo cogerlos. Eran unos atracadores muy chapuceros.

–Bueno, Dani, me voy.

Había llegado la hora de cierre. Algunos se quedarían de guardia, como Daniel, y los demás se marchaban hasta la mañana siguiente.

–No te pierdas.

–Espero perderme con alguna rubia –bromeó Alberto.

Dani se quedó frente a su ordenador. Tenía sobre la mesa los informes acerca de los cadáveres. Todavía no tenía nada más que sus nombres y domicilios, cuentas corrientes y demás. Ni el informe de los forenses, ni el análisis de la coca, ni nada de nada. De los cinco muertos, tres tenían antecedentes en el mundillo de la droga. Habían sido ‘camellos’ y luego subieron en el escalafón del crimen, tenían condenas por venta y posesión de droga. Intentó leer los sumarios sin dormirse. Nada de particular. Salvo que todos los que tenían antecedentes eran de nacionalidad española. De los dos mejicanos sólo constaban sus identidades y visados. Eran visados de turista. No pensaban permanecer en el país durante más de dos o tres semanas. Habían llegado la semana antes del tiroteo.

Muy extraño. O eran los que traían la coca o se la llevaban, o algo no encajaba.

Un agente de guardia le entregó una carpeta.

–Subinspector, el informe de Balística.

–Ah, gracias, Martínez.

Bueno, allí había algo en que entretenerse.

Pero no llegó a abrirlo.

–Una llamada. Parece que han visto a alguien que se parece a uno de los etarras del cartel, Urrutia.

–Comprobémoslo. Llévame.

–Bien, subinspector.

Daniel se unió a las dotaciones camufladas en coches sin distintivos que salieron del parking de la comisaría. Era una excelente excusa para dejar el papeleo. Tendría toda la noche. Atrás quedaba el Inspector de Guardia.

Recorrieron la ciudad hasta el paseo de la Barceloneta. Allí un vecino que regentaba una tienda había esperado toda la tarde para llamar. Les estaba esperando en su portal.

–¿Señor Miralles? –preguntó Dani.

–Sí. He llamado yo. Pasen.

El portal conducía directamente a un piso bajo, típico del barrio. Quedó una dotación vigilando, y los demás entraron. Cuatro agentes y él. El vecino comenzó titubeando, explicando que a última hora había entrado un individuo en su tienda, y había creído reconocerlo, pues se había renovado el carnet de identidad hacía poco y había visto los carteles de búsqueda.

–¿Está seguro? –. Uno de los agentes había llevado copias de las fotos del cartel. Las extendió sobre la mesa.

–Éste. Era él.

–Señor Miralles, ¿recuerda lo que compró?

–Latas de atún, pan de molde, zumos. Cosas así.

Por lo que decía, vivía cerca de la tienda. Si es que era él.

–Bien, López y Villa, establezcan el operativo habitual. Puede que vuelva a la tienda o pase cerca. Ojos bien abiertos. ¿Cómo vestía? –preguntó al hombre.

–Un polar azul, pantalones tejanos, una bufanda gris. Una gorra, como esas inglesas.

–Ya lo han oído. Se quedarán aquí, les relevarán dentro de dos horas. Distribúyanse según la costumbre. Uno de ustedes se quedará en la tienda a partir de la mañana, ¿hay trastienda?

–Sí, claro.

–En la trastienda. Los relevos habituales. Hemos de partir de la hipótesis de que es el etarra. Mucho cuidado. Bien, comiencen.

Los agentes de paisano volvieron al coche y comenzó el operativo de vigilancia. Uno de los coches le llevó de vuelta, dejando a los agentes en sus puestos. Les esperaba a todos una larga noche.

Sonó su móvil. Miró la pantalla y era Laura.

–Hola, guapa.

–Hola. ¿Cómo te va?

–Una noche tranquila –. Bueno, eso era relativamente mentira, con un presunto etarra de por medio–. ¿Ya has acostado a Arturo?

–Pues claro, ¿no sabes qué hora es? Van a dar las doce. Cuídate, león.

–Lo haré, guapa.

La depresión amenazó con aferrarse de nuevo a su corazón. ¿Qué hacía él allí, metido en asuntos peligrosos y oscuros? Debería estar en casa, con su mujer y su hijo, viendo la tele y acostándose a las horas apropiadas. Le esperaba una larga noche. Abrió el informe del tiroteo, pero no llegó a leer nada. El oficial Martínez llegó junto a su mesa.

–El inspector Pérez le llama –dijo lacónicamente.

Se levantó y fue hasta la puerta del despacho del mismo.

–Con su permiso –recitó sin entusiasmo.

–Pase, Daniel. Siéntese.

Esperó. Las facciones pétreas de su superior no delataban emoción alguna.

–Está usted con el asunto del etarra.

–Bueno, aún no. Ha sucedido en mi guardia, eso es todo.

–Y lleva el caso del tiroteo con Alberto.

–Sí, Inspector.

–Si se confirma lo de Urrutia puede que tengamos todo un comando en la Barceloneta. Ya sabe lo que eso significa. La Guardia Civil podría hacerse cargo.

–Por mi vale –respondió con evidente disgusto.

–Pues por mi no –. Hizo una pausa que Daniel interpretó como una reprimenda. Lo que vino a continuación lo confirmó–. Voy a darle ese caso a Almeda.

Le estaba diciendo que el caso más goloso, el que posiblemente pondría a la Prensa de su parte, y el que impulsaría a quien lo llevase a un ascenso, estaba fuera de su alcance. Pero a Daniel le importaba poco o nada. Hacía tiempo que eso ya no le motivaba.

–Bien, señor Inspector –dijo Dani con acento amargo. Esperaba que eso satisficiera el ego de su superior, y su afán de lastimarle. Con suerte le dejaría en paz el resto de la guardia.

–Puede usted retirarse. Ah, espero resultados en lo del tiroteo. Ha alarmado a la opinión pública.

–Sí, señor inspector.

("¡Si fue anoche!, ¿qué resultados quiere?", pensó.)

Volvió a su mesa y trató de concentrarse en las identificaciones de los cadáveres. Entonces vio sobre la mesa el informe de Balística que ni siquiera había ojeado. Lo abrió. Ya esperaba lo que leyó: grandes calibres, metralletas, tres casquillos de 9 mm pertenecientes a una automática y dos a otra, encontradas en el lugar de los hechos. Intentaron defenderse.

Sacaron su arma corta. ¿Se correspondería con las heridas de alguno? Eso les daría una pista sobre quién atacó y quién se defendió. Quién traía la droga y quién se la llevó.

La munición de guerra tenía un origen europeo, lo cuál era lógico: nadie lograría meter ese arsenal en un avión.

–Martínez –llamó.

–¿Si?

–Póngase a trabajar en el origen de esta munición –. Le entregó el informe.

–Sí, señor...

–Que me llames Daniel. Pregunta primero a los de Balística. Suelen tener una idea de esas cosas. Pero no ponen en los informes nada que no puedan demostrar en un juicio. Hazlo mañana a primera hora.

–Sí, Daniel.

–Bien.

Aprovechó la noche para cumplimentar documentaciones sobre los casos de la semana pasada. Algunas solicitudes para los Juzgados, informes acerca de casos cerrados o pendientes y ese género de burocracia. Luego comenzó con el papeleo generado por la alerta etarra. El subinspector Almeda se encontraría el camino expedito.

Los equipos de vigilancia no dieron trabajo en toda la noche. El etarra estaría durmiendo, no como él. Se frotó los ojos. Parecía que hacía un siglo que no veía a su hijo.

Dejó un par de post-it en la pantalla de Alberto con sugerencias.

Salió el sol, pese a que no tenía ventanas para mirarlo.

El primero en llegar fue el Comisario. Recibió el parte del Inspector de Guardia y le mandó a casa. Luego fueron llegando los demás. Cuando hubo suficiente personal para que no se le echase en falta, cogió su abrigo

y salió discretamente.

Acomodó su arma antes de salir del coche. Miró a los rincones del parking. Un vecino arrancaba en aquel momento. Le conocía de vista.

Abrió la puerta sin hacer ruido. Oyó el agua de la ducha en el baño. Fue a la cocina y se preparó una tila. Hubiera preferido un café, pero ya bastante le costaba descansar sin él.

Empujó suavemente la puerta del dormitorio de su hijo, y le vio hecho un ovillo bajo el edredón. Esperaría a que despertara y desayunara.

Laura le acarició. No la había oído. Cerró cuidadosamente la puerta del dormitorio y la abrazó. La besó.

–Buenos días, cariño.

–Hola, león.

Arturo tardó todavía un buen rato en ser despertado, y todavía más en lavarse y vestirse. Se le cerraban los ojos a Dani cuando le dio el beso de despedida a él y a Laura y pudo acostarse al fin.

Un taladro. Ruido.

Se revolvió en la cama. Miró el despertador. Era hora de levantarse, y parecía que había cerrado los ojos hacía dos minutos. Sentía arenilla en ellos. Odiaba esa sensación. Odiaba las guardias. Odiaba su trabajo.

Demonios, no. Lo tenía metido en la vena, como droga. Lo que odiaba era lo que rodeaba su trabajo, las circunstancias.

Eso era. Lo malo de la vida eran las circunstancias. Sonrió mientras se afeitaba. “Yo y mis circunstancias. ¿Se podría llamar ‘circunstancia’ al Inspector Pérez?”.

El baño olía a Laura, a su jabón. Sintió una punzada en el pecho, pero la expulsó de su pensamiento. No podía permitirse otra depresión. Acabaría recibiendo a inmigrantes en la comisaría de Extranjería.

Bajó al parking y se palpó el arma. Miró a los rincones. Unos hombres

caminaban delante de él. Uno de ellos se giró y le miró.

–Buenas tardes –dijo.

–Buenas tardes –contestó, con la mano cerca de la pistola.

Siguieron y subieron a un vehículo. Él subió al suyo, pero esperó a que hubieran salido del parking.

Alberto le recibió en comisaría haciéndole fiestas. Era un tipo simpático. A su alrededor siempre había alegría. Le envidiaba. Le apreciaba pero le envidiaba.

–¿A qué no sabes lo que tengo? –le preguntó con una sonrisa maquiavélica en su rostro.

–Ni idea.

–Una autopsia preliminar. En realidad varias. Para empezar, los dos mejicanos fueron muertos por disparos de 9 mm. Armas cortas. Los españoles murieron por calibre de guerra, armas largas.

–Interesante. Así que los mejicanos llevaban las metralletas. Emboscaron a los otros y les robaron la coca. ¿A que no sabes qué tengo yo?

–Sorpréndeme –. La sonrisa se ensanchó.

–Tengo un testigo, y una declaración. Uno que los mossos no tienen.

–Eres un maestro. A ver...

Daniel leyó la declaración del hombre del bar.

–Escapó un solo hombre en un Gran Cheroki rojo sucio. Si sus dos compinches eran mejicanos...

–El tercero puede que lo sea.

–Efectiviguonder. Sería interesante encontrar un visado expedido por las mismas fechas que los otros dos.

–Si la coca vino de México, puede ser un gran caso.

–Puede. Yo iré a Inmigración.

–El Cheroki podría ser alquilado.

–O robado.

–Me pongo a ello.

Daniel salió de la comisaría, mientras Alberto se ponía al ordenador, dispuesto a encontrar cualquier dato que les ayudase.

Condujo hasta la comisaría de Inmigración, donde tendrían acceso a los listados de visados.

Había largas colas de inmigrantes esperando su turno. Presentó su identificación y entró en los despachos. Conocía el camino.

–Vaya, Dani –le saludó una mujer de unos cuarenta años, de rostro expresivo y tan alta como él. Llevaba la blusa escotada y una falda que dejaba ver la mayor parte de sus piernas. Era una mujer atractiva. Curiosamente, nunca habían mantenido una relación íntima.

–Hola, Inma. ¿Tienes un momento? Necesito un favor.

–Oh, no me digas que tu mujercita te ha dejado por otro más joven.

Rió.

–No esa clase de favor. Sigo con Laura.

–Lamento saberlo. ¿Así qué?

–Encontrar a un mejicano que entró sobre Febrero. Visado turista, con previsión para dos o tres semanas.

–Espera un momento –. Señaló a su despacho.

Daniel se sentó y esperó. Ella volvió al cabo de unos diez minutos, con un montón de papeles.

–Trabajo retrasado. Bueno –. Se instaló frente a su ordenador–. ¿Nombre?

–Eso es lo que deseo averiguar. ¿Cuántos ciudadanos mejicanos entraron

en Febrero?

–Unos doscientos.

–¿Para dos o tres semanas? –sugirió él. Inma tecleó y esperó unos segundos.

–Unos cincuenta. Esto ha bajado, ¿eh?

–Está bien. ¿Puedes imprimir la lista?

–¿Tienes una orden judicial?

–¿Eh?

–No puedo darte sus identidades sin una orden. Lo sabes. Ley de Protección de Datos.

–Hombre, Inma... –. Daniel esperaba no tener que volver a buscarla y esperar hasta que se la enviasen.

–Mujer, si no te importa. Lo siento, son las normas.

–Ya, bueno, ese es nuestro trabajo, ¿no?, la Ley y todo eso.

–Exacto. Todo eso. Te la imprimiré, pero cuando vengas a buscarla trae la orden, ¿vale? –. Oprimió una tecla y la impresora se puso a trabajar.

–Eso retrasará la orden de busca y captura. Es un peligroso delincuente. ¿Has leído sobre el tiroteo en la Meridiana?

Inma abrió los ojos y le miró intensamente.

–Este mejicano... –empezó.

–Es uno que escapó. ¿No podrías...?

–No, lo siento. Es mi trabajo. Me tienes que traer esa orden.

Daniel se levantó resignado.

–Vale, guapa, hasta cuando sea.

Sacó el móvil y llamó a Alberto.

–Álber, necesito una orden judicial para llevarme el listado con los visados. Dirigido a Inmaculada.... (le dio el nombre completo), oficina de

Visados, comisaría de Inmigración (dio las señas completas).

–Haré lo que pueda. Quizá encuentre a esa jueza tan guapa que tu y yo sabemos, que está coladita por mis huesos y firme ese papel.

–No es tan urgente como para que te prostituyas.

Alberto rió y colgó.

Cuando salió de Inmigración, se tropezó casi de bruces con Lucía.

–¡Vaya!, ¡Qué casualidad! Estaba pensando en llamarte.

–No tengo nada todavía.

–Venga, hombre, ¿para qué has venido aquí? Has venido por los mejicanos –. La chica sonrió–. ¿Tomamos algo?

Él se lo pensó. De todas formas no podría sonsacarle gran cosa, porque no había ningún cabo atado.

–Bueno, vamos.

Buscaron un bar y entraron. Estaba lleno de subsaharianos, marroquíes y alguna chica eslava. Personas que esperaban sus papeles y habían hecho una pausa en su peregrinación. Encontraron una mesa junto a la vidriera. Reinaba cierto bullicio en múltiples idiomas.

–Supongo que estás con algún artículo –aventuró Dani.

–Además del 'nuestro'. Sí. ¿Has averiguado algo?

–No. Es pronto. Aún no. Tu ascenso tendrá que esperar. Siempre has sido muy impaciente. Recuerdo cuando hablabas en las asambleas de estudiantes. Querías arreglar el mundo para la mañana siguiente –. Rieron.

–Éramos jóvenes. Queríamos un mundo mejor mientras tuviéramos ganas de follar –Sus labios parecían formar un beso al decir esta palabra. Dani desvió la mirada.

–Pues nos quedamos con el que había. Y no creo que haya ido a mejor.

–Bueno, lo intentamos.

–Sí, lo intentamos.

Los dos se miraron durante un largo minuto. Luego ella bebió de su café con leche.

–En aquella manifestación, yo...

–Olvídalo. Ha pasado mucho tiempo.

Dani se tomó el resto de su café de un trago. Luego habló:

–Ya pago yo. Te llamo cuando tenga algo, ¿vale?

–Vale, tío.

Daniel volvió a la comisaría y su compañero no estaba. Dejó su abrigo y sacó un café de la máquina. Se sentó en su mesa por primera vez en el día. Y vio que el oficial Martínez había cumplido su encargo. Sobre la mesa estaba la carpeta de Balística, con una nota prendida en ella, que ponía "leer", firmada por Martínez.

La abrió. Dentro había un folio escrito a mano, junto al informe oficial.

"Posible procedencia de la Guerra de los Balcanes. Imposible seguirle la pista. Europa está repleta de este tipo de munición.

Según Balística el excedente de guerra fue vendido en mercados negros de toda Europa a criminales de baja categoría, sicarios y demás. La munición corresponde a las metralletas encontradas en el lugar de los hechos. Han realizado las pruebas, como dice el informe. Lo que no dice es que han encontrado restos de polvo, como si hubiera sido almacenada aproximadamente el tiempo que ha transcurrido desde esa guerra. Pero también restos de aceite de coche. Al parecer fue transportada en un vehículo, y manipulada con las manos engrasadas. Había huellas, pero eso ha pasado a Dactiloscopia. Esperamos ese informe.

Oficial de Policía Martínez."

Alberto entró en la comisaría y llegó hasta la mesa de Daniel, frente a la suya.

–La tengo –. La hizo ondear como si fuera una bandera o un trofeo.

–Mía –. La cogió y salió hacia Inmigración.

Con el listado en la mano entró en una cafetería y pidió un solo descafeinado. Le podía la adicción, pero quería dormir esa noche.

Los nombres no le decían nada. Tenía notas de los otros dos visados. Las sacó del bolsillo. Comparó y había unos veinte que se parecían, por las fechas y características. Guardó las notas y la lista. Era absurdo intentar encontrar nada de esa manera. Se tomó su café y miró hacia la calle.

Quería jubilarse. Estaba agotado, harto. Pero aún no podía. Le faltaban años. Sentía que sus puertas estaban cerradas. Si dormía una noche entera lo vería de otra forma por la mañana. Pospuso su depresión hasta la mañana siguiente. Era como si una nube hubiera oscurecido el sol, eso era todo. Por la mañana se sentiría más optimista.

Pagó y salió.

Cuando volvió encontró a Alberto al ordenador.

–Tenemos Cherokis robados, y alquilados. Ningún nombre coincide.

–Prueba con éstos –. Le tendió el listado.

–Por favor, piedad. Mira, te dejo el ordenador y salgo a tomar el aire, ¿vale? Llevo todo el día aquí, si quitamos lo de la jueza.

–¿Has ligado?

–Mamón –. Rió.

–Se me ocurre algo, ¿por qué no te acercas al laboratorio y les metes un poco de prisa a los químicos? Me gustaría saber si la coca era mejicana.

–Encantado. ¿Alguno es una chica?

Daniel le despidió con un gesto de la mano, como echándole.

Alberto aparcó frente al laboratorio. Era un edificio moderno. Enseñó la placa con la identificación y anotaron su nombre en Seguridad. Le prendieron un pase de visitante de la solapa y pudo bajar al sótano. Pero no le dejaron pasar de recepción.

–Espere aquí –le indicó una agente de blanco, que respondió a su sonrisa incitadora con otra más inocente–. Avisaré.

Al cabo de unos minutos salió un hombre enfundado en un mono blanco, con los pies envueltos en pequeñas bolsas de plástico verde, lo mismo que su cabello. Sus manos llevaban guantes de látex. Parecía un cirujano en trance de operar.

–Soy el oficial químico–. ¿Qué desea?

–Verá, enviamos unos indicios del tiroteo. Nos interesa saber algo sobre los rastros de coca lo antes posible, si eso no es estorbarle, claro.

Seguramente sí lo era, pero la sonrisa de Alberto fundió el amago de disgusto que aquel hombre empezaba a sentir.

–El análisis completo lleva tiempo.

–Lo sabemos. ¿Tiene algo ya? Para empezar a trabajar. Verá, la opinión pública exige algo. ¡Quizá mi cabeza! –exclamó. Los dos rieron.

El oficial químico se sacó los guantes y las bolsas de los pies y los lanzó a un recipiente especial. Luego entró en un despacho, seguido de Alberto, y entró en un ordenador.

–Vaya, no lo recordaba. Sí, claro que les interesa.

El subinspector le miró sonriendo, pero impaciente. Hizo un gesto de interrogación.

–La coca es muy similar a otras partidas. No se puede determinar exactamente, pero parece de mercado interior.

–¿Española?

–De la que decomisamos habitualmente. Mezcla de Colombiana, cortada con otras de baja categoría. Tiene un producto añadido, seguramente restos del envase, donde la disolvieron. Me recuerda algo.

Buscó en el ordenador. Al cabo de unos minutos estaba totalmente

absorto.

–Resulta chocante, pero la mezcla es idéntica a otra que analizamos hace tres años. Fue decomisada. En Cádiz. Sí, ahora recuerdo. Requirieron el análisis porque desde Cádiz llegó a Barcelona. Fue analizada a requerimiento de una Brigada de la Guardia Civil.

Alberto no dijo nada. Por primera vez su sonrisa se perdió en un gesto a medio camino entre disgustado y sorprendido. Se frotó su incipiente perilla.

Tras agradecer el dato y anotar los detalles, salió sin saber exactamente a qué les conduciría eso.

Daniel estaba cotejando los nombres de la lista de visados con los de alquileres de Cherokis. Si era robado no le serviría de nada. Seguramente los mejicanos no esperaban morir, así que cabría la posibilidad de que lo hubieran alquilado. Pero no hubo suerte. Nada.

Alberto entró con paso rápido. Le tendió sus notas:

–Nunca lo adivinarías –dijo, a modo de reto.

Dani cogió las notas y las repasó.

–Vaya una mierda.

–Vamos a ver a los picoletos –propuso Alberto.

Subieron a su coche y salieron del aparcamiento de la comisaría. Si tenían que creer al químico, la coca había salido de Cádiz y llegado a Barcelona, donde una unidad, una Brigada, había traficado con ella .

Se dirigieron a la Casa Cuartel implicada, en Barcelona y se presentaron al centinela. Accionó un interfono y se presentó un cabo, que los condujo hasta un despacho, donde un capitán les atendió.

–Verá, capitán. Estamos investigando el tiroteo de la Meridiana. Habrá oído hablar.

–Así es.

–Bien, recogimos unas muestras de cocaína del lugar, y el oficial químico de la Policía Nacional asegura que esa muestra es idéntica a una partida intervenida a algunos miembros de su Brigada.

El Guardia Civil frunció el ceño. Pareció suspirar.

–Ah, sí. Fue una desgracia para el Cuerpo. Detuvieron a tres números y dos mandos. Es un viejo asunto.

–Hace tres años. No es tan viejo –intervino Alberto.

–Para estas cosas sí.

–¿Podríamos tener una copias del caso, y los nombres de los guardias implicados?

El Capitán les miró adelantando su mostacho.

–Me imagino que están ustedes encargados de este caso. Realicen una petición oficial a nombre del Comandante del Cuartel y ya veremos. Ahora tengo trabajo.

Se sentó a su mesa y les ignoró absolutamente.

–Capitán –dijo Daniel–, comprendemos que es un asunto doloroso, y no deseamos causarle molestias a nadie. Respetamos su uniforme y lo que representa –. Alberto le miró con expresión de sorpresa ("Se está pasando", pensó)–, pero hay un asesino suelto, un mafioso peligroso y hemos de encontrarle. Y puede que tenga en su poder algo de esa droga.

El Capitán alzó la mirada.

–No les conozco a ustedes. No se quiénes son. Si un mando autorizado y debidamente identificado hace una petición por conducto oficial, el Comandante le atenderá adecuadamente. Ahora, tengo trabajo.

Salieron. El cabo les acompañó a la salida.

Volvieron a comisaría. Reinaba una gran agitación. Martínez se les acercó:

–Parece que Urrutia ha vuelto a la tienda. Almeda está dirigiendo la operación.

–Estará disfrutando –soltó Alberto.

–No digas tonterías –repuso Daniel.

Entró uno de los relevos. Todos se reunieron a su alrededor.

–¿Es él? –preguntó uno.

–No lo sé. Podría. Lleva barba, y está más delgado –respondió uno de los agentes, con aspecto de haber dormido en el coche.

Daniel se retiró y se ocupó cumplimentando la petición al Comisario para pedir al Comandante de la Casa Cuartel los nombres de los implicados en el tráfico de drogas, y una copia del informe, si eso era posible.

Los agentes relevados se retiraron a descansar. Los demás volvieron a sus puestos.

–A la mierda –exclamó Daniel.

–¿A dónde vas? –preguntó su compañero.

–Hasta luego. Si hay novedades me llamas al móvil.

Cogió su vehículo y salió. Giró en la primera calle y subió hasta la calle Consejo de Ciento. La recorrió durante unos diez minutos, hasta llegar a la Redacción del Diario en el que trabajaba Lucía. Trabajaba como free lance en la Agencia de Noticias, pero ese Diario era su empleo estable. Presentó su identificación en la Recepción y el Guardia de Seguridad le tomó los datos. Luego le indicó la cuarta planta.

Era un edificio moderno y funcional. Parecía una agencia de seguros. La puerta acristalada de la cuarta planta daba a un lugar inmenso, bien iluminado con fluorescentes y repleto de mesas de trabajo con ordenadores, cables, papeles, archivadores de mediana altura, impresoras y demás parafernalia. El aspecto de agencia de seguros se acentuó.

Preguntó por Lucía. Le señalaron una mesa cercana al centro del local. Se acercó. La periodista estaba tecleando y no le vio hasta que él dio la

vuelta y sonrió frente a ella.

–¡Dani!, ¿Qué haces aquí? No me digas que ya...

–Busco ayuda. ¿Tienes un momento?

–Vaya, no. Pero da igual. ¿Qué quieres?

–Hace unos tres años una Brigada de la Guardia Civil se vio implicada en tráfico de drogas. Coca. Parece que pringaron unos cuantos. Debéis tener algún dato sobre eso. Busco los nombres de los guardias implicados.

–No sé si estarán. A ver.

Ella se concentró en la pantalla, mientras tecleaba a toda velocidad, y él la contempló. El paso del tiempo le había sentado bien. Su piel pecosa había madurado. Algunos rasgos se habían endurecido, pero eso la favorecía. Parecía una mujer decidida y fuerte. El tipo de periodista que trabajaba en un gran Diario.

–Los nombres están censurados en los artículos, pero el asunto lo llevó un joven redactor.

Él quedó a la espera.

–Aquel de allí –. Señaló hacia un joven alto y apuesto.

–Gracias, te debo una.

–Anda, no digas tonterías. Entre nosotros no.

Daniel se acercó al joven y se presentó. Hizo un somero resumen, sin especificar el motivo de su búsqueda. Aquel era un artículo para Lucía. Tras titubear, el joven miró a su colega, y ella sonrió y afirmó con la cabeza.

–Bien. Creo que tengo lo que busca en mis cuadernos. En casa. Ahora no puedo irme. Dentro de una hora podré atenderle.

–Perfecto. Vuelvo dentro de una hora.

–Espéreme abajo. Cuanto menos le vean por aquí mejor.

Salió del enorme edificio y buscó con la mirada. Vio un Ciber. El lugar perfecto para perder una hora.

Pidió un ordenador y entró en Internet. Entró en su correo y luego visitó páginas de su interés. Casi sin darse cuenta había consumido el tiempo. Volvió a la Redacción y se sentó ante Recepción. Por supuesto, había revistas y diarios de sobra. Ojeó uno nuevo. Le sorprendió el enfoque de algunos artículos. Se salían de lo habitual. Incluso podría decirse que eran progresistas. Y eso era extraño en el conservador mundo editorial.

El joven, que se había presentado como Miguel, no tardó en bajar. Todo periodista sabe que debe cultivar la amistad con algún policía. Puede serle útil en el futuro.

Miguel tenía un Twingo violeta. Le invitó a subir y condujo hasta las cercanías del Passeig del Born. Un lugar de moda entre intelectuales.

Entraron en su apartamento.

–¡Pere! –gritó - ¡Soy yo!

Un joven en camiseta y pantalones de chandal apareció con una olla en las manos. Se dieron un beso en la boca. Un breve beso. Daniel se sintió violento.

–Pere es mi pareja. Éste es un policía amigo de Lucía. Tengo algo que necesita en mis archivos.

–¡Un poli! –exclamó Pere. Daniel percibió un cierto rechazo.

–Es por aquí –. Le indicó con la mano.

En una habitación pequeña había un sin fin de archivadores con carpetas. Miguel se arrodilló y comenzó a buscar.

Pareció un poco desorientado al principio, pero pronto Daniel percibió que seguía algún tipo de orden.

Mientras lo hacía, Daniel contempló las fotografías. Estaban pegadas en la pared, sujetas de alguna forma. Había de él en todas partes del mundo. En una de ellas reconoció a Lucía junto a él frente a un hotel. En la fachada ponía 'Gros Restaurant'.

–¡Aquí está! –. Aferró una carpeta.

Rebuscó dentro y extrajo un folio doblado por la mitad, escrito sólo en la

parte de arriba. Se lo tendió. Había cinco nombres.

–Tomaré nota –dijo Daniel.

–Sí, claro. Esto es confidencial. No le diga a nadie de dónde lo ha sacado, o perdería mi trabajo y me echarían del Colegio de Periodistas.

–Secreto profesional. Por si te sirve, estoy violando una ley al anotarlos. Estamos en el mismo barco. Si tu te hundes, yo también.

Salió del apartamento de Miguel y caminó hasta el metro de Jaume I. Entonces se lo pensó mejor y entró en el café de la esquina. Se sentó a una mesa y pidió un descafeinado.

Desde allí podía ver los locales de los Sindicatos. Recordó antiguas asambleas en algún salón de actos. En alguna de ellas estuvo Lucía. Fue antes de conocer a Laura. En realidad Lucía siempre le gustó. Recordó que era Leo. Entonces habían hablado de eso, del carácter de los leo y de los tauro. Hicieron dos huelgas generales, y muchas manifestaciones.

La última en la que se encontraron por casualidad fue por la liberación de Miguel Ángel Blanco. Habían pasado los años. Ya no eran estudiantes en busca de democracia. Él era policía y ella periodista. Él estaba casado, y ella estaba en pareja. Ninguno de los dos lo buscó, y ninguno de ambos lo había vuelto a mencionar, pero en un breve instante, entre aquella multitud emocionada y enaltecida, en la proximidad de sus cuerpos, surgió un impulso hermoso y ella le besó.

Él había deseado ese beso desde su juventud. Desde que vio aquellos labios carnosos.

Aquel beso le liberó. Nunca más volvió a pensar en él, ni a desearlo. Quería a su mujer. Fue al joven estudiante al que Lucía besó, movida por la intuición de saberse deseada desde siempre. Fue algo poético y bonito, en aquel mar de cuerpos y almas anhelantes. Una culminación y un final.

Apuró su café descafeinado y se secó una cierta humedad que había aparecido en sus ojos.

–Tengo la lista –dijo a Alberto en cuanto entró en comisaría.

–¿Qué lista?

–La de los guardias implicados.

–Será mejor que redactes la petición oficial o no podrás explicarle al comisario de dónde has sacado esos nombres –aconsejó Alberto.

Entró en el programa de búsqueda y tecleó frenéticamente. Luego esperó. Unos minutos después aparecieron los datos que buscaba. De los cinco, dos habían muerto: Antonio F. Y Joaquín D. Quedaban Ernesto R. (cabo), Juan A. y Carlos E. Estos dos últimos números rasos. Los demás datos eran puramente administrativos. Tenía las direcciones, pero poco más.

–Deberíamos repartirnos esto –dijo señalando su pantalla.

–Bien –. Alberto sacó su libreta de notas y apuntó la primera dirección.

–Te toca Juan A. Y Carlos E. Yo tengo algo que hacer después de Ernesto R.

Daniel no dijo nada. Sonrió. Alberto era así. Rellenó la solicitud para rastrear las llamadas de los tres guardias.

Llegó frente a la dirección de Carlos E. No estaba lejos del Centro, así que empezó por ahí. Era un piso en la calle Sant Pere Més Alt. Un edificio muy antiguo. Llamó al timbre. Tardaron unos minutos en contestar.

–¿El Sr. Carlos E.?

–¿Quién es?

–Policía.

Pensó que no le abriría, pero lo hizo. Empujó la puerta y subió los tres pisos.

Se presentó y enseñó su placa. Carlos le invitó a entrar.

El piso era viejo y parecía misérrimo. Los pocos muebles parecían heredados de inquilinos anteriores. Carlos resultó ser un hombre de unos cuarenta y tantos años, en bata de estar por casa. Bajo ella llevaba

pantalones viejos y una camiseta desgastada.

–¿Qué quiere? –preguntó el inquilino con evidente hostilidad.

–No deseo molestarle. Estoy trabajando en un caso que podría estar relacionado con su antigua Brigada.

Carlos torció el gesto. Rebuscó en su bolsillo y sacó un cigarrillo.

–¿Le molesta si fumo?

–No, en absoluto. Cuénteme qué pasó.

–¿Nunca me dejarán en paz? Ya pagué por aquello. Creo que más de lo necesario.

–No conozco los detalles, y me ayudaría mucho. Usted era guardia civil, lo entenderá.

–Lo que no me sirvió de mucho. Me expulsaron. Cumplí dos años de cárcel. ¿Qué quiere saber?

–¿De dónde salió la droga?

Carlos sostuvo el cigarrillo ante si y contempló el humo. Luego le miró. Sus ojos eran pequeños y penetrantes. Sobre su labio superior crecía un bigote ya gris. Estaba muy delgado. Dani intentó verle las pupilas, pero parecían normales. Quizá su delgadez era natural, o fuera un bebedor.

–Llegaba a la Brigada. Se tenía que quemar, pero siempre redondeábamos las cantidades, y el resto era para confidentes.

–Pero alguien traficaba con ella.

–Al final sí. Nuestro sueldo era muy escaso, y un poco de coca valía mucho dinero. Además, nuestros contactos facilitaban las cosas.

–¿Podría alguien haberse quedado con algo de esa droga?

La sorpresa en el rostro de Carlos parecía auténtica.

–Francamente, no se cómo podría. Nos registraron pisos, coches y taquillas.

–Alguien podría haber guardado algo en casa de otro.

–Quizá.

–¿Me permite que le pregunte de qué vive?

La ira enrojeció el rostro de Carlos. Aquella humillación era más de lo que podía soportar.

–No. Lárguese ahora mismo.

Se levantó y señaló a la puerta.

Daniel salió.

Se metió en un bar de mala muerte que había cerca y trató de sondear al dueño, pero le ignoró. Fingió no conocer al ex-guardia civil.

–¿Tiene usted los retretes y la cocina según la normativa de Sanitat? –preguntó con una sonrisa. El dueño se puso pálido –. Se lo pregunto de nuevo, ¿conoce a Carlos E.? Es delgado, con bigote gris y ojos pequeños –. No mencionó su pasado, pues seguramente lo ocultaba.

–Puede.

–Sólo quiero saber de qué vive. ¿Sale mucho?, ¿bebe?

–Creo que está enfermo. Si, bebe bastante. Está liado con la dueña del bar de chicas de la esquina. Nada de prostitución, ¿eh?. Sólo alterne. Los solitarios invitan a las chicas por un rato de conversación.

–Ya. Lo que hagan fuera no es cosa de la dueña, ¿verdad?

–Así funciona. Ese hombre está hundido. Creo que tuvo problemas. Ella le mantiene. Bueno, él hace de jefe de seguridad. Supongo que eso es un trabajo.

–Supongo. Bien, gracias.

Daniel salió y echó una mirada al bar de alterne. Todavía estaba cerrado.

No parecía la clase de individuo que buscaba.

Le quedaba todavía Juan A. Llegó hasta la dirección que figuraba en el ordenador, pero se trataba de un local cerrado, y parecía llevar años así. Pulsó los timbres del portal al que pertenecía y un vecino le abrió. El buzón estaba a nombre de una Sociedad Limitada. Estaba bastante vacío. Sacó su libreta y dejó una nota con su identidad y número de móvil.

Alberto se dirigió a la dirección que figuraba en el informe sobre Ernesto R. Había un gran panel plástico con un logotipo que parecía una fusión entre la cabeza de un águila y una estrella de ocho puntas, con rayos. Estaba bien logrado. En blanco y negro, y una marca: 'Interintegrated, S. C. P." Llamó al timbre, y miró a una pequeña cámara que recogía todo lo que sucedía en aquella puerta. Sonó la cerradura y entró.

–Usted dirá –. Un hombre estaba tras un mostrador. Vestía un traje azul impecable y una corbata roja. Con camisa blanca.

–Quisiera contratar un servicio de seguridad completo para mi domicilio –mintió.

El recepcionistas le llevó a una sala privada y le pasó una serie de folletos y se entretuvo en explicarle las ventajas de cada servicio, y las tarifas.

–Verá, un amigo me dijo que Ernesto le había informado. Quisiera contratar el mismo servicio. ¿Podría hablar con él?

El hombre le miró durante unos instantes antes de contestar:

–Claro. Es nuestro asesor. Pase por aquí –. Le guió por un pasillo. Llamó a una puerta.

–Un momento –dijo una voz. Luego un rumor impreciso.

Se abrió la puerta y una mujer de pequeña estatura y tez pecosa salió con cierta precipitación, pintándose los labios. Luego un hombre alto y atlético le estrechó la mano. Alberto se fijó en que estaba un poco despeinado. Se enderezó la corbata y sonrió.

–El señor quiere contratar el servicio que ya le vendimos a un conocido suyo –explicó el recepcionista.

–Lo siento, no podemos revelar si ese amigo suyo es o no cliente nuestro. Las normas –se excusó–. Pero si me explica más o menos las condiciones, seguro que sabré a qué servicio se refiere.

El subinspector contaba con eso para no tener que adivinar un posible nombre. Le describió un servicio estándar y esperó que se ajustase a

alguno que vendiesen. Pareció encajar con alguno, ya que Ernesto se dedicó a contarle las excelencias de uno y las condiciones de pago.

Cuando ya se estaba aburriendo le dijo que se lo pensaría y se llevó unos folletos. Salió.

Llamó a su compañero y le informó de sus pesquisas. Ernesto R. trabajaba de asesor en una empresa de Seguridad Privada. Debía tener un buen sueldo.

–Por cierto, han encontrado un cadáver metido en un Gran Cheroki.

–¿Dónde?

–En un lugar de descanso en la Autopista A-2. El Área del Llobregat.

–Voy para allá.

Condujo hasta allí. Ya habían acordonado la zona y había patrullas de los Mossos y una ambulancia. Presentó su identificación y pudo superar el precinto.

En el área de descanso había un Gran Cheroki rojo. El color era rojo sucio, pero además tenía barro y parecía que no lo habían lavado en meses. Echó un vistazo por encima del mosso de la Policía Científica. Dentro había un hombre moreno, caído de lado sobre el asiento del acompañante. Su cabeza presentaba una herida horrible de entrada que casi le había partido el cráneo y los asientos estaban llenos de sangre. También había salpicado la ventanilla opuesta.

Buscó al mando que dirigía aquello y se presentó.

–Este crimen está relacionado con el tiroteo de la Meridiana. ¿Han encontrado una identidad?

–Su pasaporte es mejicano. Se trata de Camilo F. de 42 años.

–Necesitaré el informe de balística. ¿Hay testigos?

–Nadie. En ese momento no había nadie. Ocurrió sobre las cinco de la tarde.

Salió de allí tras saludar con un gesto. Caminó por el área de descanso. Le habían pillado cuando trataba de huir. Le seguían. Se detuvo para comer, o para ir al baño. Le iban detrás.

Tres mejicanos llegan y la semana siguiente ya tienen armas y munición del mercado europeo. La coca presente era de procedencia local. Alguien lo sabía todo y estaba lo bastante cerca como para seguir al único superviviente del tiroteo.

Alguien estaba detrás de todo aquello.

–¡Subinspector! –. Un mosso le llamó y señaló al mando.

–Diga, inspector...

–Inspector Planes. El todoterreno tenía los papeles en la guantera. Está a nombre de Lázaro J.

Aquel nombre le sonaba. Sacó su libreta. Lázaro J, Eustaquio P. y Macario S. Los cadáveres españoles del tiroteo. El vehículo donde había muerto el verdugo estaba a nombre de una de las víctimas. Era endiabladamente retorcido, pero eficaz. Seguramente no esperaba morir, así que hubiera dejado atrás un vehículo cuyo rastro conducía a una de las víctimas. Un lazo cerrado. Sin pistas. El único fallo fue dejarse matar.

De nuevo todo apuntaba a que alguien lo había preparado todo. Entonces pensó en algo y volvió junto al inspector Planes de los mossos.

–Perdone, ¿había droga en el vehículo?

–No. Nada.

Llamó a comisaría y se puso Alberto.

–Necesito que me vigiles a un tipo. En realidad se trata de hacer guardia frente a un local vacío y esperar a que entre alguien. También hay un buzón, y parece que están recogiendo la correspondencia, así que volverán –. Le dio las señas de Juan A., el tercer guardia.

–Muy bien, envío a un equipo. Por cierto, ¿qué tal lo del Cheroki?

–Muy interesante. Ya te contaré. Parece que tenemos un jugador sorpresa en este asunto. Oye, casi es hora de cerrar, ¿qué tal si me cubres y me voy a casa?

–Vale, pero no te acostumbres. El comisario tiene mal genio.

Condujo con suavidad. Tenía ganas de abrazar a su mujer y a su hijo antes de que se metiera en la cama. Tomarse una tila caliente y sentarse sin hacer nada.

Entró en el parking y miró a todos los rincones antes de bajar de su vehículo, asegurando su pistola como de costumbre.

Abrió la puerta. Laura salió con el delantal puesto. Arturo salió de detrás de ella. Tenía nueve años y una mirada inocente, pero aguda. Sería un chico inteligente.

–Buenas noches, león.

–Buenas noches, cariño. ¡Quién es ese chico tan guapo! –exclamó, abrazando a su hijo. Luego a ella.

Los tres se sentaron en el sofá. La televisión estaba encendida. Estuvieron así un rato, luego Laura fue a la cocina.

–Arturo, tienes que irte acostando –dijo de camino.

Todavía estuvo un rato sentado junto a su padre. Pero Laura salió y le envió a la cama.

–Eres la profesora más guapa de la Universidad –dijo él atrayéndola hacia si.

–Machista asqueroso, a ver cuando haces la comida –. Rieron los dos.

–El día que no haya crímenes, encanto.

–Bonita excusa.

Cerraron el volumen de la tele y se besaron.

Juan A. entró en el portal y recogió la correspondencia. La ojeó rápidamente mientras salía. Se la guardó en el bolsillo interior de su cazadora, se subió en su coche y arrancó.

Condujo por Pau Claris hasta la calle Aragón y la siguió. Había mucho tráfico, como de costumbre, y manejó con cuidado entre los coches. Llegó a Avinguda de Roma, giró en Entença y subió hasta Josep Tarradellas. Justo allí dejó su moto y subió a su piso.

Era un bloque relativamente nuevo y lujoso. Subió y dejó el correo sobre la mesilla. Fue a la cocina y se preparó un té negro.

El agente López le había perdido en la calle Aragón. Maldijo interiormente y luego llamó al subinspector Alberto y se lo explicó.

–La próxima vez le pondremos un detector en el coche en cuanto se baje para recoger el correo.

Cuando colgó, Alberto preparó la solicitud del aparato. Esperaba tenerlo cuanto antes.

Juan abrió el sobre sin remite. Era un trabajo. Le daban un teléfono y le explicaban el caso. Parecía simple. Lo dejó a un lado. Entonces vio la nota escrita a mano:

"Necesito interrogarle. Soy el subinspector Daniel Oristany de la Policía Nacional. Mi móvil es... "

¿La Policía? Juan tomó un sorbo del té. Cogió su teléfono y llamó al número que figuraba en la nota.

Sonó el móvil de Daniel. Estaba en su mesa, ante el ordenador, tratando infructuosamente de encontrar la denuncia del robo del Gran Cheroki.

–Diga.

–¿El subinspector Daniel Oristany?

–Yo mismo.

–Soy Juan A... He encontrado su nota en mi buzón. Dice que desea

interrogarme.

–Así es.

–¿Por qué?

–Sería mejor explicárselo en persona, ¿le parece?

–Dígame dónde está. Yo iré inmediatamente.

Daniel le dio la dirección de la comisaría. Así que el pájaro volaría hasta él.

Poco después, un hombre alto y moreno, que parecía en muy buena forma, entró y preguntó por él. Martínez le condujo hasta su mesa.

Dani se fijo en su rostro. Parecía haberse roto la nariz alguna vez. Tenía esa dureza mezclada con una expresión de suavidad que había visto en muchos policías, habitualmente los que se dedicaban a misiones encubiertas y de riesgo.

–Usted dirá –. Juan le miraba con fijeza. Era difícil leer en su rostro.

–Es posible que tengamos un caso de drogas relacionado con su antigua Brigada.

La fijeza de su mirada tomó tonos gélidos. Pero no dijo nada. Esperó. Dani tragó saliva antes de continuar.

–Existen rasgos de cocaína en la escena de un tiroteo que el oficial químico relaciona con las partidas que se les intervinieron cuando sucedió... aquello.

–Es difícil precisar tanto, creo.

–Bueno, parece que era una mezcla de coca colombiana y otras de baja calidad con algo disuelto, y él cree que puede determinar...

–Bueno. No importa. Pregunte.

–¿Alguien podría haberse quedado con parte de la droga?

–Podría. Es ingenuo pensar que no habría podido. Lo que me extraña más es que esperase tres años para sacarla al mercado.

–Hubo penas de cárcel. Quizá no pudo hacerlo antes. ¿Quiénes fueron encarcelados? –. En cuanto hizo la pregunta se dio cuenta de que sonaba brutal. Pero Juan no pareció inmutarse. Era un tipo duro.

–Carlos cumplió dos años. Yo cumplí dieciocho meses. Si hubiera deseado negociar droga, lo hubiera hecho al salir, es lo habitual. Sales sin nada, así que si tuviera una partida, la hubiera vendido entonces, no ahora.

–Puede. ¿Cogieron a todos los implicados?

Juan le miró con una sonrisa irónica.

–¿Usted qué cree?

–El cabo –. Consultó sus notas–... Ernesto, está viviendo bien como asesor de Seguridad. ¿No fue condenado?

–Negoció su libertad. A cambio de la nuestra. Colaboró. Hubo acuerdos en las alturas.

–¿Y eso que significa?

–Significa que tenían que caer cabezas. No necesariamente las más culpables. Las de menos graduación. ¿Sabe usted que uno de mis compañeros se suicidó?

–Sabía que habían muerto dos.

–Antonio se suicidó. Vivía para el Cuerpo. No tenía nada que ver con lo de la droga. Simplemente estaba allí. Como yo.

–¿No lo sabían?

La expresión de Juan pareció suavizarse.

–Claro que lo sabíamos. Por eso fuimos a la cárcel. Sólo que no lo denunciamos.

–Entonces eran cómplices.

–No. Existe un escalafón. Si los superiores lo saben y no hacen nada, nosotros no podíamos hacer nada.

–¿Existían mandos implicados de grado superior?

Juan volvió a su sonrisa irónica, y quedó claro que era una máscara

defensiva.

–¿Usted que cree? –repitió.

–¿Me permite una pregunta un poco delicada?

–¿Las otras no lo eran?

–¿De qué vive usted ahora?

Juan le miró con su expresión de póquer. Parecía analizarlo, tratar de entrar en él para saber hasta dónde podía contarle.

–Estoy preparado para misiones de alto riesgo. Quizá eso no se lo hayan explicado, pero pertenecí al Servicio de Información de la Guardia Civil antes de acabar en Narcóticos y Estupefacientes.

–¿Es usted un águila?

–Sí. Lo fui. Digamos que sigo haciendo lo mismo en el mercado privado.

–Comprendo. ¿De qué murió el otro... Joaquín?

–Accidente. Justo antes de ser juzgados.

–Bien, gracias por su colaboración. ¿Cómo podré entrar en contacto con usted si lo necesito?

–Hasta ahora lo ha hecho muy bien, creo. Deje otra nota. Reviso el correo casi diariamente.

Cuando Juan se marchó, lamentó no haberle preguntado cómo salió de Información y acabó en Narcóticos. No es que se pudiera considerar una degradación, pero era algo significativo. Entonces se le encendió una luz.

–¡Martínez!

–Sí, Dani.

–Necesito el informe de balística del mejicano del Cheroki.

–Muy bien, jefe.

Estaba claro que necesitaba la ayuda de Lola.

La teniente Dolores Molinos era instructora de Defensa Personal. Pasó diez años infiltrada en diversos ambientes criminales, informando a los Águilas. Era reservada, por supuesto, y tenía ese ascetismo propio del que ha disciplinado su cuerpo y su temperamento para sobrevivir rodeado de enemigos. Sin embargo, su físico no era en absoluto corpulento, pero esa imagen engañaba: era alguien capaz de defenderse de seis hombres armados.

Una auténtica Águila.

Cogió el móvil, pero se lo pensó mejor. Le iría bien cambiar de escenario.

–Martínez, voy a salir. Quizá no vuelva hoy. Le dejo un resumen del caso. Si Alberto pregunta por mí, estoy cazando águilas.

–¿Perdón?

–Él ya sabe lo que significa. Cazando águilas.

–Bien –. El agente quedó intrigado.

Condujo hasta un amplio cuartel. Tenía una entrada de vehículos grande, y era un edificio muy amplio. Se detuvo junto a la garita del centinela. Entregó su identificación del Ministerio del Interior, que estaba junto a su placa en una cartera negra.

–Desearía ver a la teniente Dolores Molinos.

El centinela habló por un interfono y, unos minutos después, le dieron autorización y le abrió la barrera. Le indicó dónde aparcar.

Salió del coche y tomó el ascensor del fondo hasta el segundo piso. Siguió el pasillo hasta llegar al gimnasio. Por el camino le paró un guardia civil de paisano y tuvo que identificarse.

Ella no estaba en el gimnasio. Fue hasta su despacho. La puerta estaba

abierta. Llamó con los nudillos.

–¿Lola?

Ella levantó la vista de los papeles y mostró sorpresa.

–¡Dani!, ¿qué te trae por aquí? ¿Cómo estás?

–Paso sueño. Estoy bien. Y necesito tu ayuda.

–Claro, pasa y cierra la puerta.

Él lo hizo y tomó asiento. Ella se sentó tras la mesa. Hizo un gesto para invitarle a hablar.

–Estoy investigando a unos ex-guardias civiles, y necesito saber cosas de ellos.

–Eso será confidencial.

–Por supuesto.

–No, digo que igual no te lo puedo decir.

–Vaya. ¿Ha cambiado algo?

–Son tiempo duros.

–¿No te fías de mí?

–Claro. Veremos. Suelta ya.

–Juan A... Para empezar. Por qué salió de los Águilas y acabó en Narcóticos y Estupefacientes –. Ella tomó nota–. Su Brigada. Qué mandos estaban relacionados con los implicados en el asunto de drogas de fecha.... –. Se la dijo.

–¿Sólo eso? ¿No quieres saber también el teléfono privado del Coronel Jefe de Información e Investigación? –. Su evidente sarcasmo endureció sus facciones.

–Lo siento, necesito esos datos. Mira, la droga que manejaban entonces ha salido a la luz, han muerto cinco personas, no, seis, alguien mató al superviviente, y todo eso puede estar relacionado con esa Brigada, con lo que pasó. Hubo un tiroteo con armas de guerra, alguien preparó todo el asunto. Tenemos que esclarecerlo.

–¿Tenemos?, ¿con quién trabajas?

Ella quería saber si la otra parte del equipo era de fiar.

–El subinspector Alberto Goanaga y yo. El oficial de policía Martínez, y el resto del equipo de comisaría.

–Vale. Veré qué puedo hacer. ¿Qué tal te va? En casa, quiero decir.

–Ahora bien. Superé la depresión, y Laura me apoyó mucho. Aguantó. No es fácil.

–Lo sé. Respecto a tu primera pregunta, no necesito buscar datos. Juan es una leyenda entre la Brigada. Trabajamos juntos en varias misiones –. Lola miró pensativamente al infinito, y Dani se preguntó qué clase de imágenes vendrían a su mente–. Salió del Servicio de Información por Estrés Postraumático, así lo llaman. Fatiga de Combate. Pasó a Narcóticos para seguir adelante. Es muy bueno. Lo demás... Bueno, ya veremos. No puedo asegurarte nada.

–Necesito esos datos –presionó él.

–Veré hasta donde puedo llegar, te lo prometo.

–No puedo pedirte más. ¿Te apetece tomar algo?

–Lo siento, tengo trabajo. Otro día.

–Vale.

Salió del cuartel con el corazón un poco encogido. Intentó racionalizar esa emoción. Lola, una mujer fuerte, Juan, una leyenda viva, con fatiga de guerra por sus servicios, sirviendo de víctima propiciatoria para lavar la imagen del Cuerpo y, posiblemente, tapar complicidades de mayor nivel. Un guardia civil incapaz de soportar la injusticia, se suicidó. Carlos, hundido, obligado a vivir de una barra de alterne.

Entró en una cafetería y se tomó un café. A la salud de las ovejas para el sacrificio.

Sonó su móvil. Era Martínez.

–¿Sí?

–El informe balístico lo tienen los mossos. He pensado que si vamos a buscarlo tardará menos que si lo envían por correo.

–Seguro. Voy yo mismo.

Se dirigió a la comisaría que llevaba el asunto del mejicano. Preguntó por el Inspector Planes y le señalaron una puerta. Llamó. Una voz le dijo que entrara.

El Inspector se quedó mirando como si quisiera recordar.

–Nos vimos cuando descubrieron el Cheroki con el cadáver del mejicano –explicó.

–Si, claro, usted es el subinspector Daniel...

–Oristany. Vengo por el informe de balística. Necesito saber algo.

–Aquí lo tiene –. Le tendió una carpeta.

Daniel la abrió y buscó el calibre del arma. Leyó:

"El proyectil no puede ser encuadrado en ninguno de los calibres actuales. Se trata de una posta de plomo. Existen trazas de pólvora negra que permiten asegurar que fue disparado, pero no por un arma de fuego registrada. Lo más similar sería una pistola de chispa anterior al siglo XIX., quizá finales del XVIII, dado que existen en la posta de plomo trazas de hierro forjado con óxido aproximadamente de esa época."

–¡Demonios! –exclamó Daniel.

–Un caso retorcido.

–¿Tiene una copia para llevarme? –preguntó.

–Esa es su copia. Puede disponer.

–Gracias. Si averiguan algo más, por favor, llámeme –. Sacó una tarjeta con su móvil.

Alberto entró en comisaría y percibió la actividad. Dos relevos esperaban sentados, cansados, en los bancos. El Comisario salió al pasillo dando

voces, sin verle siquiera, cosa que agradeció.

El subinspector Almeda salió detrás de él, cabizbajo. Les siguieron un letrado que conocía de vista y un hombre con barba. Parecía enojado, y se frotaba las muñecas.

–¿Qué pasa? –preguntó a González, un agente pecoso que era especialmente simpático.

–A Almeda, y de paso al comisario, les va a caer un pleito. El supuesto etarra era un pariente de un vecino, que ha venido de Soria. Le han encañonado varios agentes y le han esposado en plena calle. Luego ha resultado que no es Urrutia, ni vasco, ni tiene una triste multa de tráfico. Un marrón.

Alberto sonrió.

–Para él la gloria, para nosotros el barro –canturreó.

–Ha llamado una tal Dolores. Ha preguntado por usted. Ha dejado el número, lo tiene sobre la mesa.

–¿Dolores? No conozco ninguna Dolores.

Llamó.

–¿Diga? –preguntó una voz femenina.

–Soy el subinspector Goanaga. Usted ha llamado preguntando por mí.

–¿Goanaga?

–Alberto Goanaga.

–Ah, claro. Soy Lola, del Servicio de Información de la Guardia Civil. Daniel me ha visitado esta tarde, y yo quería conocer a la otra mitad del equipo antes de vulnerar una serie de leyes que podrían acarrear mi expulsión del Cuerpo. ¿He sido clara?

–Totalmente. Y se lo agradezco.

–Así, pues, ¿podemos vernos hoy?

Alberto consultó su reloj. Eran cerca de las ocho y media.

–¿Cena en casa hoy? –preguntó él.

–Puedo cenar fuera, si es lo que está diciendo.

–Por mí, bien. Estoy de latas hasta el gorro.

Ella rió al otro lado.

–No soy exigente, me adapto al menú. Proponga algo.

–¿Cocina italiana? –propuso Alberto.

–Bueno. Sé en qué zona está usted. Iré hacia allí.

–Hay una trattoria a media manzana de la comisaría. Hacen buena pasta.

–Muy bien. Me apetece. ¿Dentro de una hora?

–Sí, está bien –. Le dio la dirección. Y le explicó cómo iba vestido.

Alberto no lo podía creer. Era la cita más surrealista de su vida de soltero.

Él esperó a la puerta del local. Vio aparcar un coche cerca, y una mujer se bajó de él. Era esbelta, aunque se la veía fuerte. Su rostro era alargado, su pelo recortado a media melena, y su mirada era muy sagaz. Tenía unos ojos preciosos. Por lo demás vestía como una oficinista.

Se dirigió directamente hacia él. Le tendió la mano.

–Soy Lola.

–Yo soy Alberto.

Entraron, eligieron mesa y les llevaron las cartas. Pero las dejaron sobre la mesa.

–Nunca pensaría en usted como en una Águila.

–Tuteémonos –pidió ella.

Siguió un silencio.

–Tu compañero, Dani, me ha pedido informes sobre los mandos y números de la Brigada purgada por el asunto de la coca. Son datos confidenciales. ¿Qué uso vais a hacer de ellos?

–Yo de postre tiramisú –bromeó él–. Vaya, vas derechita al asunto.

–Bueno, para eso hemos quedado aquí.

–Queremos hacernos una idea de quién pudo organizar la fiesta de la Meridiana. Queremos saber qué está pasando –. Por suerte ya había leído las notas de Dani–. Alguien sacó la droga después de tres años, y murieron seis personas. ¿Por qué? Eso queremos saber. Según uno de los números, los que pagaron no eran todos los culpables.

–¿Pensáis que lo montó un mando de la Brigada?

–Es una de las posibilidades.

–¿Para qué?

–No lo sabemos. Pero hemos de conocer los detalles. Haremos nuestro trabajo. Si alguno es culpable, intentaremos demostrarlo. Si no, nadie se enterará de que le investigamos.

Ella le miró detenidamente, pero no con fijeza. A Dani le pareció una mirada suave.

–Me encantaría que trincarais a los culpables. Ensucian nuestro buen nombre.

Bajó la mirada, luego cogió la carta y estudió los platos. Alberto la estudió a ella por encima de su carta.

Fue una cena agradable. Al terminar, antes de despedirse, Lola le pasó una hoja con los datos que le habían solicitado.

A la mañana siguiente encontró una carta sobre su mesa. Se la pasó a Daniel. Era el informe de Interpol sobre los tres ciudadanos muertos.

–Tu amiga Lola vino a verme anoche –le dijo mientras lo ojeaba. Levantó la vista por encima de sus gafas–. De hecho cenamos juntos.

–La conozco hace quince años y aún no he conseguido cenar con ella.

–Esa es la diferencia entre tu y yo, pájaro. Además, estás casado.

–Sí, eso tiene algo que ver en ello. No entiendo nada –dijo centrándose en la carta de Interpol–. Estos tipos estaban fichados como sicarios, en busca y captura –. Leyó rápidamente un seguimiento de sus movimientos por toda Europa–. Ni una condena por drogas. Llegan a España y a la semana ya tienen armamento de la guerra de Bosnia. Luego uno consigue escapar y alguien le mata con un arma del siglo XVIII. La coca no aparece por ningún lado.

–Hipótesis –exclamó Alberto–: Alguien, un coleccionista excéntrico, hace tratos con esos traficantes. Pero en lugar de pagarles, contrata a unos sicarios. Luego el superviviente trata de quedarse con la droga, y él lo mata y se la queda –bromeó.

–¿De dónde salió la coca de la Brigada?

–El tal Carlos la vendió a un delincuente en el bar de chicas, y éste trató de negociarla.

–Puede. Pero hay algo rocambolesco en todo esto. ¿Un arma del siglo XVIII? Hay algo retorcido. Mira, yo creo que fue alguien que conoce el procedimiento criminal, la investigación. El vehículo robado a las propias víctimas, un lazo sin pistas, las pistas mueren ahí. Un arma imposible de identificar. La pista muere aquí de nuevo. No hay huellas, no hay móvil.

–Eso es, busca el móvil –propuso Alberto– ¿Venganza? ¿Qué relación hay entre las víctimas y quien fuera que contratara a los sicarios? Si encontramos eso, encontraremos al culpable.

–Muy bien, ahí está el informe sobre las víctimas. A ver que le sacas.

–¿Es un desafío? – preguntó Alberto con una sonrisa.

–Tómalo como quieras.

Capítulo 2

2

Una chica de alterne

Alberto entró en el local de Carlos E. El propio Carlos estaba sentado en la barra, simulando ser un cliente, y vigilando al personal. O esa se suponía que era su ocupación entre cubata y cubata.

Estudió a las chicas. Ese término no era apropiado para algunas de ellas. Estaba claro que los clientes tenían gustos variopintos. Había una mujer de unos cuarenta y muchos años, de piernas regordetas y bien formadas, que mostraba casi todo su busto, ofreciéndolo a las miradas de un cincuentón con traje de ejecutivo y corbata que estaba a punto de babear con ella. Y un par de jóvenes cuyos vestidos dejaban sus espaldas desnudas. Eran altas y el policía se preguntó por qué no estarían en un lugar de más categoría.

Lo averiguó en seguida. Una de ellas se fijo en él y las dos se sonrieron. Alberto tenía 34 años y parecía mucho más joven. Su perpetua sonrisa le hacía agradable de inmediato. Se acercó a él.

–¿Me invitas a un cubata, guapo? –preguntó. Estaba bastante colocada.

–Vale, pero que te lo ponga de ese chungo con manzanilla, porque si no te caerás –le soltó.

Ella abrió la boca, pero luego se rió. Sus pechos subieron y bajaron con su risa. Muy a su pesar, Alberto tuvo que reconocer que resultaba sexual incluso borracha.

–Eres un fresco.

–Totalmente. Me han pescado esta mañana.

Ella volvió a reír, y el subinspector pensó que si seguía haciéndolo la besaría y la magrearía allí mismo. El camarero ya estaba poniendo la bebida. Carlos le observaba de reojo.

–¿A qué te dedicas? –preguntó ella con voz melosa, imitando a una niña, lo cual estaba a tono con su madurez intelectual. Seguramente le habrían dicho alguna vez que todos los hombres esconden un pederasta.

–Depende de quién me lo pregunte –. Él sonrió poniendo en juego su

seducción. En ese momento ya estaba jugando con ella.

–¿Y a mí que me dirás?

La chica cruzó los brazos bajo los pechos, sobre la barra, con lo cual quedaron casi a la altura de su mentón. Alberto no pudo evitar excitarse. Sus piernas desnudas estaban cruzadas en el asiento, y eran largas como un tren de mercancías. Se sintió abrazado. Ella ocupaba todo su espacio visual. Pensó que, después de todo, no era un local tan cutre.

La chica estaba en una postura muy forzada y cuando supo que había conseguido su objetivo giró y se quedó de espaldas a la barra, con los codos apoyados en ella. Sus pechos regresaron a su lugar natural.

–Ahora mismo soy donante de esperma.

La ocurrencia la hizo reír de nuevo. Y en la postura en la que estaba aquello fue ya demasiado para Alberto. Desvió la mirada.

Había cinco mujeres más. Una de ellas era incluso mayor que la musa del ejecutivo. Estaba pintada con descaro y tenía un look un tanto vampírico. No enseñaba su carne, lo cual era de agradecer.

–Termino a las once.

–Vaya, horario de colegiala.

–Es que lo soy –. Volvió al tono meloso de niña.

–No me van las niñas –advirtió.

–Mírame. No soy una niña.

–Eso salta a la vista. ¿Otra manzanilla? –. Alberto pensó que lo cargaría en la partida de gastos.

–No. ¿Vas a venir a las once?

Valoró los riesgos.

–Sí, creo que sí.

–Entonces me reservaré. Quiero enterarme de lo que pase.

–Eso es inteligente. Un punto para ti.

Estuvieron tonteando una media hora. La dueña apareció. Se puso tras el mostrador y le preguntó un par de veces si quería tomar otra bebida. Miró enojada a la chica por no sacarle el dinero al cliente.

–Te estoy buscando problemas. Volveré a las once.

–Hasta luego, guapo.

Salió. Intentó convencerse de que volvería por la investigación. No podía abordar a Carlos por las buenas. Tenía que elaborar una conexión.

Tenía una hora por delante. Llamó a Dani.

–Hola, compinche.

–¿Dónde te has metido?

–Tenemos un desafío. Lo estoy llevando a cabo. Estoy cerca del bar de chicas de Carlos. Pronto podré sonsacarle algo.

–Se prudente. Puede que tenga un arma.

–Sí, una pistola del siglo XVIII. Vamos, ese tío es incapaz de asesinar.

–Olvidas que ha pasado casi toda su vida armado. Las apariencias engañan. No te confíes.

–De acuerdo, abuelito.

Colgó. Daría una vuelta. Rodeó el edificio y dobló la esquina. Entonces vio a Carlos. Aquella debía ser la puerta de carga. Era un local grande. Estaba fumando con otro hombre. Uno alto y atlético. A contraluz percibió su perfil machacado. Parecía tener la nariz torcida. Su pelo era casi negro, con algunas canas. Hablaban. Desde su posición tras la esquina no podía oír exactamente sus palabras.

Volvió por sus pasos y se sentó en su coche. Tenía una cámara en la guantera. Intentaría sacar una foto.

Cuando llegó a la esquina trasera del local, allí no había nadie. Seguramente Carlos estaría dentro. Volvió al coche, dejó la cámara y sacó

su libreta. Dibujó un retrato robot.

Llegaron las once, y la chica salió. Sonrió al verle.

–Hola, guapo. Me llamo Sheyla.

–Ya, y yo Orlando.

Rieron. Fuera de aquel antro parecía una muchacha sencilla. Sólo alguien que necesitaba compañía. Y sexo. Eso esperaba él.

–María José.

–Y yo Alberto. ¿Dónde vamos?

–Conozco un baile que no es ruidoso. No me gustan las discotecas.

–Vaya, otro punto para ti. A mí me enferman. Tengo coche, indícame.

La llevó a su vehículo y ella guió. Aparcó cerca de un baile retro. Esperó que no fuera muy retro, sólo un poco.

Pagó la entrada. Había luz tenue, una pista de baile, con pequeños reservados semicirculares. Tenía un aspecto acogedor. Se sentaron en uno, y ella se apretó contra él. Un camarero tomó su pedido y sonó la música. Cuando llegaron sus bebidas, las probaron y salieron a la pista.

La chica quizá no era un premio Nobel, pero se movía muy dulcemente.

Sonó un lento y Alberto la abrazó y se mecieron al ritmo de la balada de amor. Sus cuerpos estaban totalmente juntos, y él sintió el calor del cuerpo de la chica a través de su ropa. Sentía su suavidad, como si fuera algo que le hacía caer hacia un lugar de reposo, de placer.

Entonces ella, con los ojos cerrados le besó. Sus labios estaban totalmente relajados, y su lengua exploró su boca. Por un instante sus alientos se unieron, y él respiró el aire que ella exhaló.

Terminó el lento, y decidió volver a la mesa. Ella no quería. Se abrazó a él.

El Dj' alternaba los bailes lentos con ritmos new age y chill-out. También sonaron canciones de los 80 y 90. Un poco de todo.

Tras varios bailes, se sentaron y hablaron con la superficialidad de quien no está pensando en confesarse, sino en hacer el amor.

Por fin ella planteó el tema. Salieron y fueron a su domicilio.

Ella fue dulce y ardiente, y él fue cariñoso y experto. Ambos se fundieron uno en la otra y se hundieron en unos orgasmos que ya hacía tiempo que no recordaban.

Llegó a comisaría justo a tiempo para tomar su guardia. El comisario le llamó a su despacho.

–Subinspector, ¿dónde ha estado las últimas horas?

Alberto lució su sonrisa más seductora.

–He realizado pesquisas acerca del caso del tiroteo. Investigando unos sospechosos.

–Pesquisas... Ya. ¿Cuándo tendremos resultados en el dichoso caso?

–Oh, pronto. Prácticamente está resuelto. La semana que viene, todo lo más.

–Ah, ¿sí? –. El comisario estaba sorprendido–. Bien, le dejo a cargo del Inspector de Guardia.

Recogió su cartera y salió. Alberto fue a su mesa y dejó la cazadora en el respaldo de la silla.

"Cada día miento mejor", se dijo.

Entonces vio al cxomisario que volvía a su despacho. Al salir pasó cerca de su mesa y le miró:

–Lávese, huele a chocho.

Cogió el informe sobre las víctimas. Lázaro J., Eustaquio P.y Macario S-

Eran de Nou Barris. Capos de la droga. Quizá capos intermedios, no los jefes. Tal vez aquel era todo el asunto: los jefes habían hecho limpieza. El asunto de los mejicanos apuntaba ahí: sólo un gran capo utilizaría sicarios.

Entonces recordó el retrato robot del hombre que hablaba con Carlos en la puerta trasera del Club y se lo dejó a Dani en su mesa con un post-it pegado y volvió al asunto de los sicarios.

Estaban revisando sus cuentas, lo mismo que las de los otros. Pero era muy dudoso que les llevase a ningún pago. Nadie sería tan tonto. Lo mismo las llamadas telefónicas. Estaban buscando su alojamiento. Seguro que sería un hotel barato. No esperaba milagros de esa parte de la investigación.

Conocía a un confidente de Nou Barris. Alguien que pasaba desapercibido y conocía las redes del barrio, de los barrios, pues no era uno solo, sino trece. Buscó su teléfono. Ahora hasta los confidentes tenían móvil. Envió un SMS con su nombre clave: Olga., y un texto: "Cariño, te necesito. Olga". Si alguien interceptaba el mensaje creería que era una novia del Manguibar. Ese era su apodo en la calle: el Manguibar.

Estaba dándole vueltas al asunto de los capos cuando el Manguibar respondió a su SMS. Sonó el móvil. Era él.

–Soy el Manguibar. Cariño, ¿tanto me necesitas? –. Su voz tenía un tono burlón. Alberto estaba acostumbrado.

–Sí. ¿Puedo pasarme mañana cuando salga de la guardia? Necesito información.

–¡Ni hablar de eso! El barrio está lleno de ojos y oídos –exclamó con voz melodramática –. Si me pagas el taxi de vuelta, me da tiempo de coger el metro. Prefiero verte en tus dominios. Mi gente procura no estar cerca.

–Mejor para mí.

–¿Conoces la calle estrecha que hay detrás de la comisaría? Allí.

–Bien. Me echas una perdida cuando salgas del metro.

Estaría a veinte metros de la puerta de la comisaría. Si le necesitaban, era como estar dentro.

Media hora después, sonó la llamada perdida. Cogió su cazadora y salió.

–Estoy tomando el aire ahí detrás –le dijo al de puerta.

El Manguibar apareció caminando desde el otro extremo de la calle estrecha. Había tomado el camino largo para evitar cruzar por delante de la comisaría.

–Hey, tío. Hace frío, ¿eh? –dijo Alberto a modo de saludo.

–Vaya. Tú dirás.

–Mira, tengo los nombres de unos tipos que murieron el otro día en el tiroteo de la Meridiana. Eran capos narcos. Me gustaría saber un poco por dónde navego en eso, ¿entiendes?

–Sí, alguien se los cargó. Lo de la Meridiana, claro, toda la Trini habla de eso. Pues aquí has dado en hueso, chaval. Nadie sabe nada. No ha sido un ajuste de cuentas, eso seguro. Los jefazos andan preguntando a todos si saben quién lo ha hecho. Hay un ambiente de pre -guerra de clanes. Cada uno acusa al otro. No, no te puedo ayudar.

–Ya me ayudas si me dices que no han sido los suyos. Y me quitas un faenón de la leche. Imagina, tendría que vigilar, investigar, y todo eso.

–Una leche. ¿Por qué trabajas en esto, tío? Con tus talentos, podrías hacerte rico en poco tiempo. Vente al Barrio, tío.

–Te agradezco la proposición. Puede que pronto tenga que hacerte caso. El comisario es un capullo.

El Manguibar rió, enseñando sus dientes estropeados por la droga y la bebida.

–Sí, un capullo. ¿Me das para el taxi? –. Alargó la mano. Alberto sacó veinte euros. Lo cargaría a la partida de gastos.

–Si sé algo te mando un ‘mensa’, Olga –. Rió de nuevo, perdiéndose en dirección a otra bocacalle.

A la mañana siguiente Dani se encontró el retrato robot sobre su mesa. Alberto estaba cogiendo su cazadora para marcharse.

–¿Qué es esto?

–Un tío estaba hablando con Carlos en la puerta trasera del club de chicas. No me dio tiempo a sacarle una foto.

Daniel lo contempló unos instantes.

–Bien, gracias.

¿Eran imaginaciones suyas o aquel podía ser Juan?

Sonó el teléfono. Lo cogió.

–Subteniente Oristany.

–Soy Lola. Tengo los datos que me pediste. Y alguno más.

–Supongo que no me los mandarás por fax.

–De eso nada. Vienes aquí, los lees y te marchas.

–Llego en seguida.

Daniel informó a su Inspector y salió zumbando hacia su coche.

Cuando llegó al cuartel enseñó su placa con la identificación y esperó a recibir la autorización. Subió al despacho de Dolores.

Tras estrecharse la mano, ella le indicó una silla, y le pasó los papeles.

–Aquí está lo que me pediste. Los mandos, y algún antecedente.

Leyó. Sacó su libreta, pero ella puso la mano encima.

–Nada de notas. Si has de volver a mirarlos, vuelves, pero nada saldrá de aquí por escrito.

–Bien –. Se resignó. Sabía lo que se jugaban los dos.

"Capitán: E. García. Comandante del puesto: F. Hernando.

Juan A. número... : miembro de la Unidad Central Especial-2. Baja Psiquiátrica en fecha.... traslado a la Brigada.... Sección Estupefacientes.

Condenado a 18 meses de cárcel. Expulsado con deshonor.

Antonio F. Número... : condenado a seis años de cárcel. Expulsado con deshonor. Se suicidó antes de ser arrestado.

Carlos E. Número... : condenado a cinco años de cárcel, cumplió dos. Expulsado con deshonor.

Joaquín D. Cabo... : Muerto en accidente de coche antes del juicio.

Ernesto R. Cabo... : dos años de libertad condicional. Expulsado con deshonor.”

Eso era todo.

–¿En qué cárceles cumplieron condena? –preguntó.

Ella le miró severamente.

–Eso tendrás que averiguarlo tú solo.

–Bien, creo que volveré pronto.

–Aquí estaré –. Parecía un reto.

Daniel casi esperó que pusiera la mano sobre su arma, pero no lo hizo. En lugar de eso se levantó y le estrechó la mano.

–Pertenezco a la Unidad Central Especial-3. Estamos en el mismo barco. Espero que tengas suerte.

Unidad Central Especial Gracias.

El subinspector Daniel salió del edificio. La Unidad Central Especial-3 se ocupaba, entre otras cosas, de la seguridad interna del Cuerpo. Le había lanzado un cabo para que se sujetara. Lo haría.

Cumplimentó la petición para Instituciones Penitenciarias. Necesitaba los datos penales de los guardias.

También necesitaba saber las circunstancias de la muerte de Antonio. Llamó al Cuartel donde vivía. Preguntó por la viuda. Se llamaba Pepi.,

Josefa P. Centralita le puso con un mando.

–Unidad Central Especial. ¿Diga?

–Soy el subinspector Daniel Oristany, y estoy investigando un caso de asesinato. Está relacionado con la droga incautada a Antonio F., que vivía en este cuartel. Necesitaría hablar con sus familiares.

–Lo siento. No están aquí.

–Lo imagino. ¿Podría decirme dónde encontrar a su viuda?

–No, lo siento. Venga con una orden judicial.

–Perdone, adiós.

Vaya. Entró en el Registro Central de la Propiedad. El ordenador le aconsejó que se tomara un café. Es decir, apareció una taza humeante en lugar del reloj de arena. Odiaba la ironía de los programadores informáticos. Pero decidió hacerle caso y fue a la máquina de la comisaría. Sacó uno corto y volvió a su mesa. El programa de búsqueda seguía mostrando la taza humeante. Movió el ratón para asegurarse de que no se había colgado. El cursor se movió.

Terminó su café y tiró el vaso de plástico. Entonces la pantalla cambió y apareció el informe del programa: allí había un piso a nombre del guardia muerto, y de su viuda. Al parecer era de los que deseaban jubilarse en su tierra. Miró la dirección. Almería. Siguió buscando un teléfono a nombre de alguno de los dos, y lo encontró. Marcó el número.

Contestó una voz de mujer con claro acento andaluz. Era una voz sin calor, como congelada en algún momento del pasado.

–¿Diga?

–Perdone que la moleste, señora Josefa. Soy el subinspector Daniel Oristany y necesito hacerle unas preguntas sobre su marido.

Colgó. Sin más.

No había forma de suavizarlo, pero se sentía mal. Parte de un entramado que maltrataba a los que lo daban todo cada día por él.

Volvió a llamar. Tardó en contestar, pero lo hizo.

–¿Sí?

–Soy el subinspector.

–¿Nunca nos dejarán en paz? ¿Qué quieren ahora? –. La voz estaba sollozando. Daniel tragó saliva.

–Siento mucho tener que hacer esto. Quisiera no tener que hacerlo, de verdad. Quisiera hacer justicia.

Esa palabra pareció devolver la serenidad a la mujer.

–No hay justicia.

–Intentaremos que la haya. Necesito saber lo que pasó.

–Lo que pasó... –. Hubo un largo silencio, luego continuó–. Lo que pasó fue que acusaron a mi pobre Antonio de algo que nunca hizo. Él era un guardia ejemplar. Su máxima ilusión era reunir los méritos para entrar en la Unidad uno, la antiterrorista. Era un valiente. Él no se mató.

–¿Está usted segura?

–Del todo. Cuando salió lo de la droga a la luz, quiso denunciar a los mandos implicados durante la investigación, pero nadie le escuchó.

–¿Qué quiere decir con que no se suicidó?

–¿Es usted tonto? ¡Lo mataron, coño!

Colgó.

Naturalmente que sabía lo que quería decir, pero era importante que ella lo dijera. Se sentía como un canalla.

–Salgo a investigar –dijo a su Inspector.

–Vale. ¿Qué tal lo del tiroteo?

–Una absoluta mierda. Hasta luego.

Condujo hasta el local de Juan y dejó una nota en su buzón. Estaba

tentado de sentarse allí mismo a esperar.

En ese momento sonó el móvil.

–Hola, subinspector. Soy Juan. ¿Ha dejado una nota?

–¿Eres clarividente?

–¿Ya nos tuteamos? –dijo con ironía–. He puesto una alarma en el buzón, así sé cuándo tengo correo. Me manda un SMS al móvil. Supuse que serías tú, porque el cartero llegó hace horas. ¿Qué quieres?

–No me dijiste que Antonio quiso denunciar a sus mandos. Su viuda asegura que lo asesinaron.

–De eso nada. La condena le hundió. Todas sus ilusiones giraban en torno a entrar en la Unidad Central Especial-1, lucha antiterrorista. Yo le explicaba misiones en las que había intervenido, y él se convirtió en una especie de fan mío, y de los Especiales. Pero no estaba mentalmente preparado. Nunca quise decírselo. Oye, ¿hemos de hablar de esto por teléfono?

–¿Dónde estás?

–No te lo diré. Yo sé dónde estás tú, así que espera ahí, tardo minutos.

–Bien.

En cuanto colgó, Daniel avisó a Martínez y éste al equipo.

Poco después se encontraban sentados en un bar. Juan tenía ojeras y la luz ambiental destacaba el perfil roto de su nariz. Era muy parecido al dibujo de Alberto. Miraba su cerveza como recordando. Dani comprendió la razón por la que no quería hablar de su compañero por teléfono. Quería honrar su memoria. Levantó la copa y bebió.

–Antonio era un idealista, un ingenuo. Nunca se esperó lo que pasó. Pensaba que el estar limpio le protegía, pero no fue así. Fueron a por nosotros. Éramos la carnaza para tapar a los demás.

–Sólo cumpliste dieciocho meses. Todos los demás fueron de cinco a seis años.

–Soy precavido. Los demás eran descuidados. Me busqué coartadas, nunca firmé nada, no había pruebas. Sólo pudieron acusarme de encubrimiento. Los demás intervinieron en operaciones en las cuales otros escamotearon droga. Nadie podía demostrar que no habían recibido dinero.

–Estaban las cuentas, los gastos... –apuntó Daniel.

–¿Cómo demostrar que el piso lo pagó ahorrando? Cada mes ingresaba la hipoteca. Mira, a nadie le importaba si éramos inocentes. Sabíamos lo que pasaba, y no lo denunciamos. No podíamos. Quizá no lo sepas, pero hubiéramos debido denunciarlo a los mismos mandos que estaban pringados.

–Es absurdo.

–Sí, es absurdo, pero es así.

–Perdona la pregunta, ¿dónde cumpliste la condena?

Juan le miró con una expresión indefinible, pero Daniel tomó nota de su intensidad.

–Alcalá Meco –. Apuró su vaso y se levantó. Quizá demasiado rápido. Como si se sintiera repentinamente incómodo.

–Supongo que nos veremos de nuevo. Hasta pronto.

Salió con paso rápido y desapareció de su vista. Dani pagó y volvió a su puesto con un mar de dudas. Si todo era tan fácil, ¿qué fue a hacer al Club de Carlos? ¿A avisarle?

Juan había salido de su entrevista con Daniel. Apenas habían tenido tiempo de preparar el operativo. Un motorista salió tras su vehículo, tratando de pasar desapercibido. Radió su posición, y se relevó con un turismo camuflado. El motorista permanecía a la carrera por una calle paralela por si el coche perdía al de Juan. Los agentes del turismo le mantenían informado de su trayectoria.

Daniel les había pedido la máxima destreza. Seguían a un experto en misiones de alto riesgo, y eso significaba que sabría si le seguían. El detector electrónico no había llegado a tiempo y, de todas formas, Dani estaba seguro de que Juan revisaría su vehículo.

El seguimiento les condujo hasta la calle Josep Tarradellas, en la cuál Juan se introdujo en un aparcamiento vecinal, y supusieron que se trataba de

su domicilio.

Inmediatamente dieron parte de la dirección y se organizó el operativo de vigilancia rutinario. El Agente al mando informó a Daniel de todo ello.

Se había hecho tarde para volver a casa. Llamó a Laura.

–Mira, no podré ir a comer.

–Ya.

–Lo siento, ha sido algo imprevisto –se disculpó.

–Como siempre. Cuídate, león. Vuelve entero.

–Te lo prometo.

Se quedó unos instante mirando el salvapantallas de su ordenador, mientras reunía fuerzas para continuar.

Luego cogió el abrigo y salió a comer.

Entró en un bar de comidas a 9,50 euros el menú y estaba leyendo la lista de platos cuando Lucía se sentó enfrente de él.

–¿Te importa?

La observó unos minutos por encima de las gafas.

–Es un placer. ¿Vienes mucho por aquí? –preguntó con una suave ironía.

–Es la primera vez que entro. Te esperaba.

–Se supone que la vigilancia la hacemos los polis, ¿no?

–Uh, las periodistas también vigilamos la tira. Tenemos un artículo a medias. Espero que no lo olvides.

Sonrió.

–La exclusiva es tuya. Pero no hay nada todavía.

Pidieron. Ella se decidió por los pulpitos, y él por el entrecot. Ensaladas de primero.

–¿Seguro que no hay nada?

–Hipótesis. Nada que llevarse a la rotativa.

–¿Tres jefes de la droga del Barrio de la Trinidad cosidos a balazos en plena Meridiana y quieres que me trague que no hay artículo?

–El asunto es turbio. No es un ajuste de cuentas. O eso me han asegurado. Hay varios cabos sueltos, y no me gustan los cabos sueltos.

–No quisiera meterme en tu trabajo, pero dos sicarios matan a tres capos del narcotráfico. Busca a quien les contrató y tendrás el caso resuelto –. Ella sonrió con suficiencia y se metió un pulpito en la boca con un mohín.

Daniel sopesó la posibilidad de explicarle lo de la coca intervenida. Pero decidió que no. Todavía no. Pero podía darle algo menos peligroso.

–Uno de los mejicanos escapó.

–Lo sé.

–Lo encontraron muerto de un disparo en la cabeza dentro del vehículo.

Ella se sorprendió. Dani sonrió satisfecho: los Mossos no se lo habían dicho.

–El que les contrató lo mató –aventuró ella.

–Es posible. Este caso no está nada claro.

Sonó su móvil. Era Alberto.

–Perdona. –. Atendió la llamada– ¿Sí?

–Me han informado del operativo. Pensé que te gustaría saber que el tal Juan está en el club de nenas.

–Es el hombre de tu dibujo.

–¿El guardia civil es el del dibujo? Interesante. ¿Estás en casa?

–No, estoy aquí al lado. Se me hizo tarde. Voy en un cuarto de hora.

–Yo voy al club. Tengo una amiga.

–Ah, vaya.

Colgó.

–¿Un retrato robot? –. Ella sacó los dientes como una hiena hambrienta.

–No te puedo decir más, lo siento.

Lucía le miró con enfado, pero no dijo nada. Sabía que Daniel no se dejaría convencer. Puso diez euros sobre la mesa.

–Hasta la próxima.

Se levantó y salió del bar, no sin atraer las miradas de los hombres que estaban allí. Daniel también la siguió con los ojos. Su falda era corta. Sus nalgas estaban muy bien hechas y se marcaban al caminar y sus piernas enfundadas en medias color carne seguían siendo de las mejores. Llevaba una chaquetilla a juego con la falda. Era una mujer con mucho estilo. Cuando desapareció de su vista pidió un café, lo apuró rápidamente, pagó y salió a su vez.

Alberto aparcó cerca del local. Era temprano para un sitio así. Estaba cerrado. Rodeó el lugar hasta situarse en la esquina desde la que podía ver la puerta trasera. Con cuidado asomó la cabeza. La retiró de inmediato. El ex-guardia estaba fumando. Parecía esperar.

Poco después oyó abrirse una puerta, y la voz del tal Carlos, el otro ex-guardia.

–Hola, Juan.

–Buenas tardes. ¿Todo bien?

Oyó una especie de murmullo. Quizá era la respuesta.

–Me han preguntado por Antonio. Llamaron a su mujer.

–Esos cabrones...

–No saben nada. Tranquilo.

–¿Quieres tomar algo?

Entraron y el policía ya no pudo escuchar más. ¿Qué era lo que no sabían? ¿Qué se les había escapado?

Cuando volvió, Daniel estaba trabajando en su ordenador. Le pasó un mensaje impreso.

–El listado de armas antiguas registradas. Me lo ha enviado la Intervención de Armas de la Guardia Civil.

–¿Alguna coincidencia?

–Nada. La mayor parte está en museos.

–¿Y el resto? –preguntó ojeando la lista. No era extensa.

–Nada de la época que buscamos. Museos. Eso es todo.

–Creo que voy a tantear a la chica del bar. ¿Te parece?

–A ver si sacas algo. Me quedo.

El club de alterne abría sobre las siete de la tarde. Habitualmente no había muchos clientes a esa hora, pero las chicas llegaban y charlaban. Había un par de habituales que hacían tiempo antes de trabajar en el turno nocturno. Se tomaban un par de bebidas y hacían caja. Las chicas les camelaban y así ellos reunían fuerzas para seguir aguantando. Eran hombres casados, que no deseaban engañar a sus mujeres, pero que necesitaban la suavidad artificial de las chicas del bar. Era como un ritual: los olores, las bebidas, alguna caricia sin mayores consecuencias. A las chicas les gustaba contentar a esos honrados trabajadores, antes de tener que vérselas con los babosos de verdad, personas viciosas a las que tenían que parar los pies cada noche.

Alberto quería ser clasificado como uno de esos. Le daría acceso a un

contacto más sincero con los del local. Quizá con Carlos.

Sheyla, es decir, María José, estaba sentada en uno de los extremos de la barra. Le sonrió y las demás le dejaron tranquilo. Fue hasta ella.

–Hola, Sheyla.

–Hola, Orlando –. Rió.

–Te acuerdas.

–Me hizo gracia. Por lo del tomate.

–Claro –. Él también sonrió. Hizo una seña a la dueña, que estaba tras la barra–. Un cubata de ron. Y lo que ella quiera.

–Es pronto –comentó ella. La dueña le sirvió algo de color amarillo. Seguramente era manzanilla a precio de whisky.

–Hoy tengo turno de noche. Soy bombero.

Ella abrió los ojos con admiración. Objetivo conseguido. Ahora era un héroe.

–Es... estupendo. Quiero decir, hacéis una labor maravillosa.

–Bueno, no es para tanto. Casi siempre se trata de apagar conatos de incendio causados por algún idiota –. "La humildad es una virtud", pensó él.

Ella le cogió la mano, pero la retiró cuando vio la expresión de su jefa.

–Salváis a personas –. Sus labios formaron una promesa de beso al decirlo.

–A veces –. Tendría que ir con cuidado de no enamorarse, diablos. Aunque eso no era amor, sino deseo–. ¿Puedo preguntarte algo?

–Claro.

–¿No es peligroso tu trabajo?

Ella rió, y de nuevo sus pechos se mecieron. Alberto desvió la vista.

–No como el tuyo. Tengo que estar quitándome tíos de encima toda la noche, rutina.

–Quiero decir que algunos de esos tíos serán drogatas. Quizá no se conformen con unas palabras y una sonrisa. Me preocupas.

Ella le miró como si estuviera sorprendida, y sus ojos se humedecieron.

–¿De verdad?

–Sí –. “Soy un cerdo”, pensó él.

–Bueno, está Carlos. Él se ocupa de eso.

Alberto miró hacia un rincón al fondo, donde estaba el aludido, frente a un vaso largo.

–No parece muy capaz de ocuparse de tíos así.

–Las apariencias engañan. Tiene mal genio. El otro día le abrió el labio a un fulano que insultó a una de las chicas. Lo sacó a patadas.

–Vaya con Carlos. Pero esos tíos pueden llevar una navaja.

–Pues que no se les ocurra sacarla. O verán lo que guarda bajo el jersey.

Claro. Un jersey amplio para ocultar un arma.

–¿Tú la has visto?

–¿La pistola? Sí. Una vez estuvo fardando con ella. Había bebido demasiado.

–¿Es rara? –preguntó sin mostrar interés.

–Bueno, como las de las películas. No es demasiado grande.

–Quiero decir si es antigua. Me interesan las armas antiguas. Desde que vi Curro Giménez –. “Menuda trola le he soltado”, pensó.

–No, no es de esas. Creo que la trajo de la mili.

La mili. Ya. Una excusa como otra cualquiera para justificar la posesión de una pistola ilegal. Las automáticas del ejército son armatostes enormes, grandes calibres. Si decomisaban droga, por supuesto que se quedaban con las armas.

Vio que la dueña estaba ocupada en algo y aprovechó para acariciarle la cintura. Ella sonrió, y sus ojos brillaron. Su mano se entretuvo sobre un

muslo. Ella se levantó y se rozó con él.

–¡Salgo a fumar! –avisó. Luego se dirigió a él–: ¿Me acompañas?

–Sí claro. Luego me voy, ¡cóbrese!

La dueña cogió su dinero, y ambos salieron fuera. Lo que hicieran en la calle no era asunto del local.

Cuando cerraron la puerta, ella se cogió a él y le besó. Él recordó la vez anterior, y no pudo evitar enternecerse. Luego le miró con seriedad.

–Nosotras no somos putas.

–Ya lo sé. ¿A qué viene eso?

–Nunca me había acostado con un cliente. No quiero que pienses que yo...

–Lo entiendo. Tranquila. Eres una buena chica. Das conversación.

Ahora la besó él. Cuando se dio cuenta, estaban abrazados y el calor de sus cuerpos se fundía.

Se separó sin brusquedad.

–Tengo que irme.

–Claro, bombero.

Él sintió una punzada de remordimiento. Sabía que llegaría el momento de las explicaciones en comisaría.

Daniel estaba sentado sin hacer nada, con los pies cruzados y las piernas estiradas, mascando un chicle. Le miró por encima de las gafas.

–Carlos tiene una pistola pequeña.

–¿Un 22?

–Quizá. Pero no es del siglo XVIII seguro.

–Hubiera sido demasiado fácil –dijo Dani.

–He pensado sobre eso. ¿Quién puede tener un arma así?

–Buena pregunta. Quizá alguien que puede conseguir armas de la guerra de los Balcanes.

–Seguramente.

Daniel cogió el informe de Intervención de Armas y Explosivos. Estaba dentro del sobre amarillo en el que había llegado. Tenía impreso en la esquina superior izquierda el logotipo de los Ministerios. Sobre él estaba el de la Guardia Civil. El subinspector lo miró detenidamente.

–Un Guardia Civil debe tener acceso a todo tipo de armas, supongo –dijo como pensando en voz alta.

–Puede. Al menos algunos.

–Necesito tener acceso al ordenador de la Guardia Civil –decidió.

–Eso no va a ser fácil.

–Tengo que salir –dijo, cogiendo su abrigo.

–Adiós, hombre. No te preocupes, yo me quedo a bordo. De nada, no hace falta que me lo agradezcas –exclamó Alberto cuando Daniel ya estaba fuera de la oficina.

Por el camino llamó a Lola. Era la única que podía darle el acceso que necesitaba.

Se presentó en su despacho. Ella le estaba esperando.

–Es imposible –dijo en cuanto se lo contó.

–Necesito ver esos archivos. Tengo que saber si alguno de los cinco pudo tener acceso a un arma histórica.

–No falta ningún arma. Lo he comprobado. Ni en los Museos ni en el depósito de Balística. No existe ningún arma de esas características fuera de control.

–Pues alguien tiene una, y mató al mejicano con ella.

Dolores se quedó pensativa. Realmente tenía que ser así. Daniel insistió:

–¿Existe algún registro de coleccionistas privados?

–Claro. Todo está en los archivos. Los he revisado. Nada. Ninguna denuncia de un arma robada. Ninguna relación con el caso.

–¿Los que tienen acceso a las armas? Podrían haberla usado y haberla devuelto.

–Tendrás que encontrar un nexo que una al celador de un Museo con narcotraficantes. Es difícil, ¿verdad?

–Hay algo que no sabemos. Existe el nexo de unión.

–Está bien, tú lo has querido –. Sacó de debajo de unos informes un listado de varias páginas–. Toma. Investiga a cada uno de estos doscientos treinta y siete poseedores de un arma del siglo XVIII. Hay diez guardias civiles de alta graduación, ninguno vecino de Barcelona. Ala, a trabajar. Yo ya he hecho mis deberes –. Le alargó el listado–. No encontrarás nada.

Daniel estaba seguro de que Lola había hecho bien su trabajo. No había ningún rastro en esa lista. Sin embargo la cogió.

–Ya estabas investigando este caso –. No era una pregunta. Ella cruzó los dedos sobre su regazo e hizo girar la silla.

–Claro. Te dije que estaba en la UCE-3.

–¿Lo estabas investigando antes del tiroteo en la Meridiana? –. Dani la miró fijamente por encima de sus gafas. Su bigote y barbita le daban un aspecto bastante guerrero.

–Eso es confidencial –. Ella sonrió. Dani supo que la respuesta era afirmativa.

–Bien, volveremos a vernos –dijo él a modo de despedida.

–Lo estoy deseando –. ella seguía sonriendo. Aquel policía tenía fibra.

Regresó a comisaría y llamó al Oficial Martínez.

–Llama a Peña.

El Agente Peña se presentó. Era delgado y enjuto.

–Peña, necesito que te dediques a algo en exclusiva. ¿Estás haciendo algo?

–Sí, subinspector. Estoy con los papeleos de los últimos casos.

–Déjalo. Te necesito con esto. Averigua si alguno de éstos ha comprado pólvora negra en el último año. Y de éstos –añadió los nombres de los guardias civiles investigados al listado que le había dado Lola.

Alberto llegó con un té humeante en un vasito de plástico. Lo volcó en su taza. Tenía un dibujo de una chica en bikini en alegres colores. Tiró el vasito a la papelera.

–Ahora que has vuelto, ¿qué te parece que salga yo? –le dijo a Daniel.

–¿Al club? –preguntó éste con ironía.

–Allí está uno de los sospechosos.

–Ya, entre otras personas.

Alberto rió y terminó de imprimir una serie de páginas rutinarias. Bebió un poco de su té.

–Los de seguimiento dicen que Juan va para allá. Me lo acaba de decir Martínez.

Daniel miró la taza humeante de su compañero y se puso nervioso. Podía tener una calma que sacaba de quicio a cualquiera. Por fin la apuró y cogió su cazadora negra. Dani suspiró.

–Hasta la noche –exclamó desde la puerta.

En realidad tenía el trayecto cronometrado. Aparcó en una esquina próxima, y entró.

María José se sorprendió al verle de nuevo. Sonrió a un cliente que estaba con ella y llamó por gestos a una compañera que estaba de muy buen ver.

–Te dejo con Mireia, guapo. Tengo que hablar con un amigo.

El cliente pareció sentirse menospreciado, pero Mireia llegó al rescate. Se sentó ofreciéndole la espléndida visión de su escote casi desnudo, que paseó por su rostro al inclinarse exageradamente para acomodarse, mientras le sonreía con los labios carnosos en un beso virtual. Inmediatamente olvidó a Sheyla y recibió a su compañera como un regalo.

Ella saludó a Alberto. Se sentaron en una de las escasas mesas que había allí, y él pidió whisky para los dos.

Alberto controló a Carlos. Estaba tras el mostrador. Parecía nervioso.

Se habían intercambiado unas breves palabras cuando entró Juan. Carlos y él se encontraron en la trastienda, a la que daba la puerta trasera. Debía tratarse de una especie de almacén de bebidas.

María José hablaba, mientras él asentía sin oír en realidad nada de la conversación, porque estaba concentrado en los otros dos. Estuvieron juntos un cuarto de hora. Alberto temía que salieran por detrás y no les viera. Pero Carlos entró para decir a las chicas que tenía que irse. Inmediatamente el subinspector dejó dinero de sobra sobre la mesa y se despidió.

–Lo siento, he recordado algo urgente. Volveré. Ciao.

Entró en su coche. Juan habría dejado el suyo detrás. Rodeó el edificio y vio al otro vehículo. Los de seguimiento (los ‘básicos’, según su argot) le habían descrito el modelo y el color, y tenía la matrícula, aunque no la podía ver desde esa distancia. Pero reconoció a los ocupantes.

Les siguió a distancia. No había exceso de tráfico, así que no tuvo problemas. Llegaron en unos minutos a la Gran Vía, y la siguieron hasta que enlaza con la Avinguda Meridiana. Allí la circulación era menos fluida, y se concentró en no perderlos. Recorrieron un buen tramo de la Avenida, hasta pasar la Vía Favencia y se desviaron por un lateral. Luego tomaron varias otras calles, hasta detenerse junto a unos bloques relativamente nuevos.

Aquel era el Barri de la Trinitat.

Había grandes espacios abiertos bajo la autovía, donde los parques vecinales convivían con rincones de pura montaña, y los edificios altos con las casitas fabricadas por los antiguos propietarios. Allí la ciudad estaba todavía en plena construcción, robando su espacio a las laderas de los turós. Se veía cercana la montaña, plagada de bloques de pisos.

Alberto se detuvo tras girar una esquina y aparcó apresuradamente en doble fila. No tenía tiempo de buscar algo mejor. Bajó corriendo y buscó a los otros dos. Habían cruzado la calle y entrado en un bar en un bloque de pisos tipo colmena. Dos clientes salieron. El dueño bajó la persiana.

Llamó a Daniel y le dio las señas del bar.

–Lo busco y te mando un SMS.

Se situó de forma que pudiera vigilar la entrada. Se sentó en un portal y simuló tener el mono. Era la única forma de no parecer un policía. Se desabrochó los puños de la camisa y se descolocó la cazadora. Se alborotó el pelo y se ensució con tierra.

Estuvieron un buen rato allí dentro. Pero al fin escuchó subir la persiana y vio salir a los tres. Les dejó ventaja y les siguió lo mejor que supo. Cojeando y haciendo aspavientos como un drogadicto. Lo había visto muchas veces.

Cerca de allí había una casa baja, el tipo de construcción humilde y simple: cuatro paredes de ladrillo encalado, ventanas rectangulares, un pequeño espacio en la entrada para unos escalones, y poco más. Una de sus fachadas estaba en ladrillo vivo al haber sido derruida la vivienda colindante, y las matas crecían en la pura tierra en aquel rincón.

Llamaron y les abrió un hombre robusto con bigote. Entraron. Envió un mensaje desde su móvil con la dirección.

Al cabo de una hora, Juan salió primero, y luego los otros dos. Cada uno llevaba una bolsa de mano. Fueron hasta el bar. Carlos y Juan salieron con una bolsa y se metieron en el coche del segundo.

Alberto corrió al suyo. Llegó al lugar donde había dejado el coche, pero no estaba. Ni había pegatina de la grúa. Miró a su alrededor. No, no se había

equivocado.

–¡Me han robado el coche! –exclamó en voz baja.

Los otros se alejaron, mientras él se quedaba allí como un tonto, con las manos en jarras.

Llamó a comisaría y dio parte del robo. Menos mal que no había dejado el arma en la guantera.

Tomó el metro. Estaba sucio y despeinado, además de enfadado. Los usuarios le evitaban y le miraban de reojo mientras bajaba unas largas escaleras que comenzaban en un gran parque y bajaban hasta el andén.

Tardó tres cuartos de hora en llegar hasta la comisaría. Daniel aplaudió cuando le vio.

–Genial. Estás hecho un guano. ¿No tenías alarma en el coche?

–Salí corriendo. No tenía tiempo de poner la barra antirrobo.

–Bueno, he hecho los deberes –dijo pasándole una hoja de papel–. Verás, la primera dirección es de Lázaro J., una de las víctimas del tiroteo. La segunda está a nombre de Pedro A., que tiene antecedentes en droga como para empapelar un piso.

–Sacaron tres bolsas de mano. Llevaron dos al bar.

–Podríamos pedir una orden, pero nos quedaríamos sin saber de qué va este lío. Mejor esperamos.

Alberto asintió.

–Creo que la droga o lo que sea está en el club. ¿Para qué iba a ir Carlos si no?

–Si es dinero, se lo habrán repartido –sugirió Daniel.

–Es fácil averiguarlo. ¿Me dejas tu coche?

–Lo necesito. Pide uno.

–Creo que iré en metro.

Estaba bromeando. Pidió las llaves de un coche camuflado al agente

encargado y firmó el recibí.

Esta vez aparcó en un lugar un poco más céntrico y puso la alarma. Luego caminó hasta el bar.

Estaba abierto. Eran casi las diez de la noche. Palpó su arma y entró.

Había tres clientes con muy mal aspecto, y el dueño estaba tras la barra. De cerca tenía un aspecto todavía más patibulario. Comenzó con el baile del mono. Lo hacía a la perfección.

–Dame cerveza, tío. Cerveza –pidió con voz gangosa.

El dueño rió, lo mismo que los otros.

–Eso no se va con cerveza.

–No he pillado, he de tomar algo, algo –prosiguió su actuación.

–¿Llevas pasta? –. Los ojos del dueño brillaban de codicia.

–Para un poco. ¡Dame cerveza, tío!

–Podría darte algo mejor. Entra detrás. Tú, mira a ver.

Uno de los clientes sacó la cabeza y miró a todas partes.

–No hay nadie.

–Bueno, entra de una vez.

El falso drogadicto entró en la parte de atrás del bar, con precaución. Quizá sólo le querían robar.

Pero el dueño sacó una bolsa de mano y de allí extrajo una bolsita de heroína.

–Cien euros. Es barata. Y de calidad. Recién llegada.

–Ochenta –regateó con su voz de drogado.

–Noventa para ti.

Alberto sacó el dinero y se lo dio. Agarró luego la bolsita y salió de allí rápidamente.

Cuando estuvo en el coche examinó la mercancía. Parecía buena.

Una vez de vuelta en comisaría, entregó la bolsa con la droga para que la analizasen.

Estaba claro que Carlos y Juan traficaban. Estaban hasta las cejas.

Le llamó Daniel. Quería saber si estaba bien. Acordaron pedir vigilancia para la casa de Pedro A., la casita de dónde habían salido las bolsas de mano. Tenían que llegar hasta el laboratorio o el proveedor que la suministraba.

A la mañana siguiente llegó el aviso de que el coche de Alberto estaba en el depósito de los Mossos. Habían intentado robar una farmacia con él. Tenía el cristal roto y el motor de encendido destrozado. Los manguis tenían la mala costumbre de producir el chispazo para el arranque y luego no separar los cables, con lo que el motor de arranque se quemaba. Se lo entregarían en cuanto la Científica tomara las huellas y otros restos. Un par de días. Llamó a su seguro y dio parte del siniestro. Tendrían que peritarlo.

El equipo de vigilancia realizó unas cien fotografías de personas que visitaban la casa de Pedro a todas las horas del día y la noche. Alguno salían con bolsos de mano o macutos, llevándolos a otros lugares de Nou Barris y al resto de Barcelona. Otros sólo eran clientes.

–¿De dónde salen las bolsas? –preguntó Daniel al oficial de vigilancia.

–Las sacan de un coche.

Dani y Alberto vieron las filmaciones. En la primera se veía un turismo aparcar en la esquina de la casa. De él salía un joven con mal aspecto. Cerraba y desaparecía. Hora: las 15, 40. La siguiente estaba tomada con cámara infrarroja. De la casa salían dos hombres, miraban a todas partes y sacaban varias bolsas de mano del maletero. Hora: 04, 05 de la madrugada. La siguiente mostraba a un joven diferente llevándose el coche. Hora: 14, 50. En la siguiente se veía al mismo coche aparcando cerca de la casa. Movían un vehículo justo antes de traer el otro. Así se

reservaban el lugar. De nuevo lo descargaban de madrugada. También había filmaciones de los clientes que visitaban la casa de día y de noche. En varias de ellas aparecían Juan y Carlos.

–Buen trabajo, oficial –reconoció Alberto.

–Gracias, subinspector. Estamos con las identificaciones de los clientes.

–Muy bien. Sigan con la vigilancia –concluyó Daniel–. Y ponga a un equipo que siga al coche proveedor. Queremos saber de dónde sale la droga.

–No nos quedan hombres –respondió el oficial.

Dani miró a Alberto.

–¿Te apetece volver a los viejos tiempos?

–Oh, no. No, no y no.

En las filmaciones el cambio del vehículo sucedía al mediodía, o primeras horas de la tarde. Los dos subinspectores aparcaron cerca del mismo, pero no demasiado. Pidieron un motorista de apoyo, por si se les escapaba. Y esperaron.

Pasó la hora de la comida sin que lo hubieran movido. Entraron y salieron clientes, compradores de droga más o menos machacados en sus cuerpos y en sus mentes por la misma. Algunos aún podrían rehabilitarse. Para otros estaba claro que era demasiado tarde.

Decidieron hacer ver que arreglaban el coche, y se dedicaron luego a limpiarlo. No querían que circulara por el barrio el rumor de que había dos 'pasmas' metidos en un coche todo el día esperando algo, así que pusieron todo su empeño en parecer paisanos. Se habían alejado una cierta distancia de la casa y estaban limpiándose las manos y arremangados cuando un joven delgado, tirando a raquítico, entró en el vehículo sometido a vigilancia y lo encendió. Ellos, sin apresurarse, entraron en el suyo y se dispusieron a seguirlo.

Le dejaron margen y llamaron al motorista. Deberían hacer un par de relevos para que no se diera cuenta de que le seguían. Su coche era un modelo común y discreto, y en todo momento había dos o tres iguales circulando en una calle medianamente densa. Pero no podían estar pegados a él todo el tiempo. Cuando arrancaron, casi se había perdido de vista. Pero la moto les cubría. Les indicó en qué esquina había girado, y le

dieron alcance.

En el entramado de parques y espacios abiertos de la Trinidad Vieja no podían jugar mucho con las calles, porque se desviaban rápidamente.

El coche salió de la ciudad por la Autopista A-17 y llegó al peaje de pago. Estaba ocupado con la tarjeta y no vio que se le ponían detrás. Luego le dejaron margen.

–Relévanos –indicó al motorista, y ellos se retrasaron hasta casi perderle.

Indicaron la cabina y la hora por el móvil y pidieron que se controlara aquel pago con tarjeta.

El coche siguió hasta la zona de Montcada-Bifurcació y se detuvo junto a unas casas. El chico salió y se dirigió hacia la Estación del Ferrocarril de Cercanías.

–¿Y si cargan el coche de madrugada? –preguntó Alberto.

Miraron a su alrededor. Estaban casi en el monte. No sería prudente esperar allí. En aquel lugar seguro que les verían. Y allí se debían conocer todos.

Daniel bajó del vehículo y trató de encontrar un letrero con el nombre de la calle. Pidió la identificación de la vivienda y subió de nuevo. Arrancó con un gesto contrariado.

–Si nos quedamos aquí nos pelan. Hemos de organizar la cosa mejor.

–Siempre de acuerdo contigo, ‘abuelito’.

–Recuérdame que te mande al carajo, Álber.

Dejaron el coche en el aparcamiento de la comisaría.

El oficial Martínez les indicó la puerta del jefe.

–El Comisario les llama –. Sonrió con complicidad.

Se asomaron a la puerta.

–¿Da usted su permiso? –. Alberto lucía una de sus mejores sonrisas.

–Entren –. El rostro del comisario era una máscara–. ¿Tenemos algo en el asunto del tiroteo de la Meridiana? Supongo, porque se ausentan ustedes casi todo el tiempo de su puesto, y han rellenado una cantidad de peticiones fuera de lo común. Tenemos tantos agentes trabajando en esto que vamos a tener que cerrar por falta de personal –. Soltó un bufido que debería haber sido una carcajada. Alberto sonrió.

–En realidad, sí. Tenemos bastante. Si ha leído la lista de peticiones, sabrá que estamos vigilando varios objetivos –le contestó Daniel.

–Sí.

–Parece que se trata de tráfico de droga al por mayor. La casa sometida a vigilancia, lo mismo que el bar de la Trinidad, parecen surtir a toda Barcelona de heroína y, seguramente, de cocaína, que es lo que había en el lugar del tiroteo.

–¿Y qué pinta en esto la Guardia Civil? Un Capitán se me ha quejado. ¿Qué hacen investigando a guardias civiles?

–Son sospechosos. Están implicados en el tráfico de drogas, como ya lo estuvieron cuando fueron expulsados y juzgados. Sólo que ahora tenemos varios homicidios. Y ya no son guardias. Fueron separados del Cuerpo.

–Vuelvan al trabajo. Terminen con eso y no me busquen conflictos con otros Cuerpos Armados. ¿Está claro?

–Meridianamente claro, diría yo –respondió Alberto, sonriéndose.

–Tenemos que vigilar otra casa, en Montcada-Bifurcación –añadió Dani.

–No tenemos efectivos. Apáñense. Adiós.

El comisario se concentró en sus papeles como si ellos no existieran. Salieron del despacho.

Cuando volvieron a sus mesas, Daniel encontró un sobre con remite de Instituciones Penitenciarias. Lo abrió:

"Los datos penales de los abajo citados son confidenciales y sólo podrán ser compartidos con otros cuerpos del Ministerio del Interior con consentimiento expreso del Teniente Coronel de la UCE de la Guardia Civil

que corresponda. Firmado....” Bajo el texto aparecían los nombres de los guardias investigados.

–¡Mierda! –exclamó Dani.

Alberto se acercó. Leyó por encima del hombro de su compañero.

–Pero eso significa...

–Parece. Eso parece. Los guardias están bajo la jurisdicción de las Unidades Centrales Especiales.

–Pero sólo Juan era de una UCE, creo.

–Eso creía yo también. Y ya no lo es. O eso nos dijeron.

–Creo que nos están toreando –comentó Alberto.

Estuvieron silenciosos el resto de la jornada. Cerca de la hora de irse, Alberto cogió su cazadora y se despidió.

–¡Hasta mañana, abuelito!

Daniel sonrió.

Cogió el metro hasta una parada que le dejaba cerca del club de Carlos.

Entró. Sheyla, es decir, María José, estaba sentada a la barra. No estaba con nadie. Sonrió al verle.

–El otro día fui bastante grosero. Recordé una urgencia. Lo siento.

–No importa –. Ella hizo un gesto con los hombros como si se arrullara. Aquello ya no formaba parte de su trabajo.

Pidieron unos vasos. Entonces entró Carlos. Le miró. Estaba muy serio.

–¿Le conoces bien? –le preguntó Alberto a la chica.

–Un poco. Es una persona reservada.

–¿Trae género al club? –soltó.

–No entiendo. ¿Qué género?

–Algo para los clientes. ¿Entran clientes a la trastienda?

–No, nunca. Sólo uno alto y moreno, con la nariz torcida.

–Ya. Pura curiosidad. Estás muy guapa.

Ella sonrió.

Mientras tanto, en su domicilio, Dani buscó el teléfono de un funcionario de prisiones que pidió el traslado a Alcalá-Meco años atrás. Habían salido de copas un par de veces, o quizá fueron varias. Pero eso fue antes de su depresión.

–Cariño, la cena está puesta, y Arturo tiene que cenar y acostarse Laura se asomó a su pequeño despacho, donde tenía su portátil y unos cuantos informes.

–Voy. Tengo que hacer una llamada.

Escuchó la señal de llamada varias veces. Finalmente, alguien descolgó el auricular.

–¿Diga? –. Era una voz de hombre, pero le costó reconocerla.

–¿Bernardo? Soy Daniel Oristany.

–¡Hola!, vaya, cuánto tiempo...

–Sí, verás, necesito un favor.

–A ver.

–He solicitado informes de un ex-convicto de Alcalá-Meco, pero dicen que es confidencial. ¿Podrías averiguar si cumplió condena hace unos tres años..? –. Le dio la fecha exacta tras consultar sus notas–. Sólo si estuvo allí o no.

–Pues no sé. Quizá. Veré qué puedo hacer. Te llamo cuando sepa algo.

–Bien, gracias. Oye, ¿qué tal la familia?

–Vamos tirando. Tuve una hija. Está muy crecida.

–Me alegro mucho. Yo tengo un niño, Arturo. Tenemos que vernos algún día.

–Sería estupendo.

–Bueno, tengo que cenar, un abrazo, y gracias.

–Nada, haré lo que pueda.

Se sentó a la mesa y mesó los cabellos de Arturo.

–Ahora vamos a comerlo todo para ser fuertes y coger a los malos.

–Dani, no manipules a tu hijo –protestó Laura, riendo.

–Vale, vale. Esa tele está muy alta, o son manías mías...

A la mañana siguiente Alberto llamó para comunicar a su compañero que estaba en el depósito de los Mossos con el perito de la compañía de seguros. Llegaría en cuanto pudiera.

–Me marcho a investigar –dijo al oficial Martínez–. Si surge cualquier cosa me llamas al móvil.

Sacó el coche del aparcamiento y rehizo la ruta que habían seguido la tarde anterior. Quería ver si el vehículo, la mula, estaba todavía allí.

Aparcó a una distancia prudencial y caminó hasta el lugar. El coche estaba allí. Estaba decidiendo lo que hacer cuando llegó un chico al que creyó haber visto en las filmaciones de vigilancia, se sentó al volante y lo arrancó. Cuando se perdió de vista, él buscó con la mirada por los alrededores. Había una señal de circulación en un camino que subía hacia la montaña, enfrente del lugar donde aparcaban el coche. Cuando se giró para comprobarlo se percató de que ya estaban aparcando el vehículo que guardaba el espacio para el otro coche. Era un individuo robusto, de anchos hombros. Una vez cumplió su cometido, se fumó un cigarrillo apoyado en el capó. Miró hacia él. Disimuló lo mejor que supo y se encaminó hacia su coche. Antes de girar una esquina y perderlo de vista,

se volvió, pero ya no estaba.

Cuando llegó a la comisaría, bajó directamente al sótano, donde tenían material. El trámite habitual era solicitar lo que se necesitase, con las especificaciones, pero Dani estaba harto de papeleos. Buscó una cámara de vigilancia y salió de nuevo. Esta vez se dirigió al Ayuntamiento. Entró por la Plaça de Sant Miquel y saludó al guardia urbano de servicio. Se conocían. Habían coincidido en algún caso. Muchas veces la Policía o los Mossos actuaban a requerimiento de la Guardia Urbana, y eso les mantenía en un estrecho contacto. Le indicó la persona a quien deseaba ver. Era un encargado de los equipos de mantenimiento.

Se saludaron.

–Hombre, subinspector. Es un placer verle por aquí.

–Lo mismo digo. ¿Qué tal van las cosas en el Ayuntamiento?

–Movidas. Están laboralizando al personal. Quedamos pocos funcionarios. Yo me prejubilo el mes que viene.

–Ya has currado lo tuyo. Mira –. Le enseñó la cámara–. Necesito colocar esto detrás de una señal de tráfico, en Montcada-Bifurcación, justo antes del camino de subida a Torre Baró.

–Nosotros no hacemos estas cosas.

–Lo harán mis agentes, pero necesito un equipo completo: furgoneta con los logos del Ayuntamiento, monos de trabajo, lo que sea usual. Es un lugar muy controlado, hemos de pasar desapercibidos. ¿Qué tal cambiar la señal por otra que lleve la cámara?

El funcionario miró el aparato, tratando de imaginarse cómo colocarla.

–Tenemos las que llevan los repetidores para la radio de las patrullas. Creo que irán bien.

–Enséñamelas.

Le condujo hasta un almacén. Allí tenían todo tipo de señales de circulación preparadas para alojar un pequeño emisor, aproximadamente del tamaño de la cámara. Daniel les echó un vistazo, tratando de averiguar si la cámara podría enfocar al lugar adecuado. Visualizó la escena. Tal como quedaría la señal, podrían hacerla enfocar a la casa.

–Creo que irá bien. Prepáralo y te mando a mis hombres.

–Muy bien, cuando quieras –. Se estrecharon las manos.

–Muy temprano. Esos fulanos se mueven de madrugada. Con suerte puede que duerman hasta media mañana.

–De acuerdo.

Volvió a comisaría y explicó al oficial que llevaba los grupos de vigilancia lo que quería y eligió dos. Él les acompañaría.

A las seis de la mañana reunió al equipo y fueron hasta la Plaça de Sant Miquel, donde ya les tenían preparada una furgonetilla. Irían un poco estrechos, porque eran tres, y esos vehículos no son anchos. Revisó la señal con la cámara y le pareció que serviría. Se enfundaron sus monos del Ayuntamiento, 'Señalització Viaria', y partieron hacia Montcada.

Aparcaron justo debajo de la señal. Quedaba un poco elevada porque estaba al comienzo de un camino empinado que llevaba hasta Torre Baró. Mejor así, porque enfocaría sin obstáculos hacia el grupo de casas y el lugar donde aparcaban el coche-mula. Sacaron la escalera. La situación de la señal era complicada para trabajar.

–Yo me subo y aguantáis la escalera –dijo uno de los agentes.

Comenzó a desatornillar la señal. La verdad era que estaba despintada y abollada. No le vendría mal un cambio. Tuvo algunos problemas con los tornillos oxidados, pero lo solucionó con el martillo.

Estaban armando un estruendo. De una de las casas salió el hombretón que había aparcado el coche antes. Miró la escena con el ceño fruncido. Luego entró en la casa.

–Ese es uno de los narcos –avisó Dani.

–Así ya sabemos hacia qué casa hemos de enfocar –comentó el otro agente.

Por fin lograron atornillar la nueva señal, cuidando de enfocar hacia el

coche y la casa. El que estaba sobre la escalera avisó:

–Está puesta. Vámonos.

Montaron en la furgoneta de Señalización Viaria y salieron del barrio.

–Espero que a aquel fulano no le dé por revisar la señal –comentó el que la había atornillado.

–Esperemos –respondió Dani.

Recuperaron su ropa y devolvieron el material al Ayuntamiento. Luego Daniel les invitó a tomarse algo en una cafetería. Eran su equipo, y estaban haciendo un buen trabajo. Paco era oficial. Tenía 35 años y dos hijos, niño y niña. Sólo los conocía de vista, de una vez que su mujer los llevó a ver dónde trabajaba su padre. El niño, de 12 años, había llegado del colegio con un ojo morado y contusiones en las rodillas. Se había peleado con un compañero de clase que había insultado a la policía. La mujer pensó que sería bueno para él tener una imagen más precisa de lo que constituía el trabajo de su padre. Estaba a punto de presentarse para subinspector. El otro era Santi, agente de la escala básica. Era un hombre de 38 años, muy capaz. Los oficiales de policía confiaban en él y esperaba ascender pronto.

Cuando regresó a su puesto le llamó Bernardo, de Alcalá-Meco.

–Hola, Dani. No he conseguido encontrar el informe de ese preso.

–¿Se ha perdido?

–No. He visto las entradas y los registros de aquella fecha y de todo el año. Nunca estuvo aquí.

–¿Estás seguro?

–Del todo. Nunca ha habido aquí un preso con ese nombre.

Daniel se quedó un momento en silencio, valorando la información, pero en seguida recordó que el otro estaba al teléfono.

–Gracias, Bernardo. Te deseo suerte.

–Igualmente. Buena caza.

El oficial Martínez dejó una memoria portátil de varias gigas sobre su mesa. Era el registro telefónico de los tres guardias que había solicitado.

–¡López! –llamó. El agente se presentó.

–¿Sí?

–Identifique todos estos números de teléfono.

–En seguida –. ("dios, pensó el agente, qué rollo")

Por la tarde Daniel recibió una llamada.

–Subinspector Oristany, ¿dígame?

–Subinspector, soy Peña. He detectado una incongruencia en la lista de armas que me dio. Pensé que desearía saberlo antes de recibir mi informe de mañana.

–Adelante.

–Una de las direcciones no existe. Uno de los titulares de un arma antigua hizo constar una dirección falsa.

–Dime el nombre.

–Leonardo F. C. –dio el nombre completo. Dani lo apuntó.

–Buen trabajo, Peña. Sigue así.

–Sí, Sub

–Bien. A por ellos.

Colgó y tecleó el nombre.

Apareció una dirección en el Barrio de la Trinidad. Aquella pista estaba muy caliente.

–¡Tengo algo! –exclamó. Alberto se le acercó.

–¿Qué pasa?

–Creo que uno de los nombres de la lista de titulares de armas antiguas es sospechoso. Dio una dirección falsa. Pero tiene una verdadera en la Trini.

–Esta vez quiero un poco de acción, déjamelo a mí.

–De acuerdo. Ten cuidado.

Alberto aparcó a una manzana de la dirección. Era un bloque de pisos típico de la época del desarrollo urbanístico del barrio. Con pequeñas terrazas de tres metros cuadrados o poco más, barandillas de metal pintadas de blanco y paredes de papel de fumar. Junto a él había una casa cuadrada, que parecía haber sido construida por sus moradores hacía mucho tiempo. Un pedazo de montaña con matorrales lindaba con ella. Lugares donde familias obreras intentaban tener una vida digna, donde la ciudad todavía estaba en construcción y huertos de toda la vida desafiaban a bloques de viviendas. Pero todo el lugar, por donde había pasado, parecía estar degradándose poco a poco. Era un barrio donde la droga se paseaba sin complejos. También era un lugar de personas honradas, que asistían asustadas al espectáculo de los drogadictos.

Naturalmente, él sabía todo eso.

Llamó al timbre del portero automático. Una mujer le contestó. Dio el nombre del sospechoso.

–No, ya no vive aquí.

Decidió levantar las cartas.

–Policía, necesito hacer unas preguntas.

La puerta se abrió. Subió. Una mujer asustada estaba tras la puerta, trabada con una cadenita. Enseñó su identificación y placa.

–No tiene que preocuparse. Sólo quiero saber algo de ese hombre.

–Ya no vive aquí –repitió.

–Sí. ¿Era su marido? –preguntó, con su mejor sonrisa seductora.

–No, era el anterior inquilino. Murió. Es lo único que sé.

–¿De qué? –intentó.

–No lo sé. No le conocimos. Mi marido está trabajando. No sabemos nada más.

–¿Cuánto tiempo llevan ustedes aquí?

–Tres años y pico.

–Bien, gracias. No tiene que preocuparse. Adiós.

Bajó y se metió en un bar pequeño que había antes de llegar a la esquina.

–Un whisky –pidió.

–Marchando.

El hombre de la barra era barrigón y tenía barba de dos días. Sacó la botella del estante y le sirvió un vaso un tanto escaso. Alberto sonrió, pero no dijo nada.

–Vaya, esto está mejor –dijo cuando dio el primer trago–. ¡Qué día llevo! He venido desde Madrid para visitar a un amigo, y me entero que está muerto.

El hombre del bar le miró sin especial interés, pero había pedido un whisky y no un café de euro, y merecía un poco de atención.

–Era uno que vivía en ese portal, el 23, en el 2º. Me ha dicho una mujer que murió. Pero no sabe de qué.

–Ah, era el alto. Uno alto y delgado, muy serio. Entraba y se tomaba un café de vez en cuando.

–Sí, sí, era alto –. Alberto no sabía cómo era, pero tenía que sonsacarle algo más.

–No murió aquí. Quiero decir que sólo nos dijeron que había muerto, pero nada más. No hubo ambulancias ni nada de eso.

–¿Se le veía mucho por el barrio?

–Pues no, la verdad. Algún café por la mañana, y nada más. Debía trabajar todo el día.

–¿Trabajar? –. Lo había dicho un parroquiano que estaba apurando un chato de vino–. Ese no trabajaba. Yo lo veía a veces en un tugurio de mala reputación. Se codeaba con mala gente del barrio.

–¿Mala gente?

–Drogatas de mierda. Esos que están arruinando a nuestros hijos. Está bien muerto.

–Bien, gracias, cóbrese.

Pagó y se marchó.

Un hombre alto, delgado, que se codeaba con drogadictos pero sólo tomaba café. Qué raro.

De vuelta se lo explicó a su compañero.

–Tengo algo interesante. Resulta que el propietario de ese arma antigua murió, o todos dicen que murió, hace tres años y pico.

–Interesante.

–Era alto y delgado. Nadie sabe nada de él, excepto que se codeaba con drogadictos pero nunca tomaba nada que no fuera café, al menos en el barrio. No es normal, un tipo así se levanta tarde, con legañas, y se zampa un cubata para desayunar, ¿no?

–Es lo habitual –respondió Dani.

–A menos que se trate de un guardia civil de servicio.

Dani miró a su compañero con fijeza, pero en realidad estaba atando cabos.

–Creo que has dado en la diana –dijo al fin.

Llamó a Lola.

–Soy Daniel. ¿Antonio era un hombre alto y delgado?

–Hola, poli. Percibo tu voz algo alterada. Sí, Antonio era alto y delgado.

–Me estás utilizando. Sabías lo de la lista.

–No sé de qué me hablas.

–Estabais investigando la muerte de Antonio. Me diste la lista para que encontráramos el rastro. ¿No era más fácil explicarme lo que está pasando? –. Ahora estaba casi chillando.

–Cálmate, poli. Mis investigaciones son confidenciales. Y no han concluido. Pero tu también tienes la tuya. Sólo compartí contigo algunas pistas.

–¿Qué hacía Antonio en la Trinidad con nombre supuesto? ¡No se suicidó! Y Juan no cumplió condena. Los demás tampoco, ¿verdad?

–Escucha, no puedo discutir este caso contigo, y menos por teléfono.

–¡El arma era suya, la que mató al mejicano del Cheroki!, ¿Quién la tiene ahora?

–Si lo supiera, le detendría. No lo sé. Oye, déjame hacer mi trabajo y haz tu el tuyo. Estamos del mismo lado.

–Empiezo a dudarlo.

Colgó. Estaba indignado.

Inmediatamente llamó de nuevo, esta vez a Almería. Cuando oyó la voz de la mujer preguntando quién era, le soltó:

–Creo que usted tiene razón, y me gustaría probarlo. Antonio murió en acto de servicio, eso creo.

Esperó. Quizá le colgara. Pero no lo hizo.

–¿Qué quiere? –. La voz seguía sin tener color, pero ahora había fuerza en ella.

–Sólo que me diga si su marido tenía un arma antigua, de coleccionista, y

qué fue de ella.

–Le apasionaban las armas antiguas. Compartía esa afición con el mando de la Brigada. La compró con dinero del Capitán, pero no era suya. Hizo de intermediario, nada más.

–Gracias, señora. Siento mucho su desgracia. Creo que podré aclarar lo que pasó.

–Espero que lo haga. Antonio era un valiente. Merece ser recordado.

Alberto le había estado escuchando mientras hablaba por teléfono. Daniel se ajustó las gafas.

–En resumen, si el Capitán del Cuartel hubiera entregado ese arma, estaría dada de baja o traspasada de alguna manera en el listado de Lola. La tiene el capitán.

Su compañero no dijo nada, sólo afirmó con la cabeza.

Daniel no podía creer que la Unidad Central Especial-3 no supiera que el capitán tenía el arma del asesinato del Cheroki. Le habían echado carnaza porque ellos no querían detener al capitán. Esperaban que les hiciera el trabajo sucio.

–¿Por qué crees que la registró con su nombre de camuflado?

Alberto le pilló reflexionando.

–¿Qué?

–Que por qué crees que la registró con nombre falso. Era para su uso personal. Podía usar su verdadero nombre. Pero dio el falso y la dirección en que estaba camuflado.

–Quizá se sintió en peligro. Quizá no se fiaba del capitán de su unidad. Quizá no podía fiarse de nadie, y así dejó una pista. Los hechos demuestran que no estuvo muy equivocado al hacerlo.

–Estoy pensando... –comenzó su compañero.

–¿Qué?

–Que hubo otro muerto. De los cinco implicados, murió otro, además de Antonio.

–Joaquín, de accidente de coche. ¿Crees que..?

–Si Antonio no se suicidó, quizá Joaquín no murió en un accidente.

Se presentó en el despacho de Lola. Ella levantó la vista de sus papeles.

–Parece que estamos hechos el uno para el otro –ironizó ella.

–Hemos de hablar. En serio y a fondo –declaró él.

–Salgamos de aquí. Iba a comer. ¿Te apetece?

–Sí.

Le llevó a un lugar bastante tranquilo. Pudieron escoger una mesa en el fondo del comedor, donde podrían hablar sin ser escuchados.

La carta traía platos caseros de cierta calidad a precios asequibles.

–Va a ser difícil que encuentre nada en el atestado del suicidio de Antonio tres años después. Y luego está el supuesto accidente que mató a Joaquín. Vosotros ya estabais investigando, así que debéis tener algo.

–De hecho la investigación la llevó la Guardia Civil. Concretamente mi Unidad.

–¿Y?

–Dime lo que sabes. Intentaré completar la información –propuso ella.

–Creo que Antonio fue asesinado por los narcos. Y es posible que Joaquín también. Juan y Carlos están implicados en algo, pero ignoro en qué. Y el arma que mató al mejicano del Cheroki está presumiblemente en poder del Capitán del Cuartel, eh... –. Consultó su libreta–. Capitán E. García.

–Encontramos indicios que ponían en duda el suicidio –intervino ella–. Antonio estaba en medio de una misión. Lo mismo que Joaquín. No pudimos demostrar nada, pero todo hacía pensar que habían sido asesinados.

–¿Qué indicios? –preguntó Dani.

–Para empezar, ambos estaban muy motivados por su misión. A Antonio le encontraron en el piso camuflado.

–Los vecinos dicen que no.

–Somos muy discretos. Lo sacamos de allí. Estaba con identidad falsa, en medio de una misión de drogas. Debíamos salvar la misión. Tenía un montón de pastillas en la sangre. Rastreamos las farmacias, y no pudimos encontrar nada en el barrio. Por si acaso, hicimos lo mismo en las inmediaciones del cuartel. Alguien se tomó la molestia de traer todas esas pastillas de algún otro lugar. Eso no lo hace un suicida. Le da igual si luego encontramos el rastro.

Trajeron los primeros. Olían bien. Se dedicaron a comer durante un rato. Luego ella prosiguió:

–Las cerraduras de seguridad y la cadenilla no estaban echadas. Sin embargo, era lo primero que hacía él cuando volvía al domicilio camuflado. Son medidas básicas de autoprotección. Vieron por el barrio a dos que no eran vecinos, pero las descripciones eran confusas. Y está lo de las huellas: en los pomos, cerraduras, puertas, y, en fin, los objetos que pudiera haber tocado algún visitante no había ninguna huella. Y eso si es extraño.

–Sí. No es normal. Pero tampoco lo sería que se hubiera dejado matar sin luchar.

–Tenía una punción. Nos costó encontrarla. Le inyectaron. Los frascos eran pura apariencia. Había un montón de frascos con sus huellas, pero en realidad fue inyectado. Creemos que fueron dos. Debía conocerles, así que estaban implicados en el narcotráfico.

Ella guardó silencio, como si recordara los detalles macabros de aquella investigación. Dejó su plato de lado casi a la mitad.

–El automóvil de Joaquín fue encontrado en el fondo de un terraplén. Se salió de la carretera y ardió. En el coche –prosiguió luego– había trazas de pintura en unos arañazos, como si otro vehículo le hubiera empujado. Uno grande. Las trazas estaban altas. El incendio ocultó la mayoría de los rastros, pero un pedazo de pintura se salvó. Los técnicos aseguraron que era imposible que un coche ardiera en un siniestro como ese. Lo incendiaron.

–¿De qué color eran las trazas? –preguntó Daniel.

–Rojo oscuro.

–¿Rojo sucio?

–Se le podría llamar así.

Permanecieron en silencio. La camarera retiró los platos. No les apetecía tomar postre, así que pidieron café y una infusión para ella.

–¿Carlos y Juan pertenecen a una UCE? –preguntó él al fin.

–Eso es confidencial.

–Tengo que saber de qué lado están –pidió Dani.

–Mira, te he dicho todo lo que podía. Lo siento.

–¿Investigan por cuenta de la Guardia Civil? –insistió él.

Ella apuró su infusión, sacó su parte de la cuenta y dejó el dinero encima de la mesa.

–Que tengas un buen día.

Salió con paso enérgico. Daniel la contempló. Vestía discretamente y no se maquillaba casi nunca. Pero tenía un gran magnetismo. Era decidida y fuerte. Tenía un objetivo. No se dejaba distraer de él.

Se preguntó qué clase de experiencias habrían sido capaces de arrojarla a un trabajo burocrático. Si es que el suyo lo era.

Recapituló la información:

Así, pues, el Cheroki a nombre del tal Lázaro, narcotraficante, fue usado para asesinar a Joaquín en plena misión, y luego fue usado para matar al propio Lázaro y sus compinches. Presumiblemente alguien lo robó. Sonaba a venganza. Tres de los muertos eran sicarios a sueldo. Seguía sonando a venganza. La droga había desaparecido. Eso sonaba a crimen por dinero. Tal vez no había venganza, sino simple negocio. Ellos los matan, luego alguien los mata y se hace con el dinero.

Quizá.

Pero todo apuntaba al Capitán de la Brigada.

Entró como una tromba en el despacho de su superior.

–¡Subinspector Oristany!

–Lamento las prisas, señor Comisario. Creo que tengo resuelto el caso de la Meridiana. Necesito una orden judicial para registrar el domicilio del Capitán E. García.

–¡Está usted loco! No puedo pedir esa orden.

–Le garantizo que resolvemos el caso si la pide. Él tiene el arma.

–¿Está usted seguro, Oristany?

–Del todo. Su viuda me lo dijo. Ella lo entregó al Capitán, y ese arma no se ha vendido ni cedido, aparecería en los registros de Intervención de Armas y Explosivos. Imagine: un gran caso de corrupción policial y narcotráfico resuelto por nuestra comisaría.

El Comisario acarició esa visión. Luego le miró con toda la seriedad que pudo:

–Responde usted con su cabeza, subinspector. Si algo sale mal, si se ha deshecho de ella, le aseguro de que antes de que yo sea destituido, usted será expulsado del Cuerpo Nacional de Policía.

–No hay problema.

El comisario sacó una solicitud de orden de registro y la dirigió a una jueza amiga suya.

–Llévela y ella le dará prioridad.

–Gracias, señor Comisario, no le defraudaré.

Daniel salió corriendo.

El capitán García estaba frente al televisor en compañía de su mujer cuando llamaron a su puerta. La mujer abrió y se quedó confusa al ver a

tres oficiales de uniforme y un policía de paisano mostrando su placa.

–Subinspector Oristany. Tengo una orden para el registro de este piso.

El Guardia Civil salió al recibidor en bata y puso las manos en jarras.

–¡Qué se han creído! ¿A cuento de qué viene esto?

–Es una orden judicial. Tengo derecho a registrar este domicilio.

El capitán se estaba poniendo rojo de ira.

–¿Están locos? –exclamó.

–Procedan, oficiales.

Los tres oficiales de la Policía entraron y comenzaron a examinarlo todo minuciosamente.

–¡Es inaudito!, ¡Intolerable!.

Hicieron caso omiso de las quejas airadas del matrimonio. Sin embargo, una hora después los tres policías uniformados volvieron con gesto impotente.

–Aquí no hay nada parecido a ese arma, señor subinspector.

–¿Están seguros?

Era una pregunta estúpida, y lo sabía. Los tres eran especialistas en ese tipo de registros. Habrían golpeado el parquet y mirado bajo los somieres. No habría altillo ni rincón sin inspeccionar.

Era un hombre acabado. El comisario no bromeaba con sus amenazas.

–Le presento mis disculpas en nombre propio y en el del Cuerpo Nacional de Policía, mi Capitán.

–¡Le expulsarán!, ¡Yo me encargaré!

_ No será necesario, mi capitán –. Se volvió abatido hacia sus hombres–. Venga, vámonos.

Poco después su superior le suspendió cautelarmente, a la espera del dictamen de que el tribunal disciplinario decidiera. Cuando recogió sus escasas pertenencias personales de la mesa, Alberto le dio la mano.

–Mañana te llamo. Este caso no ha terminado todavía.

Él asintió, mas sin ninguna esperanza.

El capitán parecía sincero, y su mujer decía no haber visto nunca ese arma antigua. Aseguraba no saber nada de ella. ¿Dónde estaba el error?

Lola le llamó al día siguiente temprano. Quedaron en un parque cercano. Llegó paseando y vio a la mujer sentada en un banco, vestida con traje de chaqueta color cereza y una blusa un tanto escotada. Apoyaba un hombro sobre el respaldo del banco, y tenía un aire relajado. Tampoco esta vez se había maquillado, pero sus rasgos eran atractivos aún sin ese toque femenino. Sus ojos eran grandes y emanaban fuerza y decisión. Su cabello era suavemente mecido por el viento. Por un instante la creyó hermosa. Nunca en esos años había pensado en ella como mujer. Sus capacidades policiales habían disimulado esa faceta. Pero ahora él estaba suspendido y ella se había vestido con cierta coquetería. Ya no eran colegas. Momentáneamente sólo eran un hombre y una mujer.

Esa sensación se desvaneció rápidamente en cuanto estuvieron cerca. Ella se levantó y le estrechó la mano.

–¿Cómo se te ocurre, hombre? Sin consultarme... –. Rió.

–Era mi caso. Lo vi claro. Era una apuesta segura.

–Eres un niño grande jugando a superhéroe. El capitán está cabreado.

–Lo imagino.

–Pero todavía está más interesado en no incriminar el nombre del Cuerpo. No quiere un escándalo. Le he informado de mis investigaciones. He intentado que comprenda tu punto de vista. Ha hablado con el comisario. De momento parará tu expulsión.

–¿De momento?

–De momento. Todo depende del resultado de la investigación.

Ella le miró, y un brillo cálido emanó de sus ojos.

El viento movió el cuello de su blusa. Se levantó.

–Te mantendré informado.

–Es un detalle.

Saludó con la cabeza, y él le devolvió el gesto. Por alguna razón, aquella despedida silenciosa le pareció un rasgo de intimidad, de complicidad. Y se sorprendió al sentir por ello una inusitada satisfacción.

Estaba en una edad difícil, se dijo.

Laura estaba trabajando y Arturo estaba en el colegio. Alguien llamó al timbre de su domicilio. Se puso su arma privada sujeta en la cintura tras la espalda, puso el ojo sobre la mirilla. Era Lola. Otra vez. Le extrañó. Abrió la puerta.

–Hola, Dani.

–Hola. Pasa.

–He pensado que podíamos repasar el informe del caso juntos. El mío.

Él trajo un vaso limpio de la cocina y el pote donde había calentado café.

–¿Te apetece?

–Bueno. No me vendrá mal. ¿Estás de acuerdo?

–Claro. Necesito toda la ayuda posible y quiero saber lo que tú sabes del caso.

–Infiltramos a los guardias Antonio y Joaquín. Conseguimos hacerles creer que eran corruptos y que pensaban implicar a más guardias de la Brigada.

–¿Se lo creyeron? –. Daniel mostró extrañeza.

–Eran buenos. Hubo un arresto menor, se dejaron tentar. Su mérito fue provocar que fueran los propios narcos quienes echaran el anzuelo.

Ella le alargó la carpeta y él comenzó a leer.

"El número Antonio F. y el cabo Joaquín D. (en adelante los infiltrados AF y JD) establecen contacto periódico, al menos dos veces a la semana a través del canal protegido. (Ver anterior informe de Infiltración)".

–¿Quién era el canal protegido? –preguntó Daniel.

–Uno de los camellos era nuestro.

Daniel prosiguió la lectura. Había una serie de comunicaciones rutinarias, hasta que las de una fecha le llamaron la atención:

"10.02.06 - Los infiltrados AF y JD aseguran que pronto conseguirán la identidad del proveedor.

13.02.06 – Los infiltrados AF y JD han conseguido otra partida de cocaína.

16.02.06 – El infiltrado JD avisa de que hay un desvío importante de droga por un canal no identificado.

18.02.06 – El infiltrado AF ha escuchado de uno de los sujetos (Macario S.) que alguien se ha puesto en contacto con la banda.

22.02.06 – Los infiltrados AF y JD informan de que hay en marcha una operación a gran escala. Macario S. ha marchado al extranjero.

23.02.06 – El cabo infiltrado Joaquín D. ha sido encontrado muerto en el interior de su coche calcinado. Aparentemente debido a un accidente de tráfico. Se abre una investigación interna."

Seguían una serie de datos técnicos, y la descripción de los indicios que Lola ya le había resumido con anterioridad. Dejó la carpeta sobre la mesa.

–¿Y Juan y Carlos?

–Ellos no formaban parte de ese operativo. Entraron después. Se abrió la investigación, que llevó mi Unidad. Pero la identidad del proveedor y de los que organizarían la operación de tráfico a gran escala nunca apareció.

–¿Y las expulsiones?

–Ficticias. Los guardias Juan y Carlos llevan tres años tratando de llegar hasta el proveedor y descubrir quién delató a nuestros hombres. Han entrado en mi Unidad.

–¿Y el cabo Ernesto?

–Colaboró. Le habían ofrecido trabajo en la privada, y quería dejar el Cuerpo. Decidió presentarse voluntario para ser el 'chivo'. Se suponía que había delatado a sus compañeros corruptos. Eso les daba una cobertura ante los narcos. Ahora está en Seguridad, como debes saber.

–Sí, lo se. ¿Me lo puedo quedar? –dijo señalando la carpeta.

–Ni hablar. Tengo toda la mañana. Te lo lees y me lo llevo.

–Haré más café.

El subinspector encendió el televisor y dejó a Lola en el comedor, mientras él leía el informe en su pequeño despacho. Tardó casi tres horas.

Salió al comedor. Ella sonrió.

–Hacía semanas que no veía estos programas matinales.

Le devolvió la carpeta. Ella se levantó. Por un instante ninguno de los dos supo qué decir. Finalmente ella se despidió. Le dio un beso en la mejilla.

–Hasta pronto. Cuídate, poli.

–Lo mismo digo, águila –. Le devolvió el beso. Era la primera vez en quince años que lo hacía. Siempre se habían dado la mano.

Cuando ella le dejó solo en su piso apagó el televisor y se acomodó en su sofá. Pensando.

La coca del tiroteo había salido de la Brigada.

Quizá les habían descubierto de alguna manera.

Quizá alguien les había delatado.

Caminó hasta la comisaría, pero no entró. Llamó a Alberto a su móvil y le dijo que estaba allí. No tardó en salir.

–Lola me ha enseñado su informe. Necesito que me ayudes a investigar.

–Cap problema. Ahora salgo. Llevo el caso solo y nadie cuestiona mis horarios. Tengo patente de corso.

Dos minutos después apareció con su cazadora negra y una gran sonrisa. Le dio una palmada en la espalda.

–¡Volvemos a las calles, tío!

Capítulo 3

3

La máscara de Némesis

La cámara oculta tras la señal de circulación en Montcada-Bifurcació dio sus resultados en pocos días. El tráfico de droga era habitual. Percibieron que no siempre se quedaba en los barrios obreros. Aquella casa parecía surtir también a otro tipo de adictos. Proveía a la casa de la Trinidad. Ahí seguramente se quedaba la heroína que Alberto había 'pillado' en el bar cercano a ésta. El bar surtía al barrio. Pero sospechaban que cuando se dirigía a la parte alta no era heroína lo que transportaba, sino el mágico polvo blanco.

Controlaron también a los que entraban en ella. Eran dos hombres enormes y fornidos. Solían llegar en un todo terreno y descargaban bolsas de deporte. En cada una de ella podían transportar millones en cocaína y heroína.

Daniel y Alberto esperaban en el coche del primero. Los horarios del vehículo 'mula' no eran fijos, pero si el recorrido. Conocían la hora aproximada a la que pasaría, y el lugar. Y sabían que aquella madrugada lo habían cargado, así que no tardaría mucho en pasar por allí.

–He pensado en lo del arma antigua –decía Daniel–. Creo que podría estar en algún otro sitio.

–Ya lo he pensado. Quizá no te equivocaste. Sólo que no lo tenía en su casa. Cuando terminemos con esto lo buscaremos.

–¿Crees que está pringado con la droga? –. Dani parecía más melancólico de que costumbre.

–Y yo qué sé.

Alberto dio un respingo.

–¡Ahí está!, es el coche.

–Lo veo.

Daniel arrancó y se situó a cierta distancia por detrás. Dentro vio dos cabezas. Tenían cobertura de una moto y varios coches camuflados. Les habían ampliado los efectivos. También disponía Alberto de un auricular y micrófono que le mantenía en contacto con su cobertura.

El coche mula se encaminaba al centro de la ciudad. Dejó atrás Nou Barris y recorrió la Meridiana hasta enlazar con la calle Aragó y llegó hasta cerca de la calle Nàpols. Allí se detuvo. Dani giró la siguiente esquina y frenó bruscamente. Alberto saltó del vehículo y corrió hasta la esquina. Luego disimuló hasta llegar a la altura del otro coche.

–¿Dónde? –preguntó ansioso. No veía a nadie.

Por el auricular escuchó al motorista, que les había seguido y ahora estaba estacionado a poca distancia:

–Han entrado en el número 37 –respondió.

El subinspector se apresuró a picar a un timbre. Le contestó una voz.

–¡Cartero! ¡Urgentes! –gritó.

El vecino le abrió, y entró a toda prisa. El ascensor estaba en funcionamiento, así que corrió escaleras arriba, mientras intentaba discriminar en qué piso pararía. Consiguió llegar a tiempo de ver cerrarse una puerta de un tercer piso. Aspiró hondo intentando ralentizar su corazón y recuperar el resuello.

Tenía el piso y la puerta.

Bajó de nuevo y se metió en el coche de su compañero.

–. 37, 3º 2ª.

–Volvamos a la... –comenzó a decir Daniel.

–No. Me quedo aquí hasta que alguien entre en esa puerta. Tomaré posiciones en la planta de arriba. Relévame dentro de una hora.

–¡Vaya! –. Dani le miró sorprendido.

–No quiero que se nos escapen. Ahí dentro están dejando una millonada en coca. Alguien vendrá a buscarla. Pide la identificación del piso.

–Claro, señor subinspector –. Sonrió.

Alberto volvió al portal y esperó a que saliera o entrara alguien. La primera fue una chica, que le sonrió con simpatía y le dejó entrar, tras escuchar la excusa de siempre. Subió con precaución. Oyó el ascensor y cómo la chica saludaba a alguien. Escuchó dos voces de hombre. Seguramente eran los correos. Llegó a la cuarta planta (incluido un principal) y subió otra más. Se sentó a esperar.

No había pasado más de media hora cuando escuchó el ascensor. Ya habían subido cinco personas y bajado otras tres (dos le habían encontrado sentado en la escalera). Pero aquella vez el ascensor se detuvo en la planta de abajo. Con sigilo descendió hasta poder ver algo. La segunda puerta se cerró. Poco después se volvió a abrir.

Siguió al desconocido hasta la calle y Dani y el motorista se dieron cuenta de a quién seguía.

–Lo tenemos. Sube al coche –le dijo el motorista.

Dani paró junto a él y aceleró poco a poco para no llamar la atención del correo.

Parecía dirigirse a algún punto cercano, porque no cogió ningún vehículo. Llevaba una bolsa de mano y parecía no sospechar nada. Era un chico de unos veinte años, vestido con ropa buena. Caminaba por la Avinguda de la Diagonal. Entró en un parking.

–¡Perderemos cobertura! –exclamó Daniel mientras iba tras él.

–Se dará cuenta de que le seguimos. Bajo y te indico. Coge el móvil.

Alberto descendió del coche y entró tras el joven correo. Tuvo mucho cuidado de que no le viera. Consiguió distinguir el vehículo al que se subía y llamó al número de su compañero. Contestó inmediatamente. Le describió el color y el modelo. Se aproximó y le indicó la matrícula mientras el coche maniobraba para salir. Subió tras él y le indicó la calle por la que saldría.

–El motorista le tiene –le indicó.

–Síguele. Nos vemos, compañero.

–Gracias.

Daniel prosiguió la persecución y Alberto se quedó en medio de la Diagonal.

Dani y los vehículos de cobertura siguieron al correo hasta una mansión enorme en Sant Gervasi. Había guardias de seguridad fuera, y se escuchaba música. Decenas de coches lujosos habían ocupado las calles, vigilados por chóferes.

–¡Demonios! ¿Qué mierda es ésta? –se preguntó Dani. Tomó nota de la dirección.

Bajó del vehículo y se encaminó hacia la entrada, sobre una escalinata, pero los guardias de seguridad le impidieron el paso. Preguntó cuál era el evento, pero ignoraron sus preguntas.

–No puede estar usted aquí. Márchese –le dijo uno.

Otro habló por el transmisor. No le pareció prudente levantar la liebre por el momento, así que se abstuvo de mostrar su placa. Además, no tenía ninguna orden para obligarles a dejarle entrar. Se excusó y dio media vuelta.

–Chicos, nos vamos –dijo por el micrófono.

–Recibido. Nos vamos –le respondió su cobertura.

Llamó a su compañero al móvil:

–¿Dónde andas?

–Vuelvo en metro. Tengo que ver esa dirección.

–Me llamas cuando la tengas.

En la puerta de la comisaría un agente se sorprendió al verle.

–¿No estaba usted suspendido, subinspector?

–Lo estoy, pero tengo que recoger unas cosas, agente Viella.

El agente dudó un instante, pero no creyó oportuno molestar al Inspector de Guardia. De todas formas, aunque le hubiera llamado, estaba de guardia un Inspector que se llevaba bien con Oristany.

En cuanto estuvo frente a su ordenador, Daniel comprobó a quién pertenecía aquella mansión lujosa de Sant Gervasi. Pertenecía a una ilustre familia que salía a menudo en las revistas de la Jet Set. Esos del 'mundillo bien'. Aquello tenía un cariz cada vez más podrido. Se asqueó y decidió que por aquel día ya era suficiente. Salió al aire libre.

–Cuando venga el subinspector Goanaga, estoy en mi casa.

–Sí, subinspector.

Volvió a su casa. Entró en el aparcamiento y palpó su arma. Miró los rincones del lugar y luego descendió del vehículo.

Entró en su vivienda y Arturo corrió a abrazarle. Laura apareció detrás de su hijo y también le abrazó. Se besaron.

–Os invito a cenar fuera –propuso. Le encantaba estar con ellos a esa hora.

Su hijo gritó de felicidad.

–¡Pizza!

–Vale. ¿A ti te parece?

Laura le sonreía con los ojos un tanto brillantes. Iba en chandal.

–¿Crees que eso es sano? –le reprochó a Arturo.

–¡Sí!

El matrimonio se miró a los ojos con resignación, luego Daniel sonrió:

–Creo que me muero por una pizza bien grande, Laura.

–Sea –dijo ella.

Mientras tanto, Alberto había tecleado la dirección que había obtenido.

El piso estaba a nombre de un tal J. Aguiló. Minutos después de buscar algún rastro con ese nombre llegó a la conclusión de que era un nombre falso. Rastreó por todo el programa de búsqueda. Todo lo que se le ocurrió. Nada.

Fue hasta la máquina y se sacó un descafeinado. Mientras tanto, su mente no cesaba de dar vueltas. Casa, droga, Nou Barris, casa de Montcada, tiroteo, pistola antigua...

Lanzó el vaso de plástico a la papelera.

–Voy a salir –anunció al Inspector de Guardia.

–Bien, subinspector.

Condujo hasta las proximidades del club de Carlos, el ex-guardia civil... O mejor dicho, guardia camuflado.

Entró, y el propio Carlos estaba tras la barra. La dueña también estaba. Ambos se miraron. Luego vio a Sheyla y ella corrió a su lado. Estaba libre.

–¡Salgo a fumar! –dijo, y le arrastró por el brazo hasta la calle. Allí le besó ardientemente.

–Hola, bombero –dijo apoyando sus pechos contra el de él. Aquel contacto levantó oleadas de sensaciones.

–Me gusta el recibimiento, cariño –contestó–. Ella no parecía haber bebido.

–¡Oh!, esto va bien –. Se besaron de nuevo.

Ella sacó un cigarrillo y le ofreció, pero él lo rechazó.

–Soy un chico sano. Oye, ¿hace mucho que trabajas aquí? –preguntó.

–¿A qué viene esa pregunta?

–¿Qué sabes de Carlos?

–Lo que él quiere que sepa. Trabajo aquí –respondió ella con una sonrisa en sus labios.

–Ya, bueno –. Alberto no quería que desconfiase. Eso podría poner en peligro a Carlos. ¿Sería una implicada en lo de las drogas?

Antes de que pudiera elaborar una estrategia, ella le metió mano por encima del pantalón mientras le besaba. Y luego por debajo. Tendría que pensar mejor su estrategia, más tarde.

Mañana, quizá.

Despertó en su cama. Se sentía estupendamente. Recordó la noche anterior. María José estaba a su lado. Se levantó y preparó café y melindros con mermelada y mantequilla.

Entonces recordó el caso y una idea le cruzó la mente: había buscado a J. Aguiló en el Estado Español. ¿Y si probaba en los Balcanes? Lo anotó en su libreta y volvió a la cama. Se tendió junto a la chica y acarició sus pechos bajo la almohada. Siguió hacia su estómago, mientras ella se desperezaba y gemía de gusto. Siguió hacia abajo, y los gemidos fueron de placer.

Le encantaba cómo olía su cuerpo. Rezumaba hormonas sexuales. Era algo increíble. Apartó la sábana. Quería verla en toda su belleza. Su piel era suave en casi todo su cuerpo. Casi.

Miró más detenidamente. Había visto muchas cicatrices como aquella a lo largo de su carrera. No había duda.

Era la cicatriz de una herida de bala. Sobre su muslo derecho.

Salió de la cama, y ella se incorporó.

–La has visto.

Él asintió, mirándola fijamente. Se acercó a su ropa, donde había ocultado su pistola.

–No tienes que preocuparte, subinspector Alberto Goanaga, aunque te

puedo llamar bombero Orlando, si eso te gusta –. Ella estaba sonriendo.

–No la vi la primera vez –comentó con fingida frialdad.

–Estabas ocupado en otras cosas –. Sonrió.

Salió de la cama y se puso la bata.

–¿Puedo usar tu ducha?

–Por supuesto.

Alberto se la quedó mirando, sin saber qué pensar. Cuando escuchó el ruido del agua, fue al baño y se metió en la ducha con ella. Al fin y al cabo estaba desnuda y desarmada. Igual que él.

Cuando se hubieron aseado y vestido, el subinspector recuperó su arma y se la enfundó tras la cintura. Le ofreció el desayuno que había preparado.

–Eres un hombre muy atento.

–Eso dicen todas.

Aquello era una pulla en toda regla, pero ella no se dio por aludida.

–Bueno, ¿qué? –dijo al fin–. ¿Tengo que adivinar?

–Te creía más listo. Carlos es un número camuflado, así que...

Él cayó en la cuenta de que sería lógico tener un guardia de apoyo en esa misión, pero ella...

–No te imagino vestida de verde –dijo al fin.

–Pues me sienta bien. Espero que lo veas alguna vez.

Comieron algunos melindros, ahora que las cartas estaban boca arriba. Alberto comprendió la insinuación.

–¿Quieres que salgamos? –dijo sin saber si era una pregunta o una petición.

–Yo sí. ¿Y tú?

Él se puso su cazadora.

–Tengo que intentar algo en comisaría. Hablamos luego. Cierra de golpe.

Le dio un beso cálido y largo en la boca. Y salió.

Ella terminó los melindros y se sintió estupendamente. Estaba sola en casa de él. Como una esposa. Era la mejor respuesta que podía esperar por el momento.

Alberto buscó "J. Aguiló" en la búsqueda internacional, y apareció el nombre de un hotel en Serbia, Leskovac, Jablanica: 'Gros Restaurant'. Había una reserva a ese nombre de fecha 26.02.06.

Daniel dejó a su mujer en la Universidad, en la Plaza del mismo nombre, y paseó por la calle Tallers. Estaba llena de transeúntes jóvenes de ambos sexos, de estilo gótico, heavy, e incluso hip hop. En esa calle hay muchas tiendas de música, peircings y demás accesorios para estilos urbanos.

Entonces vio frente a si a Carlos. No parecía ser una casualidad. Cuando se paró frente a él, sintió una mano en su hombro. Se giró y vio a Juan.

–Vaya, habéis podido despegaros un rato de la coca –les espetó.

–Estamos en el mismo bando. Hemos de hablar.

Los rostros de ambos no parecían muy amistosos. Le condujeron a un bar enorme en la esquina de la Plaza, lleno a rebosar de turistas, donde podrían hablar sin que a nadie le importase lo que decían. Le sentaron a una mesa, con uno de ellos a cada lado. Y, por lo que pudo deducir, ambos iban armados con un gran calibre bajo la ropa.

–Llevamos en esta misión más de tres años. Han muerto dos de los nuestros. No nos la jodáis –comenzó Carlos.

–No joderemos nada, somos polis. Sabemos lo que hacemos –respondió Dani.

–Mira, si alguno de esos correos llega a sospechar que le seguís, se acabó. Estamos intentando llegar hasta el laboratorio que provee a varios países,

no es cosa sólo del barrio –intervino Juan.

–Yo tengo un tiroteo y seis muertos. Tengo que aclararlo, sin contar con que mi carrera en la policía depende del resultado.

–Muchas vidas dependen del resultado. No haber molestado al Capitán –siguió Juan.

Daniel se aferró a eso:

–¿Qué he de pensar del Capitán?, ¿está pringado con la droga? ¿Mató al mejicano del Cheroki?

Un camarero vestido de negro les preguntó qué querían. Pidieron cafés.

–Eso no es asunto tuyo –dijo Carlos.

–Vaya, creí que ese era mi trabajo.

–Ese hombre sólo es alguien que vio cómo el asesino de dos de sus hombres quedaría impune –. Ahora le habló Juan. Aquello parecía un partido de tenis. Empezó a estar harto.

–Y se tomó la justicia por su mano –dijo con aspereza.

–¿Puedes demostrarlo? –. Juan le miró retándole.

–Encontraré esa pistola antigua.

–No, no la encontrarás.

Juan parecía una máscara de Némesis. Su parte blanda había desaparecido por completo. Aquel debía ser el rostro que contemplaban los criminales, quizá por última vez. A Daniel le pareció que estaba dispuesto a cualquier cosa. Lo intentó de nuevo:

–El que mató al sicario que sobrevivió al tiroteo, tuvo que ser la misma persona que los contrató para matar a los narcos. Puede que estuviera implicado en el tráfico de droga. Si el capitán lo hizo, es algo más que un justiciero.

–¿Ah, si? –. La máscara permaneció imperturbable.

–Escucha. Alguien de vuestro Cuerpo denunció a vuestros dos compañeros. ¿Crees que no sabe quiénes sois? Lo único que no entiendo es cómo seguís con vida. Los narcos saben quienes sois, me juego lo que

quieras. Os utilizan, y os matarán. Controlan vuestros progresos. En cuanto rocéis al proveedor moriréis. Si encontramos al delator no sólo os salvaremos la vida, sino que acabaremos con el tráfico.

–Pero no con el laboratorio. Ya sabemos lo que dices, pero es un riesgo asumido. Puede que el delator no esté al tanto de la operación. Hemos de encontrar al proveedor.

–Yo tengo que resolver ese tiroteo. Y seis asesinatos. Lo siento, es mi trabajo. Creo que podríamos colaborar, y sería mejor para todos.

–Colabora tú: deja este asunto.

Era como hablar con la pared. Nunca cederían. Terminó su café y se levantó, librándose de la mano de Carlos que le sujetaba un brazo.

–Caballeros, buen servicio –dijo, saliendo a la calle.

En ese momento le llamó su compañero:

–¿Sí?

–Dani, tengo un dato. El 26 de febrero del 2006 el tal 'J. Aguiló' estuvo en Leskovac, Serbia.

–Esas fechas se parecen a las que vi en el informe de Lola. Ahora te llamo.

Entró en la galería de imágenes de su móvil y buscó una serie de fotos de baja definición, pero suficientes para leer algunos datos. Había fotografiado algunas de las páginas del informe de Dolores cuando lo tuvo en su pequeño despacho en su domicilio. Allí estaba:

"22.02.06 – Los infiltrados AF y JD informan de que hay en marcha una operación a gran escala. Macario S. ha marchado al extranjero".

El 26 era tiempo de sobra para llegar a Serbia. Llamó a Alberto:

–Mira, Macario es el que viajó al extranjero.

–Entonces Macario era J. Aguiló.

–Hemos de rastrear a sus contactos. Se verían en Serbia.

–¿Qué tal si nos encontramos?

–Estoy en la Plaza Universidad. Acabo de tener una visita inesperada de Carlos y Juan.

–No fotis!

–Es curioso. Ellos me han dicho lo mismo.

–Voy para allá.

Se sentó en uno de los bancos que había en la plaza. Leskovac. Le sonaba de algo, pero no sabía de qué. Lo habría oído en televisión. Cerca de él había dos chicas. Se preguntó si serían alumnas de su mujer. Debía ser un trabajo agradable dar clase a un montón de chicos y chicas jóvenes y guapas. Luego recordó los dolores de cabeza que su mujer se traía de la Universidad y pensó que quizá no era un trabajo tan ideal. También había unos indonesios o filipinos que miraban a las dos chicas con rostro lujurioso. Esperó que el suyo no lo pareciese tanto.

Alberto aparcó su coche en la esquina, con las luces de situación puestas y tocó el claxon, a pesar de que él ya estaba levantándose a su encuentro. Dentro estaba el oficial Martínez de paisano.

–¡Martínez!, qué sorpresa.

–Tenía unas horas libres –. Sonrió. No iban a dejarle tirado con el marrón del capitán–. Ah, el listado de los teléfonos –añadió metiéndolo en la guantera.

–Me alegro de verle –. Estrechó la mano de ambos. Entró en el vehículo.

–No he podido aislar a los contactos de Macario. El hotel estaba lleno de serbios, claro –explicó mientras dirigía el automóvil por la calle Aribau hacia la parte alta de la ciudad–. Martínez me ha explicado lo de la fiestecita de ayer. He buscado la dirección. Pertenece a un matrimonio de la Jet Set. Él es empresario. Tiene al menos seis empresas a su nombre, o de las que es accionista mayoritario, que viene a ser lo mismo. Ella sale en las revistas del corazón. Están montados.

–Genial. Fiestas de la Jet. ¿Qué cantidad de coca se les puede vender cada vez que hacen una de esas? –preguntó Dani. Era una pregunta retórica,

por supuesto. Los tres policías conocían la respuesta. Ninguno se molestó en contestar.

–Y no sólo eso. Cada uno de sus amigos les devuelve la visita. Con rayitas incluidas –comentó Alberto.

–Eso es un gran mercado, tal como está la situación actual –intervino Martínez.

Poco después llegaron frente a la mansión. Apenas había nadie en la calle. Todas las casas tenían un garaje, y sistemas de seguridad.

Los tres bajaron para echar un vistazo. Dani fue hasta la entrada. Había un buzón fuera de la verja, y nadie podría entrar ni salir sin ser grabado por las cámaras o visto por el guardia de seguridad que permanecía en una pequeña garita. El resto del barrio era parecido. En los escasos bloques de viviendas había un portero. El policía conocía ese tipo de pisos: el ascensor daba a la propia puerta de la vivienda, de forma que si no te abrían sus moradores, estabas encerrado en él, o bajabas.

Alberto llegó junto a Dani.

–Ese uniforme me suena –. Buscó algún rótulo exterior de sistemas de alarma, pero todo quedaba a varias decenas de metros, junto a la puerta, tras la verja y el guardia.

–De aquí no sacaremos nada. Vámonos –propuso Daniel.

–Un momento.

Volvió al coche y sacó unos prismáticos potentes de un cajón disimulado. Trató de enfocar al guardia, pero el logotipo de su empresa quedaba en su hombro, demasiado ladeado para verlo. Enfocó al letrero que notificaba que esa mansión estaba protegida por un sistema de seguridad.

–Sabía que había visto antes ese uniforme. Es de Interintegrated, la empresa donde trabaja el cabo.

–Demasiada casualidad –murmuró Dani–. Hagamos una visita.

Alberto condujo hasta allí, y los tres bajaron y el oficial Martínez llamó al timbre. Sonó el mecanismo de cierre y la puerta se abrió. Entraron.

Esta vez enseñaron sus placas y pidieron al recepcionista ver a Ernesto.

–No está. Hoy no ha venido. Llamó diciendo que se sentía indispuesto.

–Me juego algo a que 'la extraña pareja' le ha avisado –dijo Alberto, refiriéndose a Juan y Carlos.

Salieron, no sin antes mirar en todos los rincones del lugar. El recepcionista les dijo que podría negarse, conocía sus derechos, no tenían una orden, pero no tenía nada que ocultar y colaboraría con la Policía.

La típica cantinela. "No tengo nada que ocultar, no tengo nada que ocultar". "Demonios, pensó Daniel, todos tenemos algo que ocultar".

Llamaron de comisaría al móvil de Daniel.

–¿Sí? subinspector Oristany.

–Debería acudir a su domicilio, subinspector. Ha habido una llamada al 091.

–¿Mi...? ¡Mi familia! –gritó.

–Están bien. Aún no han vuelto a su domicilio. Pero alguien ha acribillado la puerta de su piso, subinspector.

–Gracias.

Los tres llegaron al piso de Daniel en unos veinte minutos. Había unas patrullas en la calle y ya habían iniciado la rutina de buscar testigos y fotografiarlo todo. Una oficial de la Científica trabajaba en los proyectiles incrustados en su puerta. La habían destrozado. Dani se dirigió a ella.

–¿Qué ha sido?

–Parecen balas de 9 mm. No hay casquillos. Destrozaron la cerradura y entraron. Si hubiera estado dentro, le habrían matado sin duda. Al no encontrarle, la emprendieron con la puerta.

–¡Dios!

El infierno de un policía. El punto vulnerable de un hombre de acero. Si hubiera estado dentro su familia...

Un oficial se acercó:

–Ya nos hemos puesto en contacto con su mujer. Se alojarán en un hotel hasta que reparen su puerta. Es mejor que el niño no vea esto.

–Ya, claro, gracias.

Estaba tan perturbado que ni siquiera preguntó en qué hotel. El oficial Martínez se encargó de eso.

–Estarán en la habitación 203 del Avenida Palace.

–Gracias, Héctor.

–De nada, Daniel.

Alberto le puso la mano sobre el hombro.

–No dejaremos que les hagan daño. Cogeremos a esos malditos.

–Sí, Álber.

Pero el rostro de Daniel estaba sombrío como nunca antes le habían visto.

–Anda –dijo Alberto pasándole las llaves del coche –. Ve con ellos.

Llegó al Avenida Palace en un cuarto de hora escaso. Subió hasta la habitación 203 y llamó. Laura abrió temblorosa y se arrojó en sus brazos. Cuando se separaron, pudo ver a Arturo tras su madre.

–¿Qué pasa, papá?

–Nada, hijo. Que vamos a estar aquí de vacaciones unos días. ¿Te gusta el Hotel?

–¡Es chupi! Mira esas estatuas. ¡Es un palacio de verdad!

–Sí, Arturo, es un palacio.

Le abrazó y sintió sus ojos húmedos.

Laura le sacó a la escalera.

–¡Qué ocurre! ¡Dímelo!

Él titubeó un poco. Era la situación más dolorosa y perturbadora por la que había pasado.

–Es por un caso que llevamos Alberto y ...

–¿El del tiroteo? ¿Qué ha pasado?

–Han destrozado nuestra puerta a balazos.

Ella pareció deshacerse al recibir el mensaje implícito en ese acto. Era una clara advertencia contra ella y su hijo. Se puso a llorar. La estrechó contra su pecho. Tenía que mostrarse decidido y seguro, o ella se desmoronaría.

–No os va a pasar nada. Tenemos el caso prácticamente resuelto. Cogeremos a los culpables. No es más que una bravata porque se saben acorralados.

Ella le miró con los ojos llenos de lágrimas.

–¿Pero tú te crees que soy tonta?

Estalló de nuevo en llanto. Sólo decía: "mi hijo, mi hijo". Dani sintió que se le partía el corazón.

–Está bien, dimitiré. Dejaré la Policía. Dejaré este caso.

Ella dejó de llorar en el acto. Aspiró varias veces como si se ahogara, pero logró controlarse.

–No, Dani. No lo harás.

Incluso a ella le sorprendió la firmeza y rotundidad con que sonó la frase allí, en medio del pasillo del hotel. Entonces fue él el que derramó unas lágrimas.

Apenas durmieron. Cualquier ruido les despertaba. Sólo Arturo durmió a pierna suelta.

Dani se levantó temprano. Dudaba. Dudaba en salir a resolver el caso y dejarles solos, o abandonar y quedarse y dejar que su compañero y Héctor terminasen el trabajo. Pero tampoco podía estarse quieto. Ella se revolvió en el lecho.

–Bajo a la cafetería a tomar un café –le dijo.

_ Umm –murmuró ella.

Se duchó rápidamente y se vistió con la misma ropa del día anterior. Bajó y se dio cuenta de que allí no había cafetería. Había unos comedores muy señoriales y amplios. Pero no una cafetería.

Se sentó en un lugar desde donde podía controlar los ascensores y escaleras, en recepción. Pasó un conserje y le dijo si podían ponerle un café.

–Si es tan amable de sentarse en uno de nuestros salones... –empezó.

–No puedo moverme de aquí. Da igual. Déjelo.

–No se preocupe. Le traeremos un café. ¿Solo?

–Sí, señor. Solo. Y gracias.

Alberto y Héctor entraron en ese momento. Les avisó de su presencia con la mano.

–¿Todo bien? –preguntó Alberto.

–Parece. Oye, ¿no vais a poner protección?

Los otros dos se miraron. Entonces el subinspector cogió el móvil y marcó un número pregrabado.

–Soy el subinspector Goanaga. Acabo de ver a uno de los sospechosos de la casa de los narcos –mintió– rondando el Hotel Avenida Palace, donde se encuentra la familia de nuestro compañero el subinspector Oristany debido a un tiroteo en su domicilio. ¿Entiende? –. Alguien al otro lado se hizo cargo de la situación.

–Envíen de inmediato una dotación para proteger a su mujer y su hijo... No me importa que andemos cortos de efectivos. Dejen la vigilancia del coche mula, ya no la necesitamos. Tenemos la cámara, hombre.

Cuando colgó, Dani le dio la mano a ambos.

–Gracias. No podía dejarlos solos.

–Lo entendemos.

El conserje le trajo su café.

Poco después llegó una patrulla y comenzó la labor de escolta policial a la habitación 203. La dirección del hotel pidió discreción. Pero iba a ser

difícil.

Subió a despedirse de su mujer. Estaba levantada. Le explicó lo de la protección y que tenía que seguir buscando. Lo entendió.

–Lo difícil será explicarle a Arturo la presencia de la policía –dijo ella.

–Dile que estamos haciendo un cursillo de policías. Prácticas.

–Eres tonto –dijo, pero casi sonrió.

Se abrazaron.

–Ves y caza a esos cabrones –dijo al fin.

–Lo haré.

Los tres se dirigieron al domicilio de Ernesto. Llamaron, pero nadie contestó.

–El pájaro ha volado –comentó Alberto.

Dani abrió los brazos con desesperación.

–¿Se acuerdan del listado de los teléfonos? –apuntó Héctor.

Los dos se miraron.

–El que le pidieron a López, el de los guardias. Lo dejé en la guantera.

Sacó el lápiz de memoria. Allí estaban las llamadas del muerto identificadas. Alberto sacó su portátil del maletero y lo encendió. Cuando el sistema operativo se activó, introdujo la memoria portátil y abrió los archivos.

Había muchas llamadas recientes entre el capitán y él.

Buscó llamadas en fechas ligeramente anteriores al 22 de febrero del 2006. Allí estaban: dirigidas a Zoran V. y Aleksandar I., desde Barcelona a Leskovac.

–Caliente, caliente –comentó Alberto.

Buscó las llamadas de los demás. Sólo Ernesto se había comunicado con Serbia.

Ahora podrían confirmar si esos dos nombres aparecían en el registro del hotel de Serbia.

–Las armas del tiroteo llegaron de los Balcanes. Ernesto tenía contacto con serbios. Su empresa de Seguridad trabaja para una mansión que recibió un envío de coca el otro día. Hemos vigilado la casa de los proveedores, a nombre de uno de los muertos que viajó a Serbia en el 2006, hace tres años y pico. Tenía un estrecho contacto con el capitán que todavía tiene en su poder el arma con la que mataron al mejicano que sobrevivió al tiroteo de la Meridiana. Tiroteo en el cual se usaron armas de los Balcanes. Creo que los proveedores finales están en Serbia –resumió Dani.

–Llama mucho a un móvil. A nombre de Eulalia V. –comentó Alberto.

Condujo hasta comisaría. Los tres entraron. Los demás policías no comentaron nada. Sabían lo que había sucedido en la vivienda del subinspector. Entraron en el programa de búsqueda.

–No existe nadie con ese nombre –exclamó Alberto.

Daniel se sentó. Las pistas se cerraban. Se sentía ansioso. Comenzó a respirar rápidamente.

–Tranquilícese, Daniel –le dijo Héctor.

Alberto seguía tecleando.

–En Leskovac ha habido más suerte. Los de la llamada telefónica estuvieron allí, en el hotel –prosiguió con el ordenador–. ¡Vaya! ¿Sabéis algo? Eulalia V. también estuvo allí, con un acompañante, 'habitación para 2 adultos, 2 camas'. Seguramente confirmaron su pasaporte, pero sólo consta la identidad de ella, que fue la que hizo la reserva. Ella, su acompañante, Macario, alias J. Aguiló, de Nou Barris y los serbios. Todos juntitos allí.

–Hemos de encontrar el rastro serbio. Están detrás de todo esto. Voy a llamar a Interpol.

–Estás suspendido –repuso Alberto–. Llamaré yo.

Cogió el teléfono y marcó un número que constaba en la lista adosada al mismo. Cuando le contestaron explicó el caso lo mejor que supo. Ellos seguirían el rastro en Serbia. Cuando colgó, Dani comentó:

–¿No deberíamos avisar a Lola?

–¿A Lola? ¡No! ¡Ellos llevan tres años y pico investigando y no han conseguido nada! –exclamó Alberto–. Y nosotros en un operativo de unas semanas estamos tras los serbios. ¡Es absurdo! Se supone que son de élite. Piensa. Alguien delató a Antonio y a Joaquín. Alguien de dentro. Luego aparecen Carlos y Juan, y el cabo Ernesto se presenta voluntario. ¡Qué raro! Llevan tres años y pico traficando para esos serbios.

–No puedo creerlo. Ha de haber algo más. Algo que no sabemos. Llámala.

Alberto claudicó y volvió a coger el teléfono.

–¿Lola? Soy el subinspector Alberto Goanaga. Acabamos de hablar con Interpol. Tenemos un rastro serbio en el caso del tiroteo de la Meridiana.

La expresión del policía fue cambiando mientras escuchaba. Finalmente colgó.

–Está enfadada –resumió–. Dice que deberíamos haberla advertido antes de llamar. Pero que es correcto. Se pondrá en contacto con ellos. Y viene para acá.

–¿Y ahora? –preguntó Dani.

Los otros dos se encogieron de hombros.

Lola llegó veinte minutos después. Estrechó las manos de los tres, buscó una silla y la arrastró hasta la mesa de Alberto. Vestía de nuevo traje de chaqueta, y le sentaba muy bien. Los tres varones perdieron unos segundos admirando su estilo.

–Chicos, habéis sido invitados a una fiesta. Resulta que el dueño de la mansión de Sant Gervasi da otra fiesta, y vamos a ir.

–¿Cómo se os ha escapado durante tres años el rastro serbio, las llamadas de teléfono? –reprochó Daniel.

–No se nos ha escapado. Conocíamos el origen de la droga. Pero estamos detrás de otra cosa. Si puedes pasar cocaína, es que puedes pasar

cualquier cosa. Información, por ejemplo. Fechas y lugares de intercambio de armas. Les echamos un anzuelo. Esos serbios son proveedores a gran escala de armas de guerra y cuelan información en las partidas de droga. Información que alguien en España recoge, pero no sabemos quién.

–La misteriosa Eulalia V. y su acompañante –. Alberto ató cabos.

–Y Ernesto –reconoció ella al fin–. Nuestra UCE estaba tras él hacía tiempo.

–Ha volado –advirtió Héctor.

–Porque habrá un intercambio importante. Está vigilado. No escapará –dijo ella.

–¿Sabe lo de Juan y Carlos? ¿No es peligroso? –preguntó Dani.

–Sabe lo que queremos que sepa. El riesgo está calculado. Bueno, ¿venís a la fiesta de esta noche? Lo harán esta noche. Quiero a Alberto dentro. Con mis hombres.

–Por mi vale –. El aludido sonrió–. Me pirran esas fiestas lujosas.

–Nos hemos de preparar –urgió ella–. Venga, los tres al coche.

En la calzada les esperaba un transporte de la Guardia Civil. En cuanto montaron en él, Lola condujo hasta la sede de las Unidades Centrales en Barcelona.

Capítulo 4

4

El último guateque

El capitán García dejó su puro en el cenicero. Se encontraba en su despacho forrado de caoba. El ex-cabo Ernesto estaba sentado enfrente de él, en un cómodo sillón. Frente a ambos había dos grandes copas con una medida de coñac del mejor.

–Brindemos por el éxito de nuestra operación. Eres un buen cabo, creo que propondré que te readmitan con el grado de sargento –. Rió bonachón mientras se atusaba sus grandes mostachos.

–¡Ni hablar! La privada es mucho más rentable. Esta noche nos embolsaremos varios cientos de miles de euros. Sólo por pasar un CD. Eso no lo gana un cabo en su vida.

–Las armas son un buen negocio, y nuestros amigos son fuertes. Has sido una gran ayuda. Tu y los dos memos de la UCE-3. Esos trabajan por las migajas, pero tú tienes visión. Podrías terminar de asesor en una nueva república asiática.

Ernesto levantó su copa frente a su interlocutor, bebiendo un trago a continuación.

–Este coñac es del mejor.

–Para ti lo mejor, amigo. Mira lo que tengo aquí.

Fue hasta su caja de caudales y la abrió. De ella sacó una caja de madera lacada. La puso sobre la mesa. La abrió. Los ojos de Ernesto mostraron admiración.

–La he hecho traer del Banco esta mañana, para ti. Es tu recompensa.

Dentro de ella, reposando sobre un forro de terciopelo azul junto a los artilugios para su limpieza, había una pistola antigua, delicadamente cincelada con motivos vegetales. Su martillo tenía forma de cuello de cisne y su empuñadura en plata batida y cincelada terminaba en una especie de rosetón macizo que podía usarse como cachiporra en combate.

El capitán sostuvo la caja ante él para que la contemplara.

–Es tuya –dijo–. Cógela. Siente lo que sintió el propio Napoleón cuando la portaba en sus mejores tiempos. Una joya, un tesoro.

Ernesto no sabía qué decir. Conocía la existencia de esa maravilla, porque el rumor de que la pistola de Napoleón estaba en la Brigada había sido una leyenda desde hacía años. Ahora estaba allí, ante él. La empuñó. Le dio varias vueltas para admirarla totalmente.

–Es un regalo excesivo, mi Capitán –farfulló.

–No. Hoy celebramos que el contacto invisible se va a presentar y hacernos ricos. Es el principio de un comercio fructífero. Mereces una recompensa por tus actos.

Ernesto sólo miraba la pistola, así que no percibió el brillo fiero, tan negro como la noche, que el capitán no pudo reprimir en su mirada. Luego prosiguió afablemente:

–Bebamos este magnífico coñac y disfrutemos de la fiesta.

Se dieron la mano y Ernesto salió azorado con la valiosa caja de madera bajo su brazo.

El Capitán García le siguió con la mirada.

"Si –pensó–, hoy recibirás tu recompensa".

Él no había organizado el contrato de los sicarios en México. Fue un clan rival que no sabía lo que había en juego, los de la casa de Montcada Bifurcació que habían heredado la red de heroína que distribuía a toda Barcelona. La cocaína era el cebo de Juan y Carlos para entrar en el negocio. Era parte de un envío interceptado, marcado con disolvente para poder seguirle la pista. La red que negociaba con los serbios aceptó de buena gana a los proveedores de cocaína. Un pingüe negocio para ellos, como un ascenso en la jerarquía del crimen. Pero demasiado suculento para la competencia. Les estaban siguiendo el rastro desde antes del tiroteo y, cuando el mejicano huyó, el capitán decidió cerrar el círculo.

Por aquel entonces la pistola no era el centro de atención de la Policía, así que la tenía en su despacho. Cargarla y cebarla le llevó medio minuto. Salió en su coche privado. Tenían localizado al mejicano, así que relevó a sus vigilantes y esperó la ocasión. Lo hizo bien. Estaba bien entrenado. Le alcanzó camino de la salida de Barcelona. El sicario dejó el Cheroki en el lugar de descanso porque no deseaba que pudieran recordarlo. Fue a la

cafetería, al servicio y compró provisiones. Luego regresó al Cheroki. Antes de que pudiera cerrar la puerta, el capitán llamó su atención con una sonrisa. Cuando el mejicano se le quedó mirando levantó el arma y disparó. Llevaba la suya en la otra mano, por si fallaba el fulminante. Pero no falló. Era una buena pistola, no le extrañaba que Napoleón la llevara encima.

Luego la limpió cuidadosamente y la envolvió con un trapo. Cogió la bolsa con el dinero y la droga y regresó al Cuartel.

Y ahora Ernesto tenía la pistola.

En el Cuartel de las UCE preparaban una fiesta sorpresa a su manera.

Lola llevaba con mucho estilo un vestido de noche que dejaba al aire sus hombros y tenía un generoso escote. Un bolso a juego, medias y zapatos de medio tacón sujetos al pie. No era muy ortodoxo pero podían serle útiles si había acción. Una peluquera había realizado una buena labor con su media melena. Juan y Carlos vestían trajes clásicos con corbatas, uno en tonos granates y el otro en tonos verde oliva. Sus zapatos eran negros y brillantes, bien pulidos. Un pañuelo doblado en pico en el bolsillo de la chaqueta completaba el conjunto. Eso sin contar la automática que llevaban oculta en el hueco de la espalda, tras la cintura. Antonio había insistido en vestirse él mismo, y llevaba una cazadora un poco mejor de la habitual en él, pantalones de marca, camisa de lujo y zapatos parecidos a los de los otros dos. Su pistola también era más modesta, manejable y práctica. En conjunto parecían ejecutivos con pretensiones. Lola se emparejó con Juan, y los otros dos actuarían como observadores independientes. La Guardia Civil había sido introducida por un rico empresario que colaboraba con ellos, alguien harto de cocaína en las fiestas, intercambios de pareja y enemigo acérrimo del tráfico de armas ilegal. El adjetivo es importante. El tráfico legal le parecía ‘correcto’. Lola nunca lo había entendido, pero ahora le era útil.

Les habían dotado de auriculares invisibles, que se introducían en el oído y pasaban totalmente desapercibidos, sobre todo en el caso de mujeres u hombres con pelo largo. Los micrófonos estaban incorporados en dos tipos de reloj, de hombre y de mujer. Simulaban relojes de lujo.

Cuando los cuatro estuvieron preparados, tres vehículos de lujo les recogieron. Los choferes que les servirían de cobertura exterior eran números de la Guardia Civil.

Juan y Lola subieron a un enorme Mercedes GLK. Carlos iría en un Maserati Gran Turismo y Alberto se sorprendió considerablemente cuando la puerta de un Ferrari Testarossa se abrió y María José le invitó a entrar.

Llevaba un uniforme de cuero negro con adornos metalizados en acero, botas del mismo color, gorra de chofer, guantes blancos y un cinturón ancho de enorme hebilla de pedrería.

–Vaya, vaya. Sólo te falta un látigo y eres la chica gato –bromeó Alberto gratamente sorprendido.

–Hemos de dar una imagen –. Le lanzó un beso.

–No hay duda de que la damos, aunque no sé cuál –repuso él.

Llegaron a la mansión y fueron recibidos por el personal de Seguridad. Juan y Lola entraron los primeros, sin problemas. Carlos enseñó su invitación y lo mismo hizo poco después Alberto. Para su sorpresa todos estaban en la lista de invitados.

El anfitrión era un hombre de unos sesenta y tantos. A su lado su esposa, de unos cuarenta, estrechaba manos y daba besos por doquier. El hombre era un gran empresario, y parecía tener mucho poder y dinero. Alberto reconoció a algunos y algunas de haberlos visto en televisión. Otros eran totalmente desconocidos del gran público.

Una camarera vestida con un 'top' ajustado le ofreció bebida de una bandeja. Parecía no tener más de veinte años, y enseñaba la casi totalidad de su cuerpo. Los camareros eran jóvenes musculosos y ofrecían bebidas y sonrisas, lo mismo a hombres que a mujeres. Su atuendo consistía en una camiseta de gimnasia, de esas que dejan al aire los grupos de músculos de los omoplatos, pero en seda brillante, una corbata sobre su cuello desnudo y pantalones cortos y ajustados de ciclista, que dejaban adivinar aquello de lo que la Naturaleza les dotó. Estaba clara la clase de fiesta en que se encontraban. Alberto lo encontró de pésimo gusto. Pero a los invitados e invitadas parecía gustarles.

Juan y Lola ejercían de pareja y en seguida se relacionaron con otros matrimonios. El policía supuso que, antes de la medianoche, habrían recibido más de dos o tres ofertas de intercambio de pareja. Carlos parecía no encajar muy bien allí, y se limitaba a observar y mantenerse vigilante. Él disimulaba mejor, y su mirada se cruzó con la de una mujer de unos cincuenta. Tenía un collar de perlas alrededor de su cuello, que descendían por el generoso escote de un vestido de noche color sepia que ceñía su cintura gracias a un lazo blanco. Su parte inferior dejaba una pierna totalmente descubierta desde la cadera. Lo cierto es que no era una mujer desagradable. En su juventud debía haber sido hermosa, y las facciones de su rostro se mantenían en su lugar, gracias sin duda a innumerables operaciones de cirugía estética. La mujer caminó hacia él

con la seguridad de quien tiene dinero y poder.

–No nos conocemos –comenzó.

–No, me llamo Alberto, ¿y tú?

La mujer sonrió al oír el tuteo. No debía estar acostumbrada.

–Cari. ¿Es tu primera fiesta depravada? –. Enseñó sus dientes en una sonrisa agresiva.

–Pues sí. No soy de tu círculo.

–¿A no? ¿A qué te dedicas? –. Se movió de forma que su pierna quedó totalmente a su vista. Él no disimuló y la contempló con una sonrisa.

–Soy testaferro de un canalla, y me estoy haciendo rico. Soy un nuevo rico, un patán de esos que no sabemos ponernos un smoking.

–¿Sabes quitártelo, por lo menos?

Alberto se rió de buena gana. Aquella mujer era decidida y agresiva, sabía conseguir lo que quería. Jugarían un rato.

–Quizá necesitaría ayuda. Por suerte en esta fiesta depravada nadie lleva smoking.

–Es una pena. A mí me encantan. Hacen quedar tan ridículos a algunos hombres...

–Yo no necesito un smoking para quedar ridículo.

–No me pareces ridículo –. Ella se acarició los dientes con la lengua.

–¿Y tú a qué te dedicas? –preguntó, cambiando el paso de la conversación.

–A seducir jovencitos y a corromper políticos –. Rió, y él la imitó.

–Entonces estoy a salvo, no soy ni una cosa ni la otra.

–Creo que eres un jovencito comparado conmigo.

–No lo creo.

–Ahora lo veremos. ¿Quieres una rayita?

Vaya, aparecía el mágico polvo blanco.

–No pareces el tipo de mujer que necesite esnifar para soportar la vida.

–No era para mí, te lo ofrecía a ti. Quizá drogado podría sobarte un poco.

–Nunca en la primera cita –dijo él, dejando su copa sobre un mueble y guiñándole un ojo. Ella levantó la suya y brindó por él.

–Mejor –dijo, abandonándole allí.

Él simuló que se tocaba la oreja tras oprimir la corona de su reloj y susurró:

–Acaban de ofrecerme coca.

–Recibido. No hagas nada. Sigue relacionándote. Eso no nos interesa –escuchó dentro de su oído.

Carlos estaba hablando con una pareja. Parecían muy contentos. Pobre Carlos. Juan y Lola reían los chistes de otros dos.

–Hola –. Una mujer pecosa de unos 40 años sonreía.

–Hola. ¿Te diviertes? –le preguntó.

–No estoy aquí para divertirme. Soy periodista.

–Ah, el enemigo. ¿Ya te han ofrecido coca?

–No me gusta perder la conciencia de mis actos –respondió–. Bueno, no por medios químicos. Soy multiorgásmica.

–Y yo zurdo. Nadie es perfecto –bromeó.

–Te tengo visto, ¿cuál es tu pecado para estar aquí?

–Soy gígolo de aquella mujer del vestido sepia, la del collar –. Le señaló a su anterior interlocutora, mientras intentaba recordar de qué se conocían.

–No pareces un gígolo.

–Soy caro –dijo sonriente–. No he de parecerlo.

–Te estás quedando conmigo –dijo ella.

–¡Qué mas quisiera yo!

La periodista se sintió halagada.

–He venido acompañada, pero otro día podemos quedar –. Sacó una tarjeta de su bolso minúsculo de fiesta y se la entregó.

–Bien, soy Alberto.

–Yo Lucía, encantada.

En ese momento llegó un joven y al ver a Alberto sonrió insinuante.

–Este es Miguel, mi acompañante.

–Un placer –. El chico le ofreció una mano floja. El policía sacó la conclusión de que era gay–. Lucía, deberíamos ir a lo nuestro.

–Sí, cariño. Bueno, hasta la próxima –se despidió.

–Puede ser esta misma noche, aún no me voy.

–Puede ser –. Ella le lanzó una caída de ojos. Él le gustaba.

Ambos se perdieron entre los invitados. Iba a seguir su comedia por la sala cuando hubo de volverse rápidamente. Acababa de ver a Ernesto. Por suerte sólo se habían visto una vez y no le había reconocido. Alertó a Control por el intercomunicador de su reloj:

–¡Ernesto está aquí!, ¡avisen a Lola!

–Afirmativo.

Intentó llegar hasta ellos dos, pero les vio salir disimuladamente de la estancia. Entonces buscó a Ernesto con la mirada. Le vio subir una escalinata que ascendía hasta una planta superior de la mansión.

Aquella escalera estaba custodiada con discreción. Miró hacia los primeros peldaños y a su alrededor distinguió otros dos hombres demasiado serios para ser invitados.

Entonces Cari, la mujer del collar de perlas, llegó hasta él con una copa en su mano y acercó sus labios a su cuello. Pero en lugar de besarle, susurró:

–Sígueme la corriente, guaperas.

Le cogió de la corbata y estiró de él hasta tenerlo cerca de la escalera. Entonces le besó con ardor. Comenzó a subir la escalera con su corbata en la mano, pero otro hombre con traje oscuro se interpuso.

–Lo siento, no pueden subir.

–¿Hay una habitación con una cama arriba? –preguntó ella lamiéndose literalmente los labios. El vigilante carraspeó.

–Ahora no pueden subir, verá...

–Soy amiga personal del anfitrión, y del alcalde. ¿Cuánto cobra usted por hacer este trabajo en lugar de estar en una garita? No creo que al anfitrión le interese un escándalo. Por cierto, alguien me ha ofrecido cocaína en aquella mesa, ¿lo sabe su jefe? Quizá al alcalde le interese. Y a la Policía. ¿Qué tal?, ¿puedo follarme ahora a este jovencito?

La aplastante sinceridad y seguridad con que había dicho estas palabras pareció desarmar al hombre del traje oscuro. Sólo era una menopáusica en busca de un sueño de juventud. Terminó por hacerse a un lado con disgusto. No ofrecían peligro.

Cuando llegaron a la planta superior, ella le indicó un cuarto.

–Ahí estamos seguros.

–¿Quién eres? –preguntó sorprendido el subinspector.

–No importa. Estamos del mismo lado. Puede que Don Invisible esté ahora reunido con un pájaro que seguimos hace tiempo. Ven.

Salieron mirando a todas partes y ella le indicó una dirección. Se internaron en un pasillo, pero vieron a dos hombres sentados frente a una puerta.

–Sólo hay una forma de hacer esto. Cuando salga de ese despacho quien sea, hemos de detener a todo el mundo. Antes de que se deshagan de las pruebas.

–Necesitamos refuerzos.

–Claro.

Ella llamó por su intercomunicador disimulado en su reloj:

–Estoy frente al objetivo. Hay dos vigilantes seguramente armados. Hay alguien dentro. Organicen la operación.

–¿Quién eres? –preguntó nuevamente el policía.

–Luego. Ahora atento.

Escucharon un pequeño lío abajo. Distinguió la voz de Lola. Decía algo de una enfermedad. Los vigilantes acabarían sospechando de tanto invitado problemático. Comunicarían el problema y adiós operativo.

–¡Hemos de entrar ahora! –susurró a Cari al oído– y detener a los de dentro.

La mujer sopesó su opinión. En unos segundos había elaborado un plan.

–Bien, sigue la corriente. Estamos peleados.

Empezó a caminar reprochándole alguna cosa acerca de su insensibilidad hacia los deseos de una pobre mujer abandonada por su marido, acercándose a los vigilantes. Ellos se levantaron. Al llegar a su altura, se volvió a ellos y les dijo:

–¿Pueden creerlo?, ¡este miserable trepa tiene escrúpulos a estas alturas! –. Mientras, metió su mano en el bolso.

Los vigilantes iban a decirles algo, seguramente que no podían estar allí, pero Cari sacó con inusitada velocidad una pistola y se la metió a uno de ellos en la boca mientras Alberto sacaba la suya de detrás de su cintura y encañonaba al otro. Se puso el índice sobre los labios. Luego se comunicó por el reloj:

–¡Ahora!

Juan golpeó a uno de los hombres de traje oscuro de la planta inferior y Lola sacó su pistola y ambos subieron a toda velocidad, mientras otros invitados que en realidad no lo eran arrestaban a los vigilantes de abajo.

Cuando vieron que los dos guardias civiles tenían la situación controlada, entraron en tromba arrojando a los vigilantes al suelo mientras

encañonaban a Ernesto y a ellos.

Había un CD sobre la mesa, pero la ventana del despacho estaba abierta, y el aire frío de la noche entraba a raudales meciendo las cortinas.

–¡Mierda! –gritó ella. Luego señaló la ventana y le ordenó: "¡Ve por él!", mientras ella salía corriendo y dando órdenes por su intercomunicador.

'Don Invisible', como le llamaban todos, había escapado.

Salió fuera y trató de ver a alguien desde la cornisa, pero no vio a nadie corriendo ni en las inmediaciones. Si había escuchado ruido, o los vigilantes se habían comunicado al comenzar el barullo, quien fuera había dispuesto de unos preciosos minutos para salir y disimularse entre los invitados, o incluso pedir su coche y abandonar la fiesta. Quizá en ese mismo momento lo estaba haciendo.

Cari había llegado abajo y ya su grupo, incluidos los guardias civiles camuflados, estaban sellando la mansión. Sonaron sirenas, y pronto patrullas de la Guardia Civil y la Policía acordonaron el lugar.

Alberto bajó y se acercó a Lola:

–¿Quién es esa mujer? –le preguntó señalando a Cari, que parecía estar organizando aquello.

–C. N. I. –dijo solamente.

–¡Ah! –. El subinspector se guardó su arma tras la espalda y salió afuera.

Aquello parecía una redada de los años veinte. "Eso es, pensó, Chicago años veinte".

Las luces de las patrullas otorgaban a las escaleras exteriores de la mansión un aspecto de pesadilla cinematográfica, augurando una docena de cadáveres. Nada más alejado de la realidad. Mujeres en vestidos de noche escotados y hombres en trajes caros estaban siendo registrados en busca de droga.

–Pensé que la droga no os importaba –dijo Alberto a Juan, que estaba apoyado en una patrulla con un cigarrillo entre los labios y las manos en

los bolsillos.

–Hemos de fundar una acusación para justificar el operativo, hasta saber lo que hemos encontrado y a quién se le puede imputar. Además, esos malditos drogatas de clase alta no han de irse de rositas.

–Eso me parece bien –. Alberto se quedó mirando al guardia de la UCE, quien a su vez contemplaba el caos reinante en los exteriores de la casa con una expresión indescifrable, serena y seria–. Tres años son mucho tiempo para simular ser un guardia corrupto –comentó.

–Sí –gruñó Juan, volviéndose hacia él. Sus ojos brillaban con un fuego indestructible–. Mucho tiempo. La mayor parte de mis antiguos amigos han renegado de mí. Esta misión me ha enseñado mucho sobre el ser humano.

–Apuesto a que sí. Yo no habría podido.

El subinspector Daniel Oristany llegó hasta ellos. Se detuvo a cierta distancia, como si temiera romper algún mágico ensalmo. Era un hombre intuitivo y captó algo especial en aquel momento. Pero Alberto le saludó. Él estrechó la mano de ambos.

–Me han dicho que Don Invisible ha escapado.

–Sí –. Juan escupió la colilla y la aplastó con el zapato–. Quien sea es muy escurridizo.

–Tenemos a Ernesto –añadió Dani.

–No hablará, le conozco –sentenció Juan–. Si hablase sería su perdición. Ahora no se le puede acusar de gran cosa. Y aunque se pudiera, el contacto español en el tráfico de las armas seguiría con su negocio. Hemos de encontrarle para desmantelar la red. Conociendo su identidad tendremos fechas, lugares, podremos seguir el rastro y reconstruir la organización. Ahora no tenemos más que un CD que seguramente sólo tiene datos sin etiquetas.

–¿No podemos partir del ‘Gros Restaurant’ de Leskovac? –preguntó Alberto.

Daniel le miró intensamente.

–¿Cómo dices que se llama el hotel de Serbia? –preguntó.

–Gros Restaurant. Es un nombre curioso para un hotel.

–Sí, me llamó la atención –dijo Dani–. ¿Cómo puedo haber sido tan descuidado en una investigación como para no informarme del nombre del hotel? Hemos estado hablando del hotel serbio durante todo este tiempo, y yo tenía ante mis ojos...

En su mente se formó una imagen: Lucía y Miguel posando ante un hotel llamado Gros Restaurant en una foto pegada a la pared en el estudio de su compañero de Redacción. Una periodista que viaja mucho, y conoce a muchas personas influyentes e importantes.

–¿No habréis visto por aquí a una mujer pecosa de baja estatura? –preguntó.

–Sí, Lucía y a su amigo Miguel. Su cara me sonaba, pero no sé de qué –respondió Alberto, recordando su cita prometida con la periodista.

–¿Te dijo incluso su nombre?

–Sí. Ella y su amigo rondaban por aquí.

–¿Te sonaba su cara? – inquirió Daniel.

–Sí.

–Pues haz memoria, es importante. ¿Dónde puedes haberla visto?

–Dijo que era periodista. Supongo que en la tele, o en alguna escena del crimen.

–No, ella no se dedica a eso. Piensa, Álber –pidió su compañero.

Alberto se concentró. Siguió un hilo lógico. Trató de recordar su rostro. Lo visualizó. Recordó cómo insinuaba un beso al hablarle... La recordó pintándose esos labios carnosos y sensuales.

¡Un momento! Ella no sacó el pintalabios en la fiesta. ¿Dónde la había visto pintarse los labios? Entonces vio a un sonriente Ernesto enderezándose el nudo de su corbata.

–¡Es la mujer que salía de besarse con Ernesto! –exclamó.

Juan sonrió.

–Esa periodista estuvo en el Gros Restaurant –afirmó Daniel.

Capítulo 5

5

El gato encerrado

El capitán García disponía de una orden judicial para el registro del domicilio del ex-cabo Ernesto. Dos patrullas de la Guardia Civil condujeron al preso esposado y escoltado por Juan y Lola hasta su domicilio junto con una dotación de la Policía Científica del Cuerpo, y sacaron sus llaves del bolsillo. Entraron.

–No encontraréis nada, porque no hay nada que encontrar –fanfarroneó.

–Eso lo veremos.

Los guardias uniformados empezaron el minucioso registro. Tomaron huellas, levantaron un plano con la situación de cada objeto que incautaron, y recorrieron todo el piso.

Uno de los guardias llamó a Lola.

–Hay una caja fuerte.

–Ábrela –ordenó a Ernesto.

–Me niego.

–Bien. Cabo Rogelio, ábrala –ordenó.

El guardia examinó la caja durante unos minutos y sacó las huellas que hubiera. Luego pidió un estetoscopio de médico y se concentró en la rueda de las claves.

–El cabo es uno de los mejores especialistas –escupió ella las palabras a escasos centímetros del rostro de Ernesto.

Al cabo de unos largos minutos, el cabo Rogelio consiguió abrir la caja fuerte. Sacó de ella una caja de madera.

–Interesante –dijo Juan.

Abrieron el estuche de madera y dentro, reposando sobre terciopelo azul, había un arma antigua cincelada sobre la plata que cubría la parte

superior del cañón.

–Vaya, vaya –. Juan sonrió frente a su ex-compañero–. Una pistola del siglo XVIII. ¿Sabes? Dos subinspectores del Cuerpo Nacional de Policía buscan un arma de estas características hace tiempo. Por el asesinato de un sicario mejicano en la A-2, relacionado con el tiroteo de la Avenida Meridiana. Seis cadáveres. Pagarás por eso.

Ernesto palideció, empezando a comprender la jugada del Capitán García.

Juan se le encaró:

–Tú delataste a tus compañeros para introducirte en el negocio. Eres una rata, un traidor. Un traidor al Cuerpo y a todo lo que representa. Te aseguro que vas a pagar.

Lola le miró sin rastro de piedad.

–¡Quiero un análisis completo del arma, pólvora, huellas, y demás! ¡Vamos!

Se llevaron a Ernesto.

Poco después los dos subinspectores y la teniente buscaban infructuosamente el nombre de Lucía o Miguel o ambos en los registros de reservas del Hotel Gros Restaurant de Leskovac, Jablanica, Serbia a través del enlace con Interpol España. Debían eliminar la posibilidad de que fuera pura coincidencia. A veces esas cosas sucedían.

–La foto no era antigua. Deberíamos encontrar esas reservas si existieron –comentó Dani.

Finalmente se convencieron de que ni Lucía ni Miguel habían hecho nunca reservas a su nombre.

–Quizá se fotografiaron ante el hotel pero no estuvieron en él –apuntó Dani.

–¡No me jodas! –exclamó su compañero.

–Tenemos en Internet fotos de ella. Conseguiré una de él. Interpol las recibirá esta misma tarde. Confirmarán si ellos son ‘Eulalia V. y acompañante’ –dijo Lola–. Podremos seguir sus movimientos. Buscaremos los billetes del avión o tren. Si son ellos les tenemos.

Daniel no contestó nada. Miraba ceñudamente hacia la puerta. Luego se levantó y salió.

–Hasta mañana.

Era de madrugada y hacía fresco.

Durmió poco esa noche.

Llegó hasta la cárcel donde Ernesto estaba retenido en Prisión Preventiva a la espera de juicio. Había conducido durante una hora y media tras dejar a Laura y Arturo camino del colegio.

Tardó media mañana en conseguir que le dejaran entrevistar al preso. Hizo tres llamadas desde el despacho del encargado y finalmente una teniente llamada Dolores Molinos dio su autorización por teléfono y fax al encargado de la custodia. Como era la oficial que firmaba en el impreso de detención, le dejaron verle.

Ernesto estaba pálido. La prisión no es el lugar más agradable del mundo para un guardia civil. Tuvieron que aislarle del resto de presos. Cuando lo tuvo al otro lado del cristal, le miró fijamente.

–¿Fuiste tú el que mató al sicario en el Gran Cheroki? –preguntó.

–No. El capitán García me regaló la pistola esa misma tarde. Ya lo he declarado.

–Lo se, por eso estoy aquí. Pero quería verte los ojos cuando lo dijeses.

–Pues mírame bien. No fui yo.

–Tus huellas son las únicas que están en esa pistola. Espero que te condenen para muchos años. Eres basura.

Antes de que dejara el telefonillo y se levantara, el hombre esposado al otro lado del cristal pareció vacilar. Dani intuyó que quizá quisiera añadir algo. Cogió de nuevo el teléfono.

–Lamento haber disparado contra tu casa.

El subinspector Daniel Oristany se levantó y se marchó de la cárcel. Condujo durante otra hora y media y se metió en una cafetería. Tenía que ir al baño. Aquel café le sentó de maravilla. Había salido el sol, y parecía que la temperatura subía ligeramente.

En la Casa Cuartel se negaron a dejarle entrar, y mucho menos a ser recibido por el capitán. Cuando se convenció de que sería imposible, salió de allí. Caminó hasta su coche. Un hombre moreno y alto estaba fumando apoyado en él. Daniel se paró frente a la puerta del conductor.

–Hola, Juan.

–Hola –. El guardia no se movió. Le miró con una sonrisa helada. Dani vio una camioneta verde y blanca con el escudo de la Guardia Civil que estaba en la acera de enfrente, a cierta distancia. En ella había otros cuatro guardias de uniforme.

–Iba a coger mi coche, ¿me dejas? –. Señaló con las llaves en la mano.

–No es necesario que molestes al capitán.

–Sólo quería hacerle unas preguntas. Soy policía, y tengo un caso de seis asesinatos, por si no lo sabéis.

–Está resuelto. Los mejicanos mataron a los traficantes, y luego Ernesto mató al mejicano que huyó. Redondo. Ernesto es una rata traidora y acabará muriendo en la cárcel. Caso cerrado.

–Sólo que tú y yo sabemos que él no mató al mejicano del Cheroki.

–Yo no lo sé. Él tenía el arma con sus huellas. Él traficaba con ellos. Él vendió a sus compañeros. Él es culpable –. La mirada de Juan volvió a tener ese fuego indestructible que Dani ya había percibido.

–Es culpable de muchas cosas, pero no de ese asesinato.

Juan se irguió y tiró la colilla a la calzada. Se encaró con él.

–Es lo único que se puede probar. Te sería difícil probar lo contrario.

–Es posible. ¿Quién contrató a los sicarios?

–Es tu caso, no el mío. ¿Tú no lo sabes? –. La sonrisa había desaparecido. Luego pareció relajarse–. Fue un cambio de jefes. Los de Montcada les

contrataron. Tenemos un justificante de un ingreso. Y una bolsa con droga y dinero. Te la daremos. Muestra de buena voluntad. Pruebas para cerrar el caso y detener a los culpables. Pero del capitán olvídate. Ese hombre está a punto de jubilarse. Es un buen oficial. Si quieres pensar que fue él, allá tú. Sería comprensible que no quisiera dejar impune el asesinato de dos de sus mejores hombres, ¿no crees?

Daniel no dijo nada. No había nada que decir. Excepto que no era ético. Pero tampoco lo era que Ernesto se librara.

–Dame esa bolsa y el justificante y cerraré el caso.

–Sabía que eras un buen policía –. Juan sonrió, le saludó con la mano en la sien.

–No estoy seguro –respondió Daniel al aire mientras el otro se metía en la furgoneta.

–¡Síguenos! –le indicó y movió la mano hacia delante.

Les quedaba algo por hacer todavía.

La furgoneta aparcó delante del diario en el que trabajaban Lucía y Miguel. Los guardias de uniforme salieron y Juan y Daniel los siguieron.

El subinspector les guió hasta la cuarta planta. Los sonidos habituales de la Redacción enmudecieron en cuanto los cuatro hombres de verde y los dos de paisano mostrando sus placas avanzaron hasta la mesa de Lucía. Daniel les señaló la de Miguel.

–Hola, Lucía –saludó.

–¿Qué ocurre? –. Ella se levantó de su mesa. Todos los de la Redacción les miraban. Dani vio al joven encogido tras la suya.

–Hemos venido a ofrecerte una primicia. Soy tu contacto, ¿recuerdas? Resulta que Interpol está desmontando una red de tráfico de armas, por no mencionar las drogas. Una red que operaba desde Serbia, Jablanica. Tenían un contacto en España que les mantenía en comunicación con la red española hacia África. Les pasaba los datos necesarios para realizar

las entregas, y las claves para los pagos.

–Muy interesante. ¿Necesitabas hombres armados para decírmelo? –. Ella mantenía el tipo, pese a que su mirada reflejaba la derrota.

–Le llamaban Don Invisible. Suena muy periodístico. Puedes utilizarlo. Don Invisible lo fue hasta la fiesta de anoche en Sant Gervasi. Sabrás lo de la fiesta, supongo. Creo que estuviste allí. Con tu consorte, ¿verdad, Eulalia?

–No sé de qué me hablas –. Era lista. Lo negaba todo.

–Los gerentes del hotel Gros Restaurant te han reconocido. Y a Miguel. Y dudo que todos tus contactos guarden silencio. Tenemos el CD. Las claves bancarias. Están rastreándolos.

Sacó las esposas y se las ajustó con cuidado a sus muñecas. Sacó un papel de su cartera negra de policía con bordes dorados y leyó sus derechos. Pero ella no escuchaba. Sus ojos parecían los de un animal acorralado.

–Esto no se ha acabado –. Sus labios formaron una sonrisa. De pronto Daniel pensó que estaba loca.

–Yo creo que sí.

Abandonó el edificio y se alejó de la patrulla verde y blanca que se llevaba a su antigua amiga. La que le besó románticamente. La que recordaba de muchas formas. Pero ahora siempre recordaría su sonrisa de animal acorralado.

Una traficante de armas.

Algo dentro de él rugió un mudo grito contenido, y la garra volvió a aferrarse a su corazón.

Pero luego pensó que era hora de volver con su hijo y su esposa, y el mundo recuperó su orientación correcta y la garra desapareció.

Se sentó en una cafetería y contempló pasar por delante de la vidriera a los transeúntes y las mujeres hermosas. Y se sintió bien.

Saboreó su café y por primera vez en aquella semana se dio cuenta de

que el sol brillaba sobre las azoteas.

_____Fin_____